mi pequeña guerra inútil

pablo farrés

EDITORIAL nudista

EDITORIAL

nudista

pablo farrés

mi pequeña guerra inútil

Prólogo

La lectura como experiencia narcótica no es recomendable para aquellos que creen que la novela es una especie de distracción del alma. La novela tuvo el honor de utilizar todos los recursos de difusión para atravesar el tiempo, perpetuarse, tomar las palabras por asalto e instalar nuevos mitos. Como el de que cualquier lector es un ente universal, atravesado por todas las sabidurías. Núcleo y temblor, acierto y soberbia. Nadie escribe para un lector ideal, más cuando el lector ideal de estos tiempos es un zombie terminal que debe consumir a la literatura como si de una droga bendita se tratara. Dosis de palabras para extender la ignorancia sobre sí mismo, engaño y sinsabor, pura falacia. En sí, la novela no tiene quien la defienda más que su propia consumación en la lectura.

No hay esperanza, sí desesperación. Farrés retoma la letra argentina para desactivar las bombas de la corrupción conceptual de un territorio inaprensible, también derrotado, perdido en un combate sin cuarteles ni tropas obedientes. El eufemismo "conflicto" aquí no aparece, casi como gesto anti político (o renunciando a toda posibilidad en la política del conflicto); y también niega lo negado para afirmar eso misterioso y casi negativo de la racionalidad nacionalista. Las Islas no nos son más que como órgano de una venganza infinita, y es donde el caudal imaginario convierte al texto en otro preso como el mismísimo Anderson, que como personaje principal es esclavo del retorno. El lector, en el efecto general, queda entonces atrapado en el mecanismo textual del delirio inacabable… La Torre de Babel como lento goteo en la ficción siempre inconclusa de Borges, lo inesperado de Kafka, la capitulación de Walser, el largo insomnio de Lowry, el lado perplejo de Osvaldo Lamborghini, y también su olvido, su digestión a fuego lento, al fuego lento de las armas.

La Historia de la Literatura (mayúscula, repleta de

muertes acumuladas), nos dice que el hombre jamás logró la trascendencia sin ser héroe. Y aquí, en el territorio de las Islas, Stanton, Anderson, Elbosco, Tadeo, y otros más, amputan sus identidades en el furor de una conjetura paranoica que los convierte en carnales hasta deshacerlos en la nada misma que ofrece la destrucción absoluta. Ahora: ¿la decadencia de la carne es equivalente a la abolición de las palabras? ¿Enunciar lo indecible es una forma de conjurar con la muerte? Esta novela cruza el abismo de la destrucción absoluta, va y regresa, apuñala y acaricia, hace un guiño triste desde el fondo más oscuro de la pesadilla

La evolución de la lectura en *Mi pequeña guerra inútil* es producto de la tensión en cierta lógica de la cadena mecánica rota, por la que la rueda de la locura queda girando sin más tracción que su propio delirio. Hasta que se detiene. Pero se detiene, y ahí la fórmula de la desmemoria, para la relectura. Es posible que esta sea una novela circular fallida. O mejor: de manera gráfica, una novela al estilo de la Banda de Moebius, donde se vuelve a pasar por el mismo punto pero llegando desde otro lugar. Rémora del espacio topológico no euclidiano en el que trabajaba Lacan, enfermo, ya mudo, bocetando dibujos en un pizarrón. La novela del loco (o la novela de la mayor locura humana, que es la guerra), trae el recuerdo de cómo comienza *La cartuja de Parma* de Stendhal. Se trata de una gran descripción del combate, pero desde el lugar donde lo que se observa y sufre el que narra, no hace sentido. Nunca se encuentra al enemigo, ni una lógica de las deflagraciones ni del movimiento de tropas. Y más: a las tropas no se las puede ver en su totalidad. En eso plantea el límite de la literatura. Cuestión que después quiere zanjar el cine (y en alguna medida la pintura, por ejemplo, Cándido López retratando la infame Guerra del Paraguay): en *Kagemusha, la sombra del guerrero*, de Kurosawa, aparece constante un plano abierto donde los soldados hacen de hormigas (la referencia no es inocente), incluso los jinetes llevan un palo amarrado a la montura, y sobre él, banderas de color para identificarse. Existe allí cierta inocencia infantil en el acto de jugar con soldaditos de plomo. En esta pequeña guerra inútil que nunca termina (como no termina el discurso, como no termina la forma de sufrir del cuerpo

humano, porque tener consciencia de la muerte ya es una forma de empezar a sufrir), todo se hace evanescente, capaz de repetir esa imposibilidad de transferencia del dolor.

En esa línea que el tiempo delimita como pasado, esta es la quinta novela de Pablo Farrés. Es también un hito de su construcción fantástica: precede la secuencia de una nueva edición de las mismas entreveradas con otros objetos de su ocupación constante, algo que podemos definir como Narración Extrema, especie de fórmula sin ataduras, donde ideas y recursos desatan las tormentas de una puesta en duda constante sobre la materia de la escritura.

Pero, ¿es el domino del lector un ámbito de sueño oscuro y aterrador? Esta experiencia insólita nos brinda una salida al mar de la infamia más revulsiva e inquietante. ¿Cuándo perdimos el idioma de los argentinos a manos de una guerra lejana? ¿Cuándo perdimos la infancia entre saliva y gritos desaforados que nadie pudo registrar? El campo no es santo, los muertos escapan a la tierra, y el estilo es el abandono desprolijo de todos los temores que revocan al perjuro. Inauguramos la temporada de caza: Farrés, como animal salvaje, ha regresado.

Omar Genovese

I

Reconocí rápidamente las coordenadas de mí mismo: mi dormitorio, el olor del pino artificial con el que mi mujer ordenaba embadurnar el aire de la casa, el espejo frente a la cama y en el espejo la figura estropeada por los voltios que aquella pesadilla había descargado sobre mi cerebro.

Nunca fui de soñar pero, desde que había sido designado como nuevo interventor y comandante de los destacamentos ingleses en las Islas Malvinas, no dejaba de perseguirme una misma y única imagen con sus mínimas variantes: me llamaba Gerónimo Elbosco, era un soldado argentino que había sido enviado a las Malvinas para asesinar al interventor y comandante de los destacamentos ingleses.

El sueño era absurdo —las Malvinas se habían transformado en un parque de diversiones psicotoxicológico —, pero no por ello dejaba de ser tenebroso: quizás los monos sueñen ser hombres, las ratas ser conejos y los gatos tigres de bengala, pero difícilmente un tigre de bengala sueñe ser gato, y el conejo rata y el hombre un mono sin despertar con los testículos en la garganta.

Imposible entonces comunicar qué puede sentir un teniente coronel del ejército inglés que ha soñado ser un soldado argentino.

Imposible comunicar en general, incluso comunicar que es imposible comunicar algo: por ejemplo esto mismo.

Por ejemplo comunicar cómo son los testículos de una rata, incluso los testículos de una rata en la garganta de una rata.

En fin: me desperté o creí despertar desesperado debido tal vez a que ese mismo era el día en que finalmente debía embarcarme en el avión que me llevaría a las Islas.

Por las hendijas de la persiana husmeaba la claridad de la mañana y el sonido de los pájaros desde los árboles del

parque traían la promesa de algo mejor. Hice dos pasos alejándome de la cama y pisé la mierda del perro de Mary.

Esa cosa blandita y caliente.

Otra vez esa cosa blandita y caliente.

No sé qué le daba de comer, pero cada vez defecaba montañitas más grandes, más calientes e invariablemente blanditas.

En verdad sabía lo que le daba de comer: cada noche un caldo de verdura, banana y polenta. El perro no tenía otra posibilidad que cagar endemoniadamente su cosa blandita y caliente. Al principio le decía que debía darle otro tipo de comida porque sino el perro se le iba a morir, pero ella no le daba ninguna importancia a mis palabras y seguía dándole ese caldo vomitivo; pasado el tiempo ya no le dije nada acerca de la comida que le daba a su perro porque entendí claramente y sin necesidad de que ella me lo dijera, que la finalidad de aquellos caldos de verdura, banana y polenta no era alimentar a su perro sino cagarme el dormitorio, cagarme la mañana, cagarme la existencia.

Sé que ella se lo ordenaba, y el perro era verdaderamente un perro fiel: no había mañana que no despertara con su montaña de mierda a mi lado, y yo sabiéndolo, sabiendo que ese olor penetrante que acompañando el amanecer se metía en mis narices y escarbaba mi cerebro era el de la mierda del perro de Mary, de manera invariable la pisaba embadurnándome desde los dedos hasta el talón.

La claridad de la mañana por las hendijas de la persiana, el canto de los pájaros y mi pie embadurnado de la mierda de Jack —así se llamaba el bendito perro—. Fui hacia el baño, me lavé el pie, tomé el papel higiénico y la botella de lavandina, volví al cuarto y limpie la mierda de Jack. ¿Era yo el que había decidido marcharse de esa casa para no volver nunca más o era esa mujer la que me estaba echando? Ya no tenía la menor importancia, sólo importaba irme cuanto antes. Terminé de preparar el bolso y me vestí con mi uniforme de teniente coronel. El auto del ejército debía pasarme a buscar para llevarme al aeropuerto.

Mary debía estar como siempre en la cocina, por lo que me encaminé en dirección contraria, hacia el comedor, intentando que ella no escuchara mis pasos y me obligara a la

palabra y algún tipo de despedida. Para mi mal, ella estaba despatarrada en el sillón del comedor como si estuviera esperando que yo pasara por allí.

Hablaba por teléfono, se reía y no sé de qué se reía.

Sí tenía claro con quién estaba hablando. No su nombre, nunca quise saber los nombres de los tipos con los que Mary se encamaba cada vez que yo me iba de viaje a alguna misión o quedaba acuartelado en Londres.

Lo sabía porque era ella la que me lo decía. No sus nombres, nunca me decía sus nombres, solamente hacía mención de que se trataba de un negro —acaso se trataba de un solo negro que la complacía como si se tratara de un pelotón de negros, pero a mí se me daba por pensar que se trataba de un pelotón de negros que en la cabeza de Mary funcionaban todos en conjunto como un mismo y único negro.

No podía recriminarle que se encamara con el que quisiera, en el fondo sabía que aquello era mi culpa. Desde hacía mucho yo la incitaba a encamarnos con un tercero, y ella siempre se había negado. Un día accedió, aunque ciertamente no había accedido sino de mala gana y seguramente forzada por las pastillas que había metido en su copa de champagne durante cierta fiesta que habíamos organizado en casa. Tres o cuatro copas después, tres o cuatro pastillitas allí disueltas, y nos encontrábamos en la cama: ella con los ojos vendados, las manos atadas detrás de la espalda, con la cabeza contra el colchón, de rodillas y con la cola levantada; yo sobándole el ano hasta dejarlo lo suficientemente dilatado como para que un camarada que yo había seleccionado para la cuestión solamente tuviera que introducir su pene y sodomizarla. El camarada sodomizó a mi mujer y mi mujer no dijo nada. Desde entonces comenzamos un raid en busca de tipos con los que encamarnos. La segunda o tercera vez que lo hicimos la escena había perdido magia. Los dos lo sabíamos, pero ella había tomado el mando de la nave y me obligaba a continuar. Todo iba en decadencia, no sólo el deseo, sino también los lugares y los tipos: de boliches swingers super ambientados y racionalizados para el encuentro de clientes que compartíamos el mismo target, fuimos derivando en el puro nomadismo nocturno por los

barrios bajos de Londres al acecho de cualquier tipo que por más apestoso y reventado que se presentara le sirviera a Mary para mostrarme de lo que era capaz. Sabía yo que aquello era su venganza, pero no esperaba la crueldad que me tenía reservada: la siguiente fase, la fase superadora, fue un negro. Había sido el día del festejo de mi cumpleaños —todos se habían marchado, Mary me había llevado a la cama, había apagado la luz del cuarto, me había atado boca arriba contra los barrales, se había subido arriba mío y ya había empezado a moverse; de pronto vi que su cabeza estaba dirigida hacia un lado y que su cabeza se movía como un pájaro carpintero contra el árbol y que su boca se metía dentro la pija de un negro. No dije nada, nada podía decirle, aunque en verdad me hubiese gustado decirle que ya era suficiente, que la cortara con aquello, que sabía que los negros a mí no me gustaban, que me daban alergia y que me parecía mejor coger con un mono que coger con un negro. Eso es lo que me hubiese gustado decirle y no le dije cuando el negro la tomó del pelo, le sacó la verga de la boca, se subió arriba de la cama y la sodomizó de una, así como si nada.

Asco es la palabra —¿es comunicable la palabra asco o el asco ya es la expresión física y directa, efecto orgánico del hecho de sentir asco?—, asco no sólo de tener al negro ahí sodomizando a mi mujer sino enseguida asco también de la cara del negro acercándose a mi cara, mirándome como si estuviera escarbando en mi cerebro, metiéndome finalmente su lengua de mono colonizado dentro de mi boca apabullando mi propia lengua, enroscándola con sus movimientos de serpiente. Entonces ocurrió lo que Mary debió haber proyectado. El negro se paró y zarandeó su pija delante de mi boca. No podía haber nada más humillante. La desesperación me ganó. Me quité las cuerdas con las que me habían atado, empujé al negro, y le di un cachetazo a Mary. Mary golpeó su cabeza contra la pared. Me llamó “puto”. Le di otro cachetazo. Volvió a llamarme “puto”. Le di una piña en la cabeza, y luego una patada en las costillas. Después…, no sé qué pasó después. Pero ¿puedo decirlo?, ¿vale decirlo? Sé que a Mary no le gustaban los negros, no podían gustarle los negros. Era una cuestión biológica, orgánica. Sé de dónde ella venía, y de donde venía era imposible que un negro tuviera

mayor entidad que una garrapata, incluso que una garrapata negra. Era a propósito, siempre había sido a propósito, sólo se encamaba con negros para humillarme y que todo el mundo se enteraba que la mujer de un teniente de los ejércitos de la corona se encamaba con negros.

En fin, esa vez Mary estaba despatarrada sobre el sillón hablando con unos de sus negros, mientras yo me encaminaba hacia la puerta buscando mis Malvinas. En el momento en que tomé la manija, Mary me chistó como si yo fuera el negro con el que se comunicaba. Tenía el brazo levantado en mi dirección con un sobre que tomaba entre las yemas de sus dedos, como si aquello le diera el mismo asco que a mí me daban sus negros.

—Es para vos —dijo, alejándose por un instante del teléfono. A propósito, hoy ni se te ocurra volver antes de las ocho de la noche. Voy a estar ocupada.

Tomé el sobre, nada le respondí, pero me gustó la idea de que ella todavía pudiese esperar que yo volviera alguna vez, después de las ocho de la noche o cuando fuera. Me gustó no decirle que ya no volvería a verla, que se quedara con todos los negros mugrientos que descendieran de los árboles para aparearse en sus entrañas.

Abrí la puerta y salí. En la vereda estaba estacionando el auto oficial. Rápido subí al asiento trasero, acomodé mi bolso, y luego levanté la vista hacia el espejo retrovisor: ¡dios mío, otro negro!, otro negro y encima trabajando para el ejército.

“Londres apesta”, le dije al negro sin que el negro me escuchara, o quizás el negro me escuchó pero no era capaz de comprender cuestiones del lenguaje tan básicas como el enunciado “Londres apesta”. Digo porque encima se trataba de un negro esforzado, no sólo porque el tono oscuro de la piel verdaderamente debió haberle demandado un buen tiempo de concentración física y espiritual acumulando noche, sino fundamentalmente porque era un negro peludo que parecía no tener ningún problema con ostentar su condición de mono.

Me sorprendió porque en general a los negros les gusta el camuflaje, y como todo el mundo sabe, al menos todo el mundo que vive en Londres y es como mínimo teniente coronel del ejército inglés, sabe que los negros son monos

depilados, muy depilados, esforzadamente depilados.

Y se sabe además que los monos depilados se depilan para no parecer monos y al menos contentarse con ser negros.

Aunque también los negros tienen su propia épica y una vez que dejaron de ser monos quieren también dejar de ser negros, y entonces se vuelven latinos pero los latinos tampoco quieren ser latinos y hacen de todo para no parecerlo y entonces se transforman en argentinos.

Pero claro está, las ínfulas del argentino intentando trascender su condición de latino, negro y mono chocan contra las fuerzas inglesas que los devuelven a su condición verdadera.

Todo soldado inglés ha sabido que matar a un argentino siempre significa matar a un negro y con ello desde luego matar a un mono.

Por eso ganamos la guerra.

Porque la guerra es una cuestión zoológica.

Porque la guerra siempre es entre el animal y el hombre.

Incluso los argentinos saben de su condición de monos depilados que parecen negros y por eso cada tanto envían al sacrificio a sus monos más negros y peor depilados.

Pero, bueno, allá ellos. En la otra punta del planeta: nosotros —nosotros con nuestros negros y la pregunta ¿por qué tanta guerra en vano, tanta muerte dando vuelta para que a pesar de ello Londres se nos llenara de monos que incluso tienen el tupé de integrar el ejército de la corona y manejar autos oficiales que trasladan a tenientes coroneles?

Quité la vista del espejo retrovisor y del mono peludo que tenía por chofer, e intentando olvidar aquello perdí la mirada en el paisaje de las calles londinenses para encontrarme, claro está, con monos peludos caminando de aquí para allá vestidos con trajes, jeans, polleras, blusas, zapatos, manejando autos, vendiendo diarios, haciendo de policías.

Y cuando digo monos, digo monos de verdad, monos peludos, sin ningún tapujo de andar así como monos, monos que ya no necesitaban esconderse bajo el disfraz de un negro, monos que ya no necesitaban hacerse los latinos ni menos aún travestirse en argentinos, monos, simples monos.

Cerré los ojos. Aquella visión me excedía.

No era la primera vez que pasaba: últimamente a la

realidad se le daba por cometer esos trucos de magia y donde estuviere, todo en derredor se me transformaba en la jaula de monos de un zoológico fantástico.

Ya no era un problema de políticas liberales multiculturalistas y todo eso, sino concretamente de alucinaciones que se inscribían en el forro interno de mi cerebro. Incluso soñar tan fuertemente ser un soldado argentino, y por lo tanto un soldado negro, y por lo tanto un mono depilado que pretendía retomar la guerra en un parque de diversiones, no podía sino ser parte de lo mismo.

No, no podía más conmigo mismo. Ni Mary me quedaba. Oh, Mary, ¿por qué me hiciste eso?

Mary, la carta.

Todavía tenía entre mis dedos el sobre de la carta que Mary me había dado. La abrí sólo para olvidar lo que me rodeaba y acaso con la esperanza de que Mary se hubiera dignado a ofrecer sus disculpas y rogar que comenzáramos todo de nuevo ya sin negros dando vueltas en nuestra cama.

Saqué el papel del sobre. La fecha era de ese mismo día. También habían escrito la hora y los minutos: 11 y 46. Miré mi reloj, eran las 11 y 46.

No pequeño, ese fue un primer asombro. Enseguida me sorprendió que la letra fuese tan parecida a la mía, incluso tendría que afirmar que era absolutamente idéntica a mi letra.

La carta estaba escrita en mi nombre y dirigida a mi persona.

Debía estar muy loco como para escribirme a mí mismo como si yo fuera otro.

Debía estar muy loco como para leer esa carta y no recordar siquiera haberla escrito.

“Nos conocemos y no nos conocemos. Mi nombre es Gerónimo Elbosco. Ese no es mi verdadero nombre. No lo es porque vos y yo somos el mismo, vos viniendo hacia mí, yo esperándote llegar. Me espero a mí mismo en mi propia llegada. Ese es mi estilo. También será el tuyo”.

Así comenzaba la carta.

Pensé, claro está, que me estaban haciendo una broma que todavía no lograba comprender.

Alguien, acaso Mary enterada de que me iría de paseo por

Malvinas, había escrito aquello sólo para reírse de mí y de mi cara leyendo aquellas palabras. Quizás calculó el momento en que la iría a leer y escribió una hora y unos minutos posibles. Conocía mi letra, bien podía haberla copiado.

¿Pero cómo podía saber que yo desde hacía meses soñaba que era un soldado argentino llamado Gerónimo Elbosco?

Nunca se lo había dicho a nadie. Nadie podía saber que existía un engendro fantasmal que cada noche aparecía en mi cerebro con ese nombre.

Esa fue mi primera reacción: la del rechazo.

Sin embargo enseguida se dio un asombro mayor: el tal Gerónimo Elbosco no sólo afirmaba que éramos la misma persona sino que además contaba el contenido exacto y detallado de lo que yo venía soñando: que siendo argentino había sido reclutado para participar en la guerra de Malvinas con la misión de asesinar al Teniente John Anderson, que había viajado a Puerto Madryn, que se había embarcado en un buque llamado El Pichi, que las Islas se habían mudado, que tuvieron que atravesar la Patagonia y las montañas de Los Andes con el barco a cuestas, que cuando llegaron a las Islas se encontraron con un Parque de Diversiones, que en el Parque de Diversiones había sido fusilado y luego, por vaya uno a saber qué azares del destino, había revivido con el nombre de John Anderson, teniente coronel del ejército de la corona.

“No creas en nada de lo que ves. Seguimos en Malvinas…”, me escribió el tal Gerónimo Elbosco. “Mary, su perro Jack, tu casa londinense, Londres mismo, el negro que en este momento está conduciendo el auto oficial no existen. Nada de eso está ocurriendo sino en tu cabeza. No, no creas ni en vos mismo, No sos teniente de nada, no trabajás para el ejército de la corona. No sos más que un simple soldado raso, un soldado argentino”.

Mi asombro tomó el aspecto de un elefante engordado dentro de una cristalería: no sólo porque me trataba de soldado argentino sino fundamentalmente por la pregunta. ¿Cómo sabía Gerónimo Elbosco que yo tenía una esposa llamada Mary y un perro de nombre Jack?, incluso, ¿cómo podía saber que en ese momento estaba arriba del auto oficial que conducía un negro?

Llegado a ese punto levanté la vista y miré de nuevo al negro por el espejo retrovisor. ¿Era ese negro el que me estaba boludeando con aquella carta? ¿Era ese mono el que me acusaba de ser un soldado argentino? Seguí buscando su mirada en el espejo, pero sus ojos clavados en algún punto fijo de la ruta que ya habíamos tomado rumbo a la base aérea parecían no registrarme. Acaso ese negro tenía información sobre mí, quizás se trataba de alguno de los amantes de Mary y juntos me estaban montando la trampa. No sabía qué pensar, pero me daba cuenta que ya había comenzado a tomar en serio la carta y la posibilidad de que existiera alguien llamado Gerónimo Elbosco que la había escrito.

"Estamos atrapados en Malvinas. Lo que te rodea no es más que el efecto de los psicofármacos que contaminan el aire desde hace treinta años. En 1982, el mismo día que se produjo el desembarco argentino, la aviación inglesa lanzó bombas psicofarmacológicas. Los efectos habían sido programados: de pronto la guerra ya había ocurrido y los soldados argentinos supieron que todo estaba terminado antes de que en verdad comenzara: recordaron haber muerto de frío, de hambre, supieron lo que hacía el fuego abrazando el cuerpo de un compañero, vieron sus propios cadáveres destrozados por la guerra y se dejaron hacer entendiendo que ya nada tenía sentido. Los enterraron vivos sin que ninguno se resistiera.

Eso en algunos casos; en otros se dio que soldados argentinos de pronto se supieran ciudadanos ingleses defendiendo su patria. Se trataba de una jaula psíquica. Ese fue el modo en que ganamos la guerra sin que ni siquiera existiera una guerra.

Treinta años después, los efectos de las bombas siguen activos. Las tropas inglesas que han quedado en Malvinas sufren alucinaciones semejantes. Las Islas se han transformado en un Parque de Diversiones Psicotoxicológico.

El efecto alucinatorio es tan radical que distorsiona el pasado, el presente y el futuro. De pronto, no sabés ni cómo te llamás. Puedo estar escribiéndote esto y a la vez vivir un pasado distante en el que estoy leyendo lo que escribí en el futuro.

Nadie desde el poder lo admitirá; la documentación acerca

de los bombardeos psicotoxicológicos ha sido borrada. Las pruebas concretas, es decir, el testimonio de aquellos que habitamos lo que ha quedado de las Islas, presenta una imposibilidad estructural: nadie puede dar testimonio de no estar donde está. Sólo se trata de meter las narices en las cercanías de Malvinas y saber de qué se trata la pérdida, no la pérdida de esto o de aquello, sino ese tipo de pérdidas en las que se juega la propia existencia y uno ya no sabe ni cómo se llama.

Te escribo para que no vengas. Estuve allí mismo donde vos estás ahora y sé que todavía tenés una oportunidad. Para mí ya es tarde. Ojalá nunca llegues a este lugar donde ya estás, porque acá no existe posibilidad de nada.

Quedate en Londres aunque Londres no exista. Nada podés hacer acá. Es inútil luchar contra tu propio cerebro, ahí adentro la guerra ya está perdida para siempre. Quedate en Inglaterra. Bajá ahora mismo del auto y volvé junto a Mary. Encerrate en la casa y ya no salgas. Soportá lo que tengas que soportar con ella: sus negros, la mierda de su perro, todo lo que se te ocurra pero quedate ahí, siempre va a ser mejor que tener que volver a Malvinas. ¿Mary es una alucinación? Acá todo es alucinación, pero es mil veces preferible la vida londinense con Mary que darte una guerra que no existe.

No cometas el error que yo cometí. Yo también tuve una esposa llamada Mary y un perro que me cagaba la cama y un negro que conducía mi auto oficial. Hace seis meses estuve en ese mismo auto con ese mismo chofer, leyendo esta misma carta que vos estás leyendo ahora. Alguien, quizás yo mismo en un pasado ya distante, me lo había advertido del mismo modo que yo ahora lo hago con vos. Pero me reí de aquello, pensé que me estaban haciendo una trampa y seguí adelante. Después ya fue tarde para todo. Tomé el avión hacia Malvinas y apenas pisé su suelo ya no pude hacer nada para resistir a la fuerza de las imágenes que me arrastraron hacia un agujero negro del que ya no encontré salida.

No vengas, bajá de ese auto y volvé con Mary. Encerrate en la casa y no salgas nunca más. Si seguís adelante ya no habrá regreso porque en verdad vos nunca habrás llegado. Aunque ciertamente ya ni sé dónde estamos y acaso ése es el verdadero infierno”.

II

Veinticuatro horas después ya estaba en suelo malvinense y mi pequeña guerra inútil recién entonces —es decir, ahora, en este mismo punto— comenzaba.

En el inesperado aeropuerto —nada, un tramo de tierra negra entre yuyales que habían desmalezado sólo para que descendiera nuestro avión— nos estaba esperando una camioneta. Al verme, bajó un sargento que dijo llamarse Reynols. Debía ser el encargado de mi traslado hacia los destacamentos ingleses. Le presenté el rango oficial y le expliqué que había llegado para reemplazar al comandante Anderson.

Nada dijo, parecía no importarle.

Subí a la camioneta y dejamos atrás las costas. Prontamente el paisaje mortuorio de lo que yo siempre imaginé que había sido Malvinas se abrió ante nosotros y con ello los fantasmas de una guerra que debía haber terminado hacía ya unos treinta y tres años, y que sin embargo —a primera impresión— todavía se estaba haciendo: cadáveres congelados al costado del camino, a la distancia tropas bajando los montes apuntando a sus prisioneros que caminaban delante, una sirena sonando a lo lejos, los cielos todavía atravesados por aviones Pucará, y cada tanto la sinfonía de las metralletas, las granadas, las bombas.

Aquello debía tener alguna explicación, quizás éramos los mismos ingleses los que usábamos los aviones Pucará para ejercicios aéreos, quizás lo que me parecía el fantasma de una guerra no debía ser más que una revuelta interna contra pobladores o soldados desertores. Me mantuve todo el viaje en silencio. Mis primeros pasos como nuevo comandante de los destacamentos ingleses debían ser cuidadosos y el silencio debía resultar una buena estrategia.

Al rato de andar divisamos a lo lejos un campamento

enemigo. Reynols ordenó detener la camioneta y hacer silencio. Bajó, se alejó un par de pasos y se puso en cuclillas contemplando la escena. Al regresar se me acercó para consultar qué debíamos hacer. No sabía qué decirle: lo que a mí me importaba era que, efectivamente, en las Islas todavía había soldados enemigos.

Me sugirió no perder la oportunidad de atacarlos por sorpresa. Asentí a la idea y seguí las indicaciones que Reynols dirigía hacia la tropa dividiéndonos en dos flancos. Yo tomé el lado derecho y por allí ascendimos la cuesta de un monte. Al llegar al campamento, uno de los soldados del otro flanco tiró una granada y la explosión generó un incendio que pronto tomó las carpas. De entre las llamaradas salieron dos soldados con las manos alzadas. Me sorprendió que fueran argentinos. El grupo mayoritario salió corriendo por detrás de estos dos y atravesando la línea del fuego se dispersaron por el campo. Mi tropa corrió tras ellos.

Pretendiendo un lugar de contemplación de lo que sucedía, hice unos pasos hacia atrás. Casi todos se habían marchado y aprovechando la situación un soldado enemigo salió de cierto amontonamiento de piedras donde había permanecido escondido, esperando la dispersión. No contaba que yo me quedaría allí sin hacer nada.

Corrió en diagonal a mi posición de tal forma que no podía registrar mi presencia. Entonces corrí tras él unos cien o doscientos metros. Cuando lo tuve cerquita —arma en mano— le grité que se detuviera pero pareció no escuchar. Estaba apuntándole a la cabeza. Desde esa distancia mínima no podía fallar.

Volví a gritarle. No me hizo caso. Cuando ya estaba por apretar el gatillo, se detuvo. Vi que frente a él avanzaba un soldado de mi patrulla. Ya lo teníamos acorralado. El argentino entonces se dio vuelta y se puso frente a mí a unos pocos pasos. Estaba a un metro de distancia, con el brazo extendido apuntándole a su pecho. Él estaba parado mirándome pero era como si en vez de verme a mí y el cañón de mi revólver, observara solamente el paisaje a mis espaldas. Entonces levantó el brazo y yo sin dudar un segundo disparé contra su pecho.

No podía errarle, pero el disparo atravesó su pecho y el

argentino no cayó, no solamente no cayó sino que ni siquiera registró que alguien le había disparado a menos de un metro de distancia. Vi en cambio que mi disparo atravesó el pecho del argentino y encontró su destino en la cabeza de mi soldado que estaba detrás. Mi soldado cayó. Acababa de matarlo.

Vi al argentino delante de mí y se mostraba inmutable. Volví a disparar contra su pecho y las balas lo atravesaron como si estuviera hecho de aire. Dio un paso hacia mí y ya no pude volver a disparar. Dio ese paso y entendí que su dirección iba directamente a chocarse con mi hombro. Efectivamente me chocó pero no sentí su peso, su espesor ni su materialidad, sólo era una briza que me recorría y nada más.

Di la vuelta y lo vi correr hacia el monte. Dejé atrás el cadáver del soldado que acababa de matar. Pensé que nadie había visto lo sucedido y lo dejé abandonado sabiendo que el asunto sólo quedaría entre él y yo.

Empezaba a saber de qué me hablaba Gerónimo Elbosco cuando escribía acerca de los efectos alucinatorios de las bombas psicofarmacológicas.

Hacia el mediodía llegamos a los destacamentos ingleses. Los soldados bajaron a los dos argentinos capturados y los llevaron hacia el campo de prisioneros.

Reynols pidió que lo acompañara antes de presentarme al responsable de los destacamentos. Caminamos unos doscientos metros entre los pastizales helados. Me costó identificar dónde se encontraba el campo, pero lo tenía ante mis ojos: se reducía a un par de tablones horizontales sostenidos por unas vigas que daban la impresión de un pobre corralón para animales de granja. Los dos argentinos iban delante de nosotros con las manos esposadas por detrás de la espalda. Para mi sorpresa, apenas nos metimos en el corral, Reynols ordenó quitarles las esposas y liberarlos.

—¿Por qué los libera? Si son soldados argentinos deben quedar prisioneros —le dije a Reynols, mientras un soldado obedecía su orden y los dos argentinos se echaban a correr por el campo.

—Porque no son argentinos. O quizás sí son argentinos pero ya no importa. Hay soldados ingleses que alucinan ser

argentinos y hay soldados argentinos que alucinan ser ingleses. Ya no se puede distinguir quién es quién —dijo Reynols sin ningún interés de que yo comprendiera nada de lo que me decía.

Miré hacia el campo, los dos prisioneros liberados corrían desesperados hacia el horizonte. Fue entonces que Reynols mismo tomó la escopeta de un guardia y disparó contra uno de ellos como si estuviera jugando al tiro al blanco.

El aire se llenó de pólvora.

El soldado que corría más lejos cayó contra el suelo.

Reynols bajó el arma, estiró sus brazos hacia arriba como si se estuviera desperezando. Volvió a apuntar la escopeta contra el otro que seguía corriendo y disparó. El soldado cayó entre los pastos.

No entendía qué estaba haciendo, ¿por qué les disparaba?

—No se preocupe, teniente, esos dos ya estaban muertos —respondió Reynols.

—Los acaba de fusilar sin ningún motivo y bajo ninguna orden. Ni siquiera sabe si eran ingleses.

—¿Y eso a quién le importa? Esos dos necesitaban morir. ¿No lo entiende?

—No, no entiendo nada.

—Le estoy diciendo que esos dos ya estaban muertos. Ocurre todo el tiempo y desde hace mucho. Hay muertos por todos lados que alucinan estar vivos y se comportan como tales. Matarlos es hacerles un favor.

—Está loco. Es una estupidez lo que dice.

—Son los efectos psicotoxicológicos de las bombas. Usted sabe.

—No, no sé nada —dije decidido a mantener en silencio todo lo relativo a la carta de Gerónimo Elbosco y las bombas.

—Entonces entérese.

—No tengo nada de qué enterarme. Soy el nuevo comandante, ¿entiende? Es usted el que tiene que enterarse.

—No pretendo ofenderlo, teniente. Es que cosas así pasan todo el tiempo. Y no sólo pasa con muertos que alucinan estar vivos, también ocurre al revés. Hay soldados que alucinan haber muerto y entonces actúan como muertos. Usted los vio en el camino: cadáveres por todas partes, entre los pastizales, a los costados de la ruta, entre las rocas de los acantilados,

siempre rígidos, sin que la intemperie, las heladas o la noche los interpele en algo. El efecto psicotoxicológico es sorprendente: nunca se mueven, no respiran, ni el más mínimo latido del corazón registran. Pueden estar así durante años y años. El único modo de facilitarles acabar con la alucinación es, justamente, matándolos. Un tiro les atraviesa el cráneo y de pronto despiertan de la alucinación, y se dan cuenta que siempre habían estado vivos. Claro que así andan después, haciendo sus cosas sí, pero con un agujero en la cabeza que ya no va a cicatrizar ni ellos olvidar.

—Lo que dice es un absurdo. No me haga perder más tiempo, quiero ver a su superior, el teniente Anderson —le dije a Reynols.

—¿Anderson? Anderson está muerto.

—¿De qué habla? El gobierno inglés me envió a suplantar a Anderson en el mando de los destacamentos.

—Le digo que murió hace cinco meses.

—¿Quién está al mando entonces?

—En verdad no hay nadie a cargo, pero el que ordena un poco las tropas es el coronel Thompson. Lo está esperando desde hace mucho tiempo. No veía la hora de que alguien viniera a hacerse cargo de todo esto.

—¿Por qué no informaron de la muerte de Anderson?

—Porque a nadie le importaba ni la suerte de Anderson ni la de ninguno de nosotros. Usted todavía no ha comprendido lo que nos está dado, usted se dará cuenta por sí solo.

—¿De qué me tengo que dar cuenta?

—Para empezar tiene que saber que usted nunca ha venido a la Isla. Siempre ha estado aquí con nosotros. De acá no se entra ni se sale.

No sé qué quise preguntarle a Reynols sobre la cuestión pero entonces los otros soldados que nos acompañaban levantaron sus ametralladoras y dispararon hacia la misma dirección que antes había disparado Reynols, y ya nada pude decir. El polvo se levantó envolviéndonos. Las ráfagas de los disparos no terminaban más y yo no comprendía contra quién estaban disparando si allí delante nuestro no había más que el campo con dos cadáveres arruinados.

Entonces di unos pasos hacia el costado del lugar, salí del corral y lo vi: cientos de hombres desnudos habían aparecido

de no sé dónde y corrían a campo traviesa en la misma dirección que los anteriores.

Los disparos de las ametralladoras de nuestros soldados los alcanzaron a mitad de camino y cayeron desplomados aquí, allá y más allá.

Pensé que con aquello todo había terminado. Pero fue entonces que los cuerpos desnudos que no habían sido alcanzados por los disparos, de pronto, se echaron a volar.

Ascendieron unos cien metros hacia el cielo azul, con los brazos abiertos y dando pataditas en el aire.

Pensé que se trataba de alucinaciones. El mundo me interpelaba pretendiendo que yo diera un paso, sólo un paso más para caer en el abismo mental. Pero no se trataba de mi intimidad desbocada. Los soldados que estaban a mi lado necesariamente estaban viendo lo mismo que yo: levantaron las armas y continuaron con las ráfagas de sus metralletas, ahora apuntándole a aquellos hombres voladores. No se trataba entonces de las trampas que el cerebro podía montar sino de un fenómeno compartido.

De un modo u otro, debía resistir aquello, sólo dejarme estar, que lo que me rodeaba transcurriera como una película hasta encontrar alguna coordinación. Mientras tanto, los hombres voladores caían en picada, heridos o fusilados por los disparos de mis soldados. Aquello duró unos diez minutos, los suficientes en todo caso como para no olvidarme del olor a pelo quemado, pólvora y sangre que se mezclaban en el aire. Ninguno se iba a olvidar del silencio en el que nos hundimos cuando los cuerpos cayeron desde el cielo y ya no hubo más movimiento que el de los pájaros negros revoloteando sobre los muertos, para arrebatar pedazos de carne que se llevaban en el vuelo o quedarse allí picoteando lo que podían.

Aquello me había dejado mudo.

No quería volver a hablar con Reynols.

Aprovechando el desconcierto me perdí entre los soldados que se dispersaban hacia los pabellones.

Toda mi vida me había preparado para la guerra —pensaba—, hacer la guerra contra un enemigo externo, un enemigo que, venido desde la otra punta del planeta, me mirara a los ojos y pusiera en juego mi existencia, pero la

guerra era contra de mí mismo, contra mi propio cerebro, y para ello no estaba preparado.

Caminaba solo entre los pastizales recordando la carta de Gerónimo Elbosco y lo que Reynols acababa de decir. Empezaba a creer que el gobierno inglés no me había dicho lo que debía decirme: la guerra nunca existió, sólo se la había ganado controlando —arruinando, estropeando— las imágenes mentales del enemigo pero con ello también condenando a las propias tropas inglesas a la pérdida más radical, ¿para qué entonces me habían enviado a la Isla, si en la Isla ya no había nada que hacer más que regodearse en el horror de un mundo que está siempre volviéndose otro? ¿Había sido una trampa? ¿Alguien en el gobierno, alguien en el ejército, había ordenado mi traslado a Malvinas sólo como condena por algo que no lograba identificar?

Pero acaso esa línea paranoica era mi propia defensa ante lo que no quería preguntarme a mí mismo: ¿qué había querido decir Reynols cuando dijo que “de la Isla no se entra ni se sale”?

III

Mis pasos me llevaron hacia los pabellones centrales. Pregunté por la oficina del tal coronel Thompson que Reynols había mencionado como el responsable de las tropas luego de la muerte de Anderson. Necesitaba que explicara, él, solamente él, qué había sucedido con Anderson. Un soldado me acompañó caminando en silencio. Su oficina se levantaba en el borde de los destacamentos.

Tenía mucho para preguntarle a Thompson pero él no tenía nada para decirrme: golpeé la puerta y no respondió, golpeé la puerta tres o cuatro veces más y gritó que me fuera, que no tenía tiempo para atender a nadie.

—Soy el nuevo comandante de las tropas. Usted debe estar informado quién soy.

—Le repito: no tengo tiempo para atenderlo. Vuelva en un rato, o mejor mañana.

—He venido para tomar el mando de las tropas, ¿entiende? Desde ahora soy su superior. Abra ya mismo.

—No puedo abrirle. Vuelva mañana, teniente.

—Abra o lo mando a apresar —le grité mientras golpeaba la puerta con los puños cerrados y pateaba la cerradura.

Fue entonces que Thompson abrió, pero ni siquiera me permitió pasar. Me chocó la palidez de su rostro acentuada por el pelo crespo y sus ojos negrísimos. Se mostraba nervioso, no por mi presencia sino por algo que ocurría dentro de la oficina. Desde allí venían los gritos de un chico que chillaba como si lo estuvieran desollando.

—¿Por qué no me deja pasar?

—No puedo, no le va a gustar ver.

—Es una orden. Quiero ver que hay dentro —dije mientras escuchamos los gritos del chico y la voz de un hombre adulto.

La voz del hombre cesó, pero entonces se escucharon

golpes contra una pared o un mueble. Los gritos del chico se repitieron dos o tres veces más, y luego se hicieron continuos. El coronel Thompson giró la cabeza hacia el interior, luego volvió hacia mí e intentó cerrarme la puerta en la cara. Yo puse el pie contra el marco y me eché sobre la puerta. Con la fuerza del impulso desplacé a Thompson que cayó al suelo. Adentro no había nadie, ningún chico gritando ni ningún otro adulto, sin embargo Thompson seguía nervioso como si yo todavía no viera lo que él quería ocultar.

—¿Qué hace?, ¿cómo se le ocurre cerrarme la puerta?

—No es el momento, teniente. Será mejor encontrarnos mañana.

—No lo entiendo. No sé qué quiere ocultar.

—Ya lo entenderá. Cuando usted vea lo que yo veo, comprenderá todo.

—¿Qué es lo que ve? —pregunté ansioso y hastiado a la vez.

—¿No escuchó nada?

—Sí, algo escuché: un chico, alguien gritando como si lo estuviesen torturando.

—Lo que usted escucha, yo lo veo. Usted también lo verá. Es el aire. Las sustancias psicofarmacológicas todavía están en el aire. ¿Ya vio de lo que se trata? De las alucinaciones no podrá salir, se le volverán constantes, como a todos los que habitan la Isla. ¿Es una Isla todavía, no? Dígame, ¿estamos en Malvinas todavía? Respóndame. No es fácil para mí. No sabe el esfuerzo mental que significa para mí mantener este diálogo.

—Sí, estamos en Malvinas.

—¿No ve a ningún chico en esta habitación, no es cierto? Estamos los dos hablando sin nadie que nos rodee, ¿no?

—No sé de lo que me habla. Estamos solos.

Fue entonces que los gritos del chico volvieron a aparecer como largos chillidos de un perro electrocutado. El coronel Thompson se levantó, sacó su arma y se encaminó hacia el baño. Desde donde yo estaba sólo podía ver su espalda. Le gritó a alguien que no lo hiciera. Entonces, enseguida, se escuchó un disparo.

Me levanté y rápido me detuve junto a Thompson. En el baño no había nadie.

Al volver la vista hacia el escritorio encontré al chico. Estaba sorbiendo algo de una taza de color rojo. Pensé que, evidentemente, se trataba del mismo chico que había estado gritando.

—¿Esto es lo que no quería que viera? —le pregunté a Thompson señalando al nene.

—¿Lo está viendo? ¿Comprende lo que significa eso?

—No, ni siquiera sé quién es.

—Soy yo —dijo Thompson. Soy yo mismo cuando tenía diez años.

—No entiendo.

—No se haga el tonto, comandante. Sí, entiende. Ya estará informado de lo que sucede.

—No estoy informado de nada.

—Hablo de las bombas psicofarmacológicas, de los efectos alucinatorios.

—Sólo le estoy preguntando por el chico.

—Ya le dije. Él es la alucinación de mi propio pasado.

—No lo puedo comprender. Si es una alucinación cómo explica que esté ahí, tan real como estas paredes, la mesa, nosotros mismos. ¿Cómo hace para traerlo al presente y que yo pueda verlo?

—Yo no lo traigo de ninguna parte. Es él el que viene a mí. Y cada vez se queda más tiempo. Aquí está seguro. Conmigo vive mi mundo pero apenas se aleja vuelve el horror.

—¿El horror? —pregunté siguiéndole la corriente para hacerlo hablar.

—El horror es mi padre. Todavía no ha terminado. Apenas me voy regresa y con él vuelve el horror y todo vuelve a ser tal como fue hace treinta años atrás. Entonces ya siempre es tarde. Entonces tengo que matarlo todos los días. Abro la puerta de la oficina y ahí está el chico, yo mismo, con mi padre. Y lo que el padre hace con ese chico no tiene nombre. Yo tomo lo que tengo a mano, un cuchillo, mi revólver. Al principio se jugaba el odio y la violencia, se me hacía desborde. Ahora es un trabajo frío, como cualquier otro. Entro a la oficina y le pego un tiro a mi padre del mismo modo que me sirvo un café, acomodo mis libros o limpio mis botas.

—Pero ¿y el chico?

—No se acostumbra, no podría nunca acostumbrarse. No tiene opción. Para él siempre es como la primera vez, como si viviera eternamente la misma escena sin recordar haberla vivido ayer o hace una semana. Todos los días igual: mato al padre y tengo que calmar la desesperación del chico. Explicarle que ya no volverá a suceder cuando ciertamente volverá a ocurrir mañana y pasado mañana y siempre.

—¿Él nos está escuchando?

—Sí, claro. Escucha, siente, imagina, piensa, como cualquier otro chico de diez años.

—No deberíamos, entonces, hablar de esto.

—Ya no me importa. Antes tenía cuidado, ahora ya no puedo. ¿Sabe hasta dónde llegué para salir de todo esto?

—No sé, no me imagino.

—Lo maté a él. Maté al chico. ¿Cuántas veces? Tres o cuatro veces. Pensé desde la desesperación que si no podía acabar con esto matando al padre, podría hacerlo eliminando al chico. Pero nada resultó. Cada vez, al otro día, volví a encontrármelo a él y a su padre.

—Necesito que hablemos de Anderson. Me dicen que murió —dije cambiando de tema y buscando algún suelo firme desde donde poder pensar qué estaba haciendo allí.

—Por favor, mañana…, mañana todo estará en orden. No hace falta que venga a buscarme, yo lo encontraré en el campo de prisioneros.

—Necesito que reúna a las tropas, quiero presentarme, informar de la nueva situación.

—¿Tropas? Aquí no va a encontrar a nadie que pueda formar alguna tropa.

IV

Ya estaba anocheciendo. Volví hacia los pabellones buscando a alguien que me indicara dónde se encontraba el despacho de Anderson. La verdad es que a esa altura del día sólo me importaba encontrar un lugar donde dormir. Me señalaron un pabellón y una casita que estaba al lado. Cuando abrí la puerta ya era de noche. El lugar donde había vivido Anderson era pequeño: sólo cabían un camastro y un escritorio.

Pensé en acostarme sin dar más vueltas pero sobre el escritorio encontré algunos papeles y me los puse a revisar. Entre ellos había una carta firmada por el Teniente Anderson. Pensé que allí podía encontrar algún sentido de todo lo que estaba sucediendo conmigo. A la carta le faltaba la primera hoja, pero debajo de la firma Anderson había escrito la fecha de hacía tres semanas atrás.

Recordé que Reynols me había dicho que el teniente estaba muerto desde hacía cinco meses.

Comprendí que Reynols mentía o bien aquella carta era imposible.

Al comenzar a leer comprendí rápidamente que la carta estaba dirigida a mi persona.

"…sé que lo han enviado para suplantarme. Me hago cargo de mis actos y mis decisiones: cualquiera que hubiese estado en mi lugar hubiese hecho lo mismo. No me arrepiento de nada, aquí sólo importa sobrevivir.

Quizás su misión sea asesinarme.

Seguramente le han informado los motivos. Sepa que no necesitará hacerlo. Cuando uno está en un lugar como éste sólo se piensa en el final y el final sólo puede nombrarse como aniquilación.

Espero aniquilación, deseo aniquilación, ruego porque alguna aniquilación me sea dada.

¿Probó alguna vez incendiarse entero? ¿Echarse un bidón

de nafta, prenderse fuego, y soportar las llamas quemándole la carne sólo porque cree que el final ya está cerca? ¿Cuán cerca puede estar? Sólo se trataría de aguantar un rato, diez minutos, media hora, ¿pero sabe lo que significa pasar una hora esperando el final y que el final no llegue? ¿Sabe lo que es pasar un día entero incendiándose sin que el fuego nunca se apague, sin que la carne termine nunca de incendiarse? ¿Y cómo seguir si después de meses enteros envuelto en llamas sin jamás perder la conciencia de que eso que se quema es usted?

Imagine que finalmente el fuego se apaga pero usted continua incendiándose, incendiándose ahora sin fuego, incendiándose para siempre, ¿sabe de lo que le hablo? Nosotros lo sabemos, yo lo sé, mi cuerpo lo sabe.

Le escribo ahora con lo que queda de mí: un amontonamiento de carne incendiada, un humito que todavía sale de mi cabeza, con el olor insoportable del pelo chamuscado.

¿Cómo puedo seguir? ¿Qué puede importarme usted, el gobierno inglés y la patria? ¿Quiere que le cuente qué es lo que veo cuando me veo en el espejo? Un monstruo, la superación del monstruo, ¿cómo puede seguir mi carne incendiándose sin nunca consumirse?

Que lo hayan enviado para matarme es un favor que me hacen.

Pero no puedo esperarlo más. Ya no estoy en condiciones de seguir. Hasta aquí he llegado.

Ahora, sólo me importa salvarme, y sólo puedo salvarme solo. No puedo decirle cómo lo haré. A usted le toca salvar al resto, a todos y cada uno de nuestros soldados. Nadie merece lo que están viviendo.

Hay que aniquilar Malvinas, hay que aniquilar Malvinas en nuestros cerebros, hay que aniquilar nuestros cerebros.

Usted sabrá de lo que le hablo: en el Monte Rivadavia se esconde la plataforma de lanzamiento del misil B12. Está dirigido a Buenos Aires. Mi tarea era esperar la orden del gobierno para apretar el botón. Ya no puedo esperar más, dejo la misión en sus manos. El misil contiene la carga de dos bombas atómicas, el radio de expansión llegará hasta Mendoza, Chubut, Salta y Misiones —se me para la pija con

sólo pensar en apretar ese divino botón.

Ahora será su tarea.

Nuestros soldados no merecen el infierno que el gobierno inglés les ha regalado, y sólo hay un modo de darles alguna paz: usted debe redirigir el misil, cambiar las coordenadas. El misil tiene que caer sobre las Malvinas. Nada de Buenos Aires, ¿a quién mierda le puede importar Buenos Aires y toda esa cochinada de Argentina?

Redirija el misil, pulse el botón, salve a nuestros soldados del infierno.

No pierda el tiempo, no hay otra opción, no alcanza fusilarlos, incendiarlos, destriparlos. El caos siempre vuelve, los muertos siguen alucinando estar vivos, los que están vivos alucinan estar muertos, y sépalo, no hay modo de diferenciar a unos de otros. La única salida es la aniquilación colectiva y la destrucción total, no de los soldados, no de uno o de otro, sino de las Islas y de todo lo que en las Islas exista.

No se deje engañar, nada de lo que se muestre como real será real, nada de lo que se muestre como alucinación será alucinación.

Busque al coronel Stanton, él tiene el código de redirección y lanzamiento. Él sabrá cómo hacerlo. Simplemente lance el misil, por el amor de dios, por piedad de nuestros soldados, hágalo por mí, hágalo de inmediato".

Al terminar de leerla me sentía más confundido que antes.

Sabía claramente que mi misión era suplantar a Anderson pero nadie me había informado que con ello tenía la responsabilidad del lanzamiento de un misil atómico sobre Buenos Aires.

Igualmente, la impresión general era que la carta de Anderson era la de un loco: nadie que no estuviera fumándose al demonio en el sótano del infierno mental podía pedirme que redirija el misil hacia las Malvinas aniquilando con ello a mis propios soldados. También me daba vueltas en la mente la muerte de Anderson: si había ocurrido cinco meses atrás, ¿qué hacía esa carta con su firma entre sus papeles? ¿Estaba vivo todavía o ya había encontrado la forma de la aniquilación que se había prometido?

V

Dejé los papeles de Anderson donde los había encontrado. El cansancio me ganaba, pero no podía dormir allí —el lugar era un asco.

Atravesé el patio central. No había ningún soldado a la vista. Sólo uno de los pabellones tenía algunas luces prendidas. Pensé que allí dormirían mis soldados y que quizás existiera una cama donde descansar de mí mismo.

Entré y comprobé que las columnas del hall estaban rajadas al medio prometiendo un derrumbe general.

El espacio se mostraba abandonado. Tomé por uno de los pasillos pensando encontrar el lugar donde alguien mantenía las luces prendidas. Me perdí subiendo y bajando escaleras que llevaban a ninguna parte. Finalmente encontré una luz que asomaba por debajo de una puerta.

Abrí. Di unos pasos hacia dentro. Una ráfaga de viento cerró la puerta.

De pronto descubrí que aquel lugar era el comedor de mi casa londinense: el mismo espacio, los mismos muebles, la exacta disposición con la que a Mary le gustaba verlos.

Me encaminé hacia mi dormitorio. El perro de Mary custodiaba la puerta. Gruñó como siempre lo hacía apenas me le acercaba.

Rápido entré y me paré junto a la cama. Lo que veía alrededor no podía ser más que una alucinación provocada. Debía defenderme de aquello. Luchar contra mi propio cerebro. No debía responder a la invitación del mundo psicótico. Ni aquel lugar era mi casa, ni el perro de Mary existía detrás de la puerta.

Dormí mucho, tanto dormí que cuando desperté ni siquiera sabía que había despertado.

Sentí que mis párpados se habían abierto pero todo seguía oculto bajo una oscuridad absoluta.

Quise mover mis brazos para refregarme los ojos pero mis brazos estaban inmovilizados.

Moví las manos y los dedos llegaron a tocar la cuerda con la que me habían atado las muñecas. Recién entonces identifiqué el espesor de las vendas que cubrían mis ojos.

De pronto sentí el cuerpo desnudo.

No recordaba haberme desnudado en el momento de acostarme. Pensé lo peor. ¿Reynols? ¿Thompson? ¿Quién me había maniatado?

No sé lo que pensé —haya pensado esto o lo otro no tenía la menor importancia porque lo que estaba por ocurrir era la ruina mental de todo lo que yo alguna vez había pensado ser: enseguida sentí la cabeza de una verga que se soslayaba con el borde mi ano, escarbando de a poquito, haciendo sopapita, viendo qué onda.

¿Qué onda?

No, a aquella verga en nada le importaba saber qué onda.

Simplemente terminó el rodeo y se incrustó de una en el fondo de mis entrañas. Sentí cómo la carne se me rajaba en dos partes y aquella verga tocaba el límite de lo que yo podía soportar.

Fueron tres o cuatro mazazos violentísimos que sólo buscaban hacerme saber lo que podían hacer conmigo, y verdaderamente lo supe cuando a la segunda embestida mis gritos de puta histérica se hicieron escuchar muy chanchos, muy de chancha degollada y desangrando mientras la cuelgan de un palo.

Pero después fue todo más suavecito, como comprendiendo mi necesidad de relajación: las embestidas terminaron y se hicieron arrumacos —lento bamboleo de barquito en aguas calmas, ritmo plácido de la mano que mece la cuna.

Mis gritos se hicieron suspiros inevitables. Me daban vergüenza, era clara señal de que lo que estaban haciendo conmigo me estaba gustando, pero venían más allá de mí y nada podía hacer para atragantarme mudo con ellos. El hijo de puta que me había atado, desnudado, vendado los ojos y encima me estaba sodomizando, conseguía que yo le diera mi consentimiento.

Pero verdaderamente tenía con qué. Mis incursiones en

estos pliegues de la existencia se reducían a escasas escenas con Mary y sus andanzas buscando hacer un trío: alguna que otra chupada de pija a cierto señorito del boliche swinger donde solíamos terminar, incluso a dos o tres desconocidos que atesoramos en las noches del bajo londinense, y cabe decirlo, las dos veces que accedí a que me sodomizaran —justamente aquel chico del boliche swinger y un vagabundo que dormía en la plaza de Bond Street—, fueron la causa por la que el deseo de fiesta colectiva se fuera apagando y entristeciendo hasta el punto de limitar la participación en cada trío a hacerme la paja mientras veía cómo se la cogían a Mary.

De algún modo me había vuelto intocable, puro y casto, pero básicamente porque no conocía, o no me había tocado en suerte, lo que en ese momento estaba siendo obligado por la fuerza a descubrir. Dios mío, ¿qué necesidad de tanta humillación? ¿Por qué no darme eso mismo sin el teatro de la violencia y la vejación? Me estaban violando, ¿y dónde mierda estaba mi señorío inglés como para mostrarme entero frente al abismo? El forro del culo lo tenía hecho una seda, la pija enorme —¿cuántos kilos pesaría?— se deslizaba por un tobogán de manteca que remontaba de a poquito como agarrándose de las barandas.

El que todo eso estaba haciendo conmigo, lo supo, supo de sus logros y conquistas, y entonces pretendió cobrar su pensión vitalicia quitándome la venda para llevarse el brillo de mi mirada perdida en el fondo de un sol oscuro. Un sol oscuro, eso es lo que vi cuando me quitó las vendas: un negro, dios mío, el mismo negro con el que antes ya me había enfrentado.

Dejando ver su piel lumínica me tomaba del mentón empujando mi cara hacia arriba y obligándome a mirarlo. “¿Y ahora qué voy a hacer con vos?”, dijo apretándome fuerte con sus dedos fuertes mis pómulos ruborizados de muñeca de plástico. “Lo que vos quieras”, escuché que yo mismo le respondía sin ser yo ese que pronunciaba tales palabras.

El negro entonces me soltó, abrió su mano y me pegó un cachetazo en la boca.

Un negro me pegó un cachetazo en la boca.

Un negro le pegó un cachetazo en la boca a un teniente de

los ejércitos de la corona.

Zarandeó su verga dándome golpecitos en la frente y en la punta de la nariz y me la metió en la boca todavía abierta.

Gusto a mierda.

Gusto a negro capaz de sacarme con su pija mierda del orto y hacer que la mierda tenga gusto a helado de frutilla.

Chupé y chupé con ganas y cierto arrebato. Dos o tres minutos. Eso es lo que sentí: un arrebato. Alguien, su mano me quitaba el chupetín de la boca y se lo comían al lado mío. No estábamos solos.

No me gustó que no estuviéramos solos, no me gustó que otra boca se metiera la pija del negro dentro, y entonces mi boca se apresuró buscándola. La lamimos juntos durante algunos segundos pero rápidamente nuestros ojos se levantaron y nuestras miradas coincidieron: allí estaba Mary.

Retrocedí como pude. Todavía atado, hice de mí mismo un bicho bolita escondiendo la cabeza entre las rodillas. Entonces Mary se levantó y me agarró del pelo. Llevó mi cabeza hacia la pija del negro y me obligó a seguir chupando.

Aquello ya no me gustaba y quedé inmóvil con la boca llena. Así vinieron los golpes de Mary contra mi cabeza. Me pegaba con el mango de un rebenque. Después, viendo que yo no reaccionaba y me la aguantaba siempre quietito, dio vuelta el rebenque y empezó a darme contra la espalda.

Pero entonces sucedió lo que yo no esperaba: el negro detuvo la mano de Mary.

Vaya uno a saber qué piedad se le jugó a aquel negro como para realizar tal acto rebelándose contra su propia naturaleza de esclavo y deteniendo la mano de su amo.

Mary se dio vuelta clavando su mirada de odio en los ojos del negro, pero el negro no tembló, apretó más fuerte la muñeca de Mary hasta obligarla a que el rebenque cayera. Mary empujó al negro con la otra mano y lo puteó de arriba abajo. El negro no dijo nada pero con ello todo lo decía.

Tomó del cuello a Mary y la fue empujando contra la pared.

Fue entonces que me miró, el negro me miró y me dio entidad. Me miró y sólo hizo un gesto, un mínimo gesto con la cabeza indicando que más convenía para nosotros que yo saliera de la habitación porque acaso lo que allí sucedería no

me gustaría verlo —al fin y al cabo Mary había sido mi mujer y la madre de mis hijos.

Me levanté, tomé la ropa que estaba tirada junto a la cama, miré a Mary, le regalé una bonita sonrisa, y salí de la habitación cerrando la puerta.

Pensé que ya estaba liberado de la alucinación, pero las cosas no terminarían allí. Del otro lado todavía estaba el perro de Mary esperándome. De pronto saltó sobre mi brazo. Retrocedí como pude, pero todo ocurrió tan violenta y rápidamente que de un instante a otro ya me encontraba tirado en el piso con el perro arriba mío queriendo arrancar pedazos de mi cara.

Después…, no sé qué pasó después.

VI

Al otro día, el perro de Mary seguía allí. Ahora junto a la cama, gruñéndome, sin quitarme de encima sus ojos de fuego.

Las manos de un oficial sacudían mis hombros y yo despertaba.

—¿Qué le pasó? Tiene sangre en la cabeza y en la cara —dijo el oficial y yo me toqué para comprobar que efectivamente la furia de Mary me había dejado todo ensangrentado.

—¿Quién es usted?

—Soy el coronel Stanton. Espero que haya leído la carta de Anderson. Allí seguramente le habrá hablado de mí.

—Sí, el teniente me escribió sobre usted —dije pretendiendo levantarme de la cama y retrocediendo de inmediato ante la amenaza del perro que abandonó su postura inmóvil avanzando unos pasos hacia mí.

—¿Ya empezó a sucederle? ¿Ya encontró lo que las Islas le tienen reservado? —preguntó con cierto dejo de ironía.

—No sé de qué habla.

—De las heridas en su cara. Del perro.

—No sé qué es lo que pasó. Anoche entré a este lugar para dormir y de pronto estaba en mi casa de Londres, con mi mujer y con este perro —dije omitiendo al negro para sostener alguna dignidad.

—¿Lo conoce?

—Sí, es el perro de mi mujer. Debió haber sido una alucinación.

—Si fuera una alucinación yo no podría estar viéndolo ahora.

—También está la ropa de mi mujer —dije al percatarme que sobre el acolchado estaba la blusa, la bombacha y el corpiño de Mary.

—También está el rebenque. Seguramente también debe

ser de su mujer —dijo, acaso irónico, acercándolo a mi rostro.

—Hablemos de lo que tenemos que hablar, para eso habrá venido.

—No sé de qué quiere hablar.

—De Anderson. Del misil. Anderson me escribió diciendo que contacte con usted.

—Usted es Anderson —afirmó Stanton sin dar vueltas.

—Eso es una estupidez.

—La última vez que nos vimos usted mismo dijo que iría a desaparecer por unos meses; al volver seguramente no iba a recordar nada acerca de nuestra misión, incluso difícilmente supiera quién soy yo y acaso tampoco recordara ser John Anderson. Durante ese tiempo debía suspender toda actividad con respecto al misil; ahora que volvió debo darle el código con el que redirigimos el misil atómico para hacerlo estallar contra la Isla…

—¿Ya cambiaron las coordenadas?

—Todavía no entiendo qué es lo que le pasa, Anderson. No me animo ni siquiera a preguntarle qué es lo que sucedió durante estos meses, ¿dónde estuvo? ¿Por qué desapareció así como si nada?

—Yo tampoco lo sé —fue mi débil y equívoca respuesta.

—Quizás sea mejor así. Espero que al menos recuerde para qué necesitamos el misil.

—Lanzar el misil contra la Isla es una locura. No puede ser sino la idea de un psicótico; es matarnos a todos juntos, nuestros soldados, usted, yo.

—¿Sabe lo que trabajamos juntos para realizar la redirección?

—En verdad no tengo idea.

—La idea fue suya, debería recordarlo.

—Ya le dije que no recuerdo haber hablado de esto nunca antes.

—Entérese entonces que el que planificó la redirección del misil fue usted. Diez años estuvimos trabajando en ello. No fue fácil, debimos engañar a todos los controladores informáticos de Londres. Están esperando el momento para lanzarlo contra Buenos Aires y nosotros lo apuntamos directamente contra las Malvinas.

—Usted y Anderson son unos dementes.

—Acá tiene, el papel contiene el código de lanzamiento. La plataforma está en la base del Monte Rivadavia. Allí tiene que encontrarse con el doctor Douglas. Él está enterado de todo —dijo mientras me extendía el papel y hacía como que no me había escuchado.

—No necesito esto. Le estoy diciendo que me parece una locura.

—Usted mismo me pidió que escondiera el cambio de las coordenadas y sólo se las entregara al volver. Eso estoy haciendo.

—¿Por qué no lanzan el misil ustedes?

—Porque sólo funciona por un control remoto diseñado por el gobierno inglés para enviar el misil a Buenos Aires. El botón de lanzamiento tiene el registro de sus huellas digitales. El único que puede apretar el botón para que el misil sea lanzado es usted.

—Intento comprenderlo, pero ¿cuál es la razón para aniquilar las Malvinas? ¿Las alucinaciones? Eso no alcanza para justificar nada.

—Nunca se trató de alucinaciones.

—No lo estoy inventando yo. Al parecer, acá están todos enterados de las bombas psicofarmacológicas. Los soldados que me recibieron, el sargento Reynols y el coronel Thompson hablaron de lo mismo.

—Es la Madre-Paranoia, pero de fondo no les importa nada, podemos darles cualquier explicación acerca del horror de la pérdida y ellos estarán contentos.

—¿Y entonces?

—Anderson me pidió que le mostrara las imágenes de las Islas para que entendiera —dijo Stanton y me acercó un sobre de papel madera del que extrajo gran cantidad de fotos.

—Son fotografías satelitales. Las recibimos todos los días y siempre con información diferente. Mire por usted mismo —continuó Stanton—. Los numeritos de arriba corresponden a las fechas de la toma. Las primeras son de cuando terminó la primera etapa de la guerra. Creo que datan de Mayo de 1983. Si sigue la secuencia de un año, va a encontrar que las imágenes muestran el desplazamiento y el viaje de las Islas alrededor del mundo. Sólo durante ese año se trasladaron desde el hemisferio sur hacia el norte dando una vuelta cerca

de las costas del Polo Ártico para regresar de nuevo hacia el sur por el Pacífico. Ese recorrido facilitó suponer que el movimiento no era puramente mecánico sino también voluntario y acaso consciente: la traslación de las Islas coincidía con la rotación de la Tierra de tal forma que donde se hallaran siempre estaban en verano. Al parecer les gustaba el calor.

—¿Me está diciendo que las Islas se mueven, y que no sólo se mueven sino que además viajan por el mundo como si hicieran un crucero de placer?

—Sí, exactamente eso.

—Pero son unas Islas, no tienen voluntad, no tienen nada.

—No son solamente unas Islas, son un monstruo psíquico, un monstruo con voluntad propia. Mire las fotos de más adelante, fíjese en la década del ´90. Ya entonces el viaje de las Islas perdió toda racionalidad, ya ni siquiera les importaba el calor. Mire esta foto, es del 4 de agosto de 1991. Las Islas se encontraban cerca de las costas de Australia; bien, ahora mire la siguiente: al otro día, el 5 de agosto, ya estaban en el Atlántico, bordeando las costas africanas, y el 6 de Agosto ya estaban rondando las costas de Ecuador, sobre el Pacífico. Las hipótesis para explicar las fotos derivaron hacia posibilidades insólitas: que las Islas no eran una sino tres, cuatro y hasta cinco; que las Islas viajaban a una velocidad que ningún satélite podía acompañar su recorrido; que las Islas desaparecían de un lugar y al instante aparecían en otro sin necesidad de desplazarse o, simplemente, que los satélites fallaban y nada tenían que ver las Islas con ello. Se hicieron las comprobaciones del caso, los satélites no fallaban, las Islas siempre eran las mismas y se desplazaban de manera constante a 40 kilómetros por hora.

—Aun creyendo que las fotos son reales, no comprobarían nada. Sólo muestran que las Islas se mueven, pero no que tengan voluntad propia ni que sean un ente psíquico.

—No necesito convencerlo de nada, usted lo tiene ante los ojos, si lo quiere ver, bien, de lo contrario allá usted… ¿Me va a decir que todavía no vio a los muertos que desnudos corren por el campo y salen volando como si fueran pájaros?

—Sí, los vi, pero no sé cuál es la relación.

—Es la Isla. Ya se lo dije, como cualquier cerebro humano

la Isla puede recordar, para mantener cierta tensión psíquica sobre algunas zonas de sí misma. Esa tensión produce una fuerza de gravedad que impide que salgamos volando. Pero la Isla también puede olvidar. En verdad nadie vuela ni flota, sino que simplemente la Isla los olvida y, cuando ello sucede, la tensión psíquica se distiende y entonces la fuerza de gravedad desaparece. No se trata de alucinaciones sino de habitar el olvido. Y sólo un ente cerebral puede decidir su propio movimiento, sólo en la geografía de un cerebro capaz de olvidar pueden habitar hombres pájaros.

—¿Usted me está hablando en serio?

—Las Malvinas son un cerebro arruinado que nos está llevando al colapso absoluto. Nuestros soldados son parias a los que la Isla arrastra en su devenir esquizofrénico. Estas mismas palabras eran las que usted usaba.

—No entiendo cómo no puedo recordar nada.

—Porque usted murió.

—¿Qué dice?

—Digo que el teniente Anderson murió hace cinco meses.

—No me venga otra vez con lo mismo. Anderson me dejó una carta; tiene fecha de hace unas semanas. No puede estar muerto.

—Murió incendiándose. Se tiró un bidón de nafta sobre la cabeza y se prendió fuego.

—Eso mismo fue lo que me escribió.

—Es usted el que se escribía a sí mismo, enviándose mensajes desde el futuro.

—No sé quién es ese Anderson. Lo único que sé es que yo soy yo y estoy acá para cumplir con mi misión.

—Yo sí conozco a Anderson. Sé quién es. Usted está aquí del mismo modo que este perro está entre nosotros.

—¿Me va a decir que no somos más que proyecciones de la Isla-Cerebro?

—Usted crea lo que quiera, pero el inconsciente de las Islas no funciona con imágenes propias sino que utiliza los registros mnémicos de los hombres que la habitamos para materializarlos como su propia producción psíquica. Ese perro es una imagen del fondo de su propia memoria, y es la Isla la que lo proyecta haciéndolo real. Las Islas nos obligan a enfrentarnos con nuestro propio material inconsciente. Mire

alrededor: la guerra continúa, las batallas siguen librándose, los mismos aviones Pucará nunca dejan de atravesar el cielo, si usa los prismáticos verá que el crucero General Belgrano sigue incendiándose, nuestras patrullas se condenan eternamente a levantar siempre los mismos muertos al costado de las rutas, y los soldados no terminan nunca de morir. Y usted sabe lo mismo que yo: la guerra terminó hace ya más de treinta años. Se trata de un trauma tan enquistado en nuestros cerebros que la Isla lo aprovecha tomando nuestros recuerdos para materializarlos como un presente inacabado. En cualquier momento puede usted encontrarse en Londres, en Newcastle, en Liverpool, o en Buenos Aires, y sin embargo nunca dejará de estar en las Malvinas. Son ellas las que producen el simulacro sirviéndose de los recuerdos de los soldados.

—No me importa eso, le estoy hablando de nosotros. Este perro no puede ser sino un engendro de mi mente. Yo soy real.

—Ya se lo dije: si usted lo ve tal como lo veo yo, entonces no es una alucinación. Mírelo, tóquelo, es tan real como estas paredes. ¿Qué diferencia hay entre él y usted? Lo único que le aconsejo es que no se fíe ni de usted mismo.

—¿Y entonces? ¿Qué supone? ¿Qué no soy el que soy? ¿Qué sólo soy un simulacro de Anderson?

—No supongo nada. No puedo dudar de su realidad, pero las Islas engendran imágenes mentales tan reales que no hay modo de distinguirlas del puro simulacro. Lo único que tiene que hacer es ir al Monte Rivadavia y contactar al doctor Douglas. De un modo o de otro, dirigiendo el misil a Buenos Aires o hacia las Islas, usted se tiene que hacer cargo del control remoto.

VII

¿Estaba jugando conmigo o aquella era mi verdad?, pensaba mientras Stanton continuaba hablando más o menos sobre lo mismo. ¿Me había embarcado hacia Malvinas con el fin de suplantar —¿matar?— a Anderson para finalmente encontrar que yo mismo era Anderson? Veía al perro junto a la cama, la ropa de Mary sobre el acolchado, mis manos ensangrentadas por las heridas que su rebenque había dejado en mi pecho y en mi cara —todo giraba alrededor mío prometiendo que en el fondo de la espiral encontraría el agujero del que no podría salir. Debía ser fuerte y severo con mi cerebro. Sostenerme duro impidiendo que yo mismo me engañara. Tenía que imponerme, resguardar un afuera, diferenciar qué era lo que alucinaba de lo que podía mostrarse como exterioridad. Poco debía importarme el destino de Anderson, el misil atómico contra Buenos Aires o redirigirlo hacia las Islas, nada debía importar la suerte de todos los muertos vivos que me rodeaban. Pero entonces, escuchamos los estruendos y el temblor del edificio. Me paré y vestí como pude. Por la ventana del lugar vimos las explosiones que sacudieron la tierra como si de un terremoto se tratara. Salimos del lugar a toda prisa. Al llegar al hall, Stanton ya no estaba por ningún lado.

Apenas di un paso fuera del pabellón, el ruido de las bombas y el chillido de los aviones peinando la tierra obligaron a que me arroje contra el piso. Desde allí le grité a un soldado que corría por el patio central preguntándole si eran los argentinos los que nos estaban atacando.

—No, no nos atacan.

—Pero están bombardeando las Islas.

—Es uno de los nuestros, es el teniente Aldoux Rich.

—¿Quién es Aldoux Rich?, nos va a matar a todos —dije mientras veía los hongos de humo y fuego levantarse sobre la

tierra improvisando un mini holocausto aquí, allá y un poco más allá.

Fue entonces que vimos a uno de los aviones hacer una curva y enfilar hacia donde nosotros estábamos. Comenzamos a correr. Me dirigí hacia la oficina de Thompson esperando encontrarme con él y decidir qué hacer. A unos cien metros de la oficina, cuando todavía estábamos con los aviones sobrevolando nuestras cabezas, una bomba cayó sobre la oficina de Thompson. La fuerza de la explosión nos arrojó unos metros entre el barro y el pedregullo. Me di vuelta para ver lo que había quedado y sólo encontré un agujero negro en medio del lodo. Thompson debía haber muerto.

Unos minutos después pudimos levantarnos y ver el paisaje completo de la devastación.

Nada quedaba de los destacamentos militares, los jeeps y los tanques estaban destrozados y de panza al cielo. Nuestros soldados yacían pétreos entre el barro y los pastizales, silbando la canción de la muerte.

Los cadáveres se contaban de a montones. Otra vez el aire tenía el gusto del pelo quemado y el plástico derretido.

Me sorprendió que un poco más lejos los aviones homicidas —unos ocho o nueve— siguieran dando vueltas bombardeando esta vez la nada misma, la llanura muerta, los pastizales inútiles, el pedregullo de la tierra baldía. Una muralla de fuego se había creado a nuestro alrededor y pensé en cierto componente estético en la demencia de aquel ataque. Agachado entre los pastizales, rodeado de cadáveres y soldados todavía agonizantes, no podía yo mismo dejar de contemplar la belleza de aquella violencia al pedo.

Al rato, los aviones dejaron atrás las columnas de fuego que rodeaban la llanura y se dirigieron hacia el Monte Alberdi. En distintas vueltas tiraron todos los misiles que les quedaban sobre aquella montaña usando las bombas como fuegos artificiales de una navidad equívoca. Acaso eso mismo los hacía hermosos.

Cuando aquello terminó, desperté de aquel asombro estético, vi los cuerpos destrozados, amontonados unos sobre otros, y corrí hacia la enfermería. Ordené atender a los heridos, luego cargar los cadáveres y darles sepultura en el campo.

No parecieron darle ninguna importancia a mi orden. Ninguno se movió. No me escuchaban o hacían como que no me escuchaban. Debía encerrarlos a todos por desacato, pero no tenía cómo hacerlo.

No les di mayor importancia porque a lo lejos vi los aviones bombarderos regresar y descender sobre las pistas. No podía entender lo que había sucedido. ¿Quién era ese psicótico hijo de puta de Aldoux Rich que había bombardeado su propio destacamento y aniquilado a cientos de sus soldados?

Corrí pisando los cadáveres que las ratas ya husmeaban. Obligué a los soldados sobrevivientes que iba encontrando a que me acompañaran. Cuando llegamos a la pista de aterrizaje, Rich estaba bajando de su avión. Lo encaré rápidamente y, envalentonado, lo tomé de las solapas de su campera de cuero, pero el teniente era una montaña de músculos frente a la que no podía hacer demasiado. Lo empujé pero ni se mosqueó, estiró el brazo y me tomó de la garganta. Con un mínimo de fuerza y con una sola mano que apretaba, me levantó unos veinte centímetros del piso. Como si me hubiese hecho tragar un pito, escuché a una voz chiquitita salir de mi boca diciéndole que era un asesino psicótico.

Rich escuchó y me regaló una sonrisa mórbida y amable.

—A mí no me joda, señor "nuevo comandante del destacamento". Todo esto es culpa suya. Si no lo hace usted, lo haré yo mismo.

Dijo y me soltó rápidamente sin yo esperarlo. Al caer me torcí el pie, resbalé y quedé con la cara sobre sus botas como si se las estuviera lamiendo. Entonces metí la mano en mi cinturón y volví a sacar el revólver. Me levanté apuntándole a la cabeza.

—Comandante, usted haga lo que quiera. Si quiere dispararme, me dispara. Sabe que no tiene sentido. Mañana volveremos a esta mierda otra vez. Usted, yo y todo lo que nos rodea. La única forma de salir de acá es borrando las Islas del mapa. ¿Entiende? No hay otra posibilidad más que la absoluta aniquilación, que no quede nada de este Monstruo psíquico. No entiendo qué es lo que está esperando para hacerlo. Es nuestra única tarea, comandante.

—Desde este momento usted está arrestado por el asesinato de cientos de sus camaradas. Tendrá el derecho que el procedimiento explicita hasta que una corte marcial decida sobre su existencia —dije medio temblando antes sus ojazos de noches que reclaman ceremonias de horror.

—Le repito, máteme ahora mismo. Ya lo hizo antes. Si no logramos aniquilar las Islas hasta borrarlas de la faz de la tierra, seguiremos haciendo de muñequitos del Gran Esquizo. Estuvimos treinta años esperando alguna respuesta, alguna comunicación, algún mensaje y no encontramos más que jueguitos de un cerebro estropeado, un esquizofrénico que está jugando con nosotros.

—No puedo entenderlo, ¿por qué hizo eso? ¿Por qué bombardear a sus soldados? ¿Para qué gastar tantas toneladas de bombas sobre el monte, sobre los pastos y la nada?

—En treinta años gastamos todo el presupuesto militar en exploraciones, investigaciones, creación de tecnología específica, construcción de centros de estudios, y no encontramos más que la indiferencia del Cerebro Isla. Dijeron que estábamos ante una sustancia pensante que cambiaría el destino de la humanidad, pero ¿sabe qué son estas Islas de mierda? Son el cerebro de un hidrocefálico, un idiota babeante. Ni siquiera pensamientos es capaz de producir: décadas enteras dedicadas a la decodificación de un mensaje que fuera revelación y nunca hubo ningún mensaje, sólo el paisaje de una misma devastación. Desierto, viento, y ruinas —todo mezclado, superpuesto, caótico, como un juego de fichas que un chico se dedica a romper.

—¿Y entonces las bombardea?

—No sólo las voy a bombardear hasta que respondan, las voy a hacer mierda. Si no nos entrega un puto mensaje, no va a quedar nada de este Cerebro. Tiene que haber un mensaje detrás de todo esto, bajo el desierto, en medio del horror, la Isla tiene que revelarnos la respuesta, tiene que reconocernos como entes inteligentes, autónomos y no como sus juguetitos mentales. Y si no lo hace por las buenas, lo hará por las malas. Ni usted ni nadie me lo va a impedir, se lo juro como que me llamo Aldoux Rich.

—¿Pero qué respuesta espera?

—No sé, cualquier respuesta. Las Islas no pueden ser

solamente una máquina de producir imágenes, tiene que haber algo más, ¿entiende? En el fondo de la máquina debe encontrarse el agente de la producción, el sujeto de estos pensamientos, algo, alguien, dios, el que fuere, que nos responda como hombres. Mire alrededor, trescientas toneladas de explosivos cayeron contra su cabeza, sobre el desierto creamos otro desierto, sobre las ruinas formamos más ruinas, pero el cerebro no responde. Intacto, indiferente, continúa jugando al autismo y al caos.

La voz de Rich calló de pronto como una radio que hubiese perdido la señal de transmisión.

Se lo notaba cansado y desesperado, y a la vez cansado de su desesperación y desesperado de su cansancio.

Era un nenito al borde de las lágrimas, esperando a la mamá para dejar de hacer pucheritos y llorar como en verdad tenía ganas. Las Islas lo habían vencido, habían ganado su guerra mental, no había margen para otra cosa más que desaparecer de sí mismo.

Aproveché para ordenar a los otros aviadores llevar a Rich a los calabozos. No tenía mucha esperanza de que me obedecieran pero lo hicieron rápidamente, tal vez reconocían en mí el aura de un verdadero comandante. En filita fuimos hacia lo que quedaba del destacamento. Rich iba primero, los otros aviadores uno detrás de otro apuntando con sus revólveres a la espalda del compañero que tenían delante, y yo último en la fila. Pasamos entre los cadáveres que persistían en el barro. Cuando llegamos a los calabozos les ordené que se metieran dentro. El chip de la obediencia a la autoridad seguía funcionando en sus cabezas vacías.

Se metieron dentro, uno tras otro, salvo Rich que cuando le llegó el turno se largó a correr hacia los acantilados.

Levanté el arma y le grité que se detuviera, pero Rich siguió corriendo.

Le disparé una vez, dos veces. Fallé, pero a la tercera le di en el hombro. Rich comenzó a sangrar por la espalda pero continuó su carrera alocada hacia los acantilados. Corrí siguiendo sus pasos. Corrimos unos quinientos metros, en un momento lo perdí de vista al descender por una hondonada, luego lo volví a encontrar al borde del precipicio. Estaba parado frente al Estrecho de San Carlos, las aguas golpeaban

contra las rocas y las gotas le bañaban de frente.

Del otro lado veíamos la Isla Soledad. Apuntándole siempre a la cabeza, me detuve a unos dos metros de Rich.

Gritaba desenfrenado, gritaba y no había nadie a quien le gritara. Gritaba: "¿Qué es lo que querés? ¿Qué carajo querés de nosotros? ¿Qué mierda querés de mí? Respondé, hija de mil puta, ¿no te alcanza con este infierno? Sólo danos muerte, terminá con nosotros, dejanos morir tranquilos, ¿por qué nos haces volver una y otra vez? Mostrate, contestá…"

Ni el océano, ni la Isla a la que parecía dirigirse contestaron nada, pero entonces Rich sacó un revólver y comenzó a dispararle al piso, a la hondonada, a las rocas, a la furia del océano y con ello a nada disparaba si no fuera que esa nada era también las Islas, la guerra, la demencia, el infierno.

Disparó y continuó gritándole a las Islas hasta que finalmente dirigió el brazo hacia su cabeza y se dio el tiro final.

De pronto todo se hizo silencio, el viento se olvidó de su canción, los pajarracos que daban vueltas entre las rocas se dieron a la fuga y el mar de repente quedó quieto, quietísimo, rígido, inmóvil —sus aguas retrocedieron y encontraron la calma de una planicie sin arrugas.

El cuerpo cayó por el acantilado hacia las rocas y luego resbaló hasta las aguas.

Entonces ocurrió así: la Isla nos daba una respuesta, la Isla le daba al teniente Aldoux Rich la respuesta que tanto había buscado, la otra mitad de la Isla, la Isla Soledad que teníamos enfrente, de pronto se alzó un poco sobre las aguas y empezó a moverse.

Primero un poquito, luego se detuvo, y enseguida como si con un pie empujara el acelerador y con el otro soltara el embrague salió arando a una velocidad tal que al cabo de unos poco minutos la vi perderse en el horizonte y no dejar frente a mí más que el recuerdo de que allí, alguna vez, existió una isla.

La Isla se había ido, ¿pero cuál era aquel mensaje? Quería decirle la Isla a Rich marchándose indiferente a sus ruegos, riéndose de sus bombas sino algo así como: "¿sabés qué?, vos y tus amigos, chúpenme un huevo…"

VIII

Al regresar a los destacamentos, vi las ruinas que habían quedado y los cadáveres durmiendo su larga siesta en el barro. Nadie había hecho nada por retirarlos.

Estaba harto de todo aquello. Sin dormir la noche anterior, el cansancio corría detrás de mí soplándome la nuca. No podía más conmigo mismo, había sido un día largo y desmedido. Me encontraba a diez mil kilómetros de casa y lo único que rogaba era poder dormir. No quería regresar al pabellón donde había pasado la noche. Pensé en el despacho de Anderson.

Desde afuera, antes de abrir la puerta, el olor a podrido que llegaba a mi nariz se hacía insoportable.

Una vez dentro, busqué en todo el cuarto de dónde venía el olor pero nada encontré.

Fui hacia el baño, abrí la puerta y el olor me golpeó como un torrente de aceite contra la cara. Allí el olor era asqueroso pero a primera vista no había nada. Busqué detrás del inodoro y del lavabo pensando en alguna rata o algún bicho. Corrí la cortina de la ducha y colgado del cuello estaba el cuerpo de Jack, el perro.

La soga le apretaba la garganta.

Tenía los ojos como dos huevos fritos buscando caer de sus córneas.

Tenía la carne del cuello, media cara y las orejas llenas de pequeños agujeritos por donde entraban y salían larvas amarillentas.

La boca llena de espuma, la lengua hacia un costado.

Pero el perro estaba vivo.

Un gemido tenue, mínimo, me rasgaba el alma. Sus últimas fuerzas parecían concentrarse en ese hilito de aire que atravesaba su garganta diciendo “por favor, terminá de matarme”.

Fue entonces que unas manos negras surgieron por debajo de mis axilas y se apretaron fuertes contra mi pecho. Un negro en bolas me estaba abrazando.

Era el mismo que me había defendido de la violencia cruel de Mary.

Se llamaba Isidoro Tadeo, pero le gustaba que lo llamara Tadeo.

Ni siquiera yo sabía de dónde había sacado la idea de que se llamaba así.

—No seas malo, dejame sacrificarlo. Es un asco ya —dijo aquel negro en un sorprendente y claro castellano.

—No entiendo, Tadeo. ¿Qué hace ese perro ahí colgado? —dije yo en inglés, pero escuchándome a mí mismo en castellano.

—¿Qué no entendés? Lo colgaste vos, hermoso. Dijiste que lo ibas a dejar ahí hasta que el perro hablara y te pidiera perdón. Deberías tener un poco de piedad y matarlo. Nunca vi a nadie sufrir tanto.

—Dejalo ahí, ese perro de mierda se merece lo peor —dije envalentonado por el odio contra todo lo que aquel perro me había hecho, pero sin recordar cómo había terminado sus días colgado de la ducha.

—¿Te sentís bien? Estás pálido. Parece como si hubieses venido de la guerra —acotó imprevisto Tadeo sin nunca dejar de abrazarme por detrás.

—Me siento raro. No sé lo que está pasando conmigo. Es como si en un momento estuviera en otra parte y después me encontrara de nuevo acá.

—Como en una película cortada en pedacitos.

—Sí, eso, pero como si en verdad fueran pedacitos de dos películas que se van superponiendo.

—Uh, pero eso es re feo.

—Sí, me siento mareado.

—Bueno, pero ahora estás conmigo. Estamos juntos y ya nadie nos va a separar.

—¿Y Mary?

—¿Tenés hambre?

—No, ¿por qué?

—No sé, preguntás por Mary y capaz que tenés hambre. Si querés pongo a descongelar una pata y en un rato la comemos

juntos.

—Uy, dios mío, ¿qué le hiciste a Mary?

—¿Yo? ¿Qué le hice yo a Mary?

—Sí, eso es lo que te estoy preguntando.

—Mi amor no quiero volver a hablar de eso. Suficiente con que te haya acompañado en tu idea.

—No me digas que descuarticé a Mary…

—Sí, exactamente eso.

Dejé al perro pudriéndose en la soga y al negro preocupado siguiendo mis pasos. En la cocina lo primero que hice fue abrir la heladera. La cabeza congelada de Mary estaba en el estante más alto y me miraba fijo a los ojos como al borde de decirme algo que no se animaba a decir.

Parecía como si el tiempo se hubiera detenido en el momento preciso en que ella, subida a una moto —el viento contra su cara desorbitada—, viera de frente al camión que todo se lo llevaría. Cara, en todo caso, de actriz que —en películas tipo Jason, Freddy o algún otro psicótico hollywoodense—, sobreactúa la escena en la que le están por cortar el cuello —aunque, claro está, en el fondo no otra podía ser su cara en el momento en que alguien —aquel negro o yo mismo— le cortábamos precisamente, el cuello.

Muchas caras se me ocurrieron al ver su cara pero todas en definitiva eran la foto del instante preciso en que veía el horror.

No sólo estaba su cabeza. Mary era una y era muchas. También era la pierna que habíamos guardado en el segundo estante, y la mano y el muslo y una teta.

Las cuentas no me daban, lo de la teta solitaria vaya y pase porque bien pudimos comernos la otra teta y la otra pierna que también faltaba, pero en el tercer estante encontré tres pies, y dos manos más.

Igual, lo sorprendente, al menos para mí, era la pija que habíamos guardado en la huevera.

Raro: no recordaba la pija de Mary ni a una Mary con pija.

—Bueno, decime, ¿querés que te cocine o no? —dijo Tadeo detrás mío.

—No puedo creerlo, ¿qué hicimos con Mary?

—¿Hicimos?, nosotros no hicimos nada. Vos solito la descuartizaste.

—¿En serio hice eso?

—Sí, hermoso. Lo hiciste y yo sé que fue un regalo para mí. Todo lo hiciste por amor. Esa bruja tenía que desaparecer.

No me sentía bien, sólo me sostenía la idea de que aquello no estaba sucediendo, que aquel no era mi lugar. En ese momento yo debía estar en las Malvinas ocupándome de un misil atómico y otras cuestiones. Aunque quizás todavía estaba en Malvinas y aquello —el negro, Mary descuartizada, Jack colgado y agonizando— eran parte de la guerra, eran la guerra misma, pero no la guerra de Malvinas sino la guerra contra Malvinas y contra todo lo que esas Islas de mierda —sus neuronas esquizoides— podían estar produciendo en mi cabeza.

Salí de aquel lugar como si buscara salir de mí mismo.

Afuera, una luz fría y despiadada.

Los cadáveres ya no estaban pudriéndose en el barro.

Me gustó pensar que mis soldados habían cumplido con la orden y dieron sepultura a sus camaradas.

Sin embargo, de inmediato percibí que no se trataba de la buena voluntad de mis soldados. Detuve la marcha, me quedé mirando en derredor lo que no debía estar allí. Las edificaciones que los aviones de Aldoux Rich habían destruido reduciéndolos a mero amontonamiento de cascote, chapa y mugre, se levantaban indiferentes al registro de mi memoria, a las leyes físicas de la termodinámica, a la irreversibilidad del tiempo, se cagaban en la racionalidad de una naturaleza doctorada en Aristóteles, les chupaba un huevo la necesidad universal de las categorías kantianas, y se desperezaban ante la mañana como si nada hubiese pasado.

A lo lejos el Monte Alberdi se mostraba intacto, y ningún rastro mostraba de haber sido arrasado hacía sólo unas horas atrás por trescientos kilos de explosivos que le habían caído encima.

Caminé por el patio central de las edificaciones, recibí el saludo de los mismos soldados que ayer había visto despedazados, arruinados, incendiados bajos las bombas. Nada pregunté, con nadie quería hablar, pero aquello no podía estar sucediendo.

Me encaminé hacia los acantilados, pensando en Rich, con la esperanza idiota de que si los otros soldados habían

regresado de la muerte con el traje limpio y bien peinados, acaso Rich también habría sido devuelto a la superficie desde el agujero negro de las entrañas del infierno.

No encontré a Rich, pero encontré a la Isla Soledad.

Había regresado. Acaso sólo había dado un paseíto, una vuelta a la manzana, un poco de footing matinal, y luego retomó a su trabajo de isla.

Eso es lo que me dije a mí mismo, pero en el fondo sabía que en verdad todo lo estaba inventando: la Isla Soledad nunca habría podido moverse de su lugar ni emprender ningún viaje esquizofrénico a ninguna parte. Era una isla, trabajaba como isla, y por más aburrido, burócrata y administrativo que fuere su trabajo de isla, no podía abandonar lo que ella misma era.

Pensé en Rich y en Stanton —sus ideas sobre las Islas como un Monstruo Psíquico. Debía lograr un poco de calma, no podía dejarme arrastrar por aquel sin sentido. Prefería en todo caso la hipótesis de que el aire contaminado de psicofármacos me condenaba al caos y al delirio antes que echarle la culpa a la Isla.

IX

Unos días después, nos sorprendió el desembarco del ejército argentino en las costas de la Isla Soledad.

Aquello nadie podía esperarlo.

En lo profundo de sus razones, los argentinos debían saber que volver a intentar tomar las Islas era un absurdo. Aún con nuestros soldados tambaleando ante el abismo mental, no tenían ninguna chance de retomar la más mínima guerra.

Pero ahí estaban como kamikazes anacrónicos, como moscas alrededor de la oreja que olvidan la mano que casi las aniquila y vuelven con su zumbido como si nada hubiese pasado —rodeaban los buques las playas de la Isla, saltaban los soldados entre las rocas avanzando hacia el interior.

No debía dar vueltas con aquello, prontamente ordené que los cañones se apostaran en los acantilados de la Gran Malvina y apuntaran contra el buque argentino. Al rato ordené los disparos. Los cañones estallaron, las bombas corrieron las cortinas de los vientos, alcanzaron su ápice y cayeron directo sobre el buque. No erramos al objetivo, pero el buque no se dio ni por enterado —las bombas simplemente atravesaron su coraza de acero y cayeron al agua haciendo plop-plop, un poco de olitas alrededor, y nada más. Fue como si hubiésemos tirado piedritas en el lago para ver cuán lejos llegábamos.

El buque, inconmovible, afantasmado, continuaba apuntando hacia la Isla guiando el desembarco enemigo.

Decidí entonces que mis tropas atacaran por tierra. Envié once lanchas cruzar el Estrecho de San Carlos y desembarcar en los acantilados de enfrente. Eran doscientos soldados que debían hacer frente a los pocos argentinos que pretendían alguna épica.

Mis soldados pisaron tierra y comenzó el concierto de metralletas y cañones. Media hora después vimos el incendio

de un pabellón que tras la guerra del ´82 había sido abandonado. El humo ascendía desesperado y espeso. Aquello significaba que ya habíamos tomado el centro de la Isla y el control de la batalla. Desde entonces todo debía ser rápido e higiénico: un jueguito de tiro al blanco.

Pero los incendios y los estallidos se multiplicaron por todas partes, y supe que lo que parecía hueso fácil era la idiotez del enemigo. Les había arrojado a los perros crueles del ánimo de mis soldados y todo se había transformado en una masacre de la que no íbamos a salir indemnes.

Las batallas se extendieron por el aire y a toda velocidad surgieron decenas de aviones Pucará bombardeando nuestras tropas.

Para mi sorpresa, aviones de caza ingleses les hicieron frente disparándoles desde más arriba. Yo no había ordenado que aquellos aviones entren en escena. No sé quién podía haberlo ordenado: aquellos aviones habían sido dados de baja y eliminados como chatarra barata en septiembre del ´82, después de haber pasado la vergüenza que pasaron ante la aviación argentina.

Seis horas después del desembarco, mis soldados regresaron.

Mentalmente estaba contando cuántas bajas podíamos haber tenido y de dónde íbamos a sacar los insumos médicos para tratar a los sobrevivientes; sin embargo, regresaron todos los soldados enviados, y regresaron intactos, sin mayor noticia que la del frío que hacía en la Isla de enfrente.

No habían visto a nadie, la Isla Soledad hacía valer su nombre.

Me sorprendió la información, "¿cómo no vieron a nadie?", les pregunté.

"No, señor, la Isla está absolutamente deshabitada, la recorrimos de extremo a extremo para asegurarnos, y podemos decirle, señor, que no hay ningún argentino ni ningún camarada inglés en aquel lugar", me respondieron mirándome con firmeza a los ojos, mientras a sus espaldas el espectáculo seguía creciendo en llamas y horror, al otro lado del Estrecho.

Les pedí entonces que se dieran vuelta y así lo hicieron.

Vieron lo mismo que yo: cerca de la playa el buque

argentino, en las rocas los enemigos sumando más tropas, en el interior el fuego aquí y allá haciendo desierto el desierto, los bombardeos cayendo en todas partes, las columnas de humo, multitudes que a lo lejos, diminutas, se encontraban en el desastre. Se dieron vuelta y el olor a pólvora, plástico, y sangre abrió sus fosas nasales. Se dieron vuelta y fue como si encendieran los parlantes del concierto de disparos y estallidos que hasta ese momento no habían escuchado.

—Señor, le juro por dios que en la Isla no hay nadie. Pastos, rocas, cadáveres de ovejas, pajarracos dando vueltas.

—Pero usted ve lo mismo que yo, ¿no?

—Sí, señor, veo la guerra, el fuego, el humo, escucho los bombardeos, pero es imposible que eso esté pasando.

Entonces lo supe, aquel soldado tenía razón —aquello no estaba sucediendo, en todo caso no estaba sucediendo en el presente.

Supe, o quise saber, que la Isla Soledad en verdad no estaba allí. Mis ojos no me engañaron cuando unos días atrás había visto a esa misma Isla desprenderse de toda atadura y marcharse como una mujer despechada.

Estaba seguro de aquello, ¿pero entonces qué era ese montón de tierra del otro lado del Estrecho? ¿Qué era sino una proyección psíquica de la Gran Malvina?

El paso de los días me dio la razón: la guerra de Malvinas, tal como la habíamos conocido en 1982, volvía a repetirse paso por paso, toda enterita, en la Isla Soledad.

Enviamos nuevas tropas para inspeccionar y nunca encontramos nada.

Éramos espectadores de una guerra que no estaba sucediendo, aunque en verdad estaba sucediendo en el pasado.

Luego de que la Isla Soledad se marchara, la Gran Malvina no sólo la estaba reconstituyendo sino que además hacía presente el recuerdo que tenía de la guerra. Como un novio melancólico, estaba recordando su pasado en común, aquello era la memoria en acción, el fondo y el trasfondo de lo que el tiempo ido había dejado marcado en el cerebro insular.

El día que a lo lejos divisamos al Crucero General Belgrano hundiéndose incendiado en las aguas heladas, recordé que Stanton ya me había hablado de la cuestión: no

era esa la primera vez que a la Isla se le daba por recordar la guerra y traérnosla de nuevo. Tres veces había visto el desembarco argentino, tres veces el hundimiento del General Belgrano, y por tres debía contar la cantidad de muertos.

Pensé en Stanton y se me ocurrió que quizás debíamos ver las cosas desde otra perspectiva. La guerra podía ser un recuerdo de las Islas, pero acaso también podíamos esperar lo contrario: quizás la guerra del ´82 era el presente de las Islas y nosotros un mero simulacro de lo que ellas proyectaban imaginariamente.

X

La Guerra de Malvinas continuó haciéndose delante de nuestros ojos, pero a nosotros en nada nos incumbía.

A veces los Pucará, o los cazas ingleses, cruzaban el Estrecho y sobrevolaban los destacamentos persiguiéndose.

En dos oportunidades bombardearon nuestros destacamentos pero, lógicamente, no hubo ni bajas humanas ni daños materiales.

Era como si no estuviéramos ahí, o como si ellos no estuvieran ahí.

Mientras tanto iban llegando nuevos reportes de las fotografías satelitales. Se trataba de unas cincuenta fotos. En ellas pude observar el momento de la separación entre las dos Islas y luego el viaje solitario a través del atlántico. Al parecer la isla Soledad se había marchado a toda velocidad, como si estuviera escapando de algo.

Dos horas después del desprendimiento, cerca de las nueve de la noche, se detuvo en las costas de Groenlandia.

Allí permaneció quietita durante una hora. Luego, de pronto, hizo lo mismo que la Isla Gran Malvina: se dio a sí misma su propio doble, reconstituyendo el hemisferio perdido. La foto de las 9 y 35 mostraba que el archipiélago recompuesto totalmente, con sus dos grandes islas a 250 millas del mar de Groenlandia. Era como si las dos islas por separado se hubieran dado un propio doble, y así vivieran en el recuerdo de la otra.

La primera novedad para mí era que en verdad la separación había sido mutua. Las fotos mostraban que no sólo la Soledad había decidido marcharse sino que también la Gran Malvina había hecho lo propio —una hacia el norte por el Atlántico y la otra por el sur hacia el Pacífico.

Según los satélites, en ese momento, nos encontrábamos cerca de Australia.

Por lo pronto, aquella duplicación no me generaba ningún asombro: ¿si se trataba de un Cerebro cuya actividad mental generaba realidades físicas, no podía acaso producirse a sí misma, dándose su propio doble?

Más me sorprendió la segunda novedad: dos meses después de la primera separación, la Isla Soledad volvió a repetir el proceso de ruptura y de duplicación de su par ausente.

Fue así: cerca de Groenlandia, la Soledad se desprendió de la Gran Malvina y viajando por el Ártico se detuvo en el norte de Kamchatka, allí, una semana después, volvió a reconstruir su mitad abandonada; mientras tanto la Gran Malvina que había quedado en Groenlandia cruzó el Atlántico y cerca de Canadá se dio a sí misma su propia Soledad. Ese mismo proceso se repitió tres veces más.

En las últimas fotos se pueden reconocer hasta ocho Islas Malvinas dando vueltas por el mundo.

Mientras miraba las fotos que me habían acercado, pensaba que aquello era la promesa de una malvinización del mundo, ¿cuánto debíamos esperar para que ese mecanismo de autoproducción, llevado hacia su propio límite, hiciera del mapa mundial un único continente conformado por miles de islas que encastradas taparan el planeta del mismo modo que una enredadera la pared, el musgo la piedra, un tumor cancerígeno los órganos de un cuerpo?

Esa —pensé— era la respuesta: nos habíamos equivocado, las Malvinas nunca fueron un cerebro, sino el tumor cancerígeno que se desplazaba sobre la tierra buscando hacerse metástasis.

XI

En el despacho de Anderson, Tadeo me estaba esperando para comer.

Comimos mirándonos comer y riéndonos de nuestros mirarnos comer, saboreando como podíamos la carne dura de la vaca vieja en la que Mary se había convertido.

Cuando terminamos, de pronto me di cuenta que aquella no era la casa en la que yo vivía en Londres junto a Mary. En verdad era la misma casa, el mismo espacio, la misma distribución de las cosas, pero re versionada bajo una estética de pobreza tercermundista: las paredes de cartón prensado, el techo de chapa, el suelo de tierra.

Era como si aquel negro estuviera ennegreciendo mi mundo.

No borrándolo, sino transformándolo en su propio mundo.

Pensé que uno nunca se enamora de una persona sino de los mundos que esa persona es capaz de abrir para nosotros.

Eso es lo que me dije, que uno no se enamora de unas manos sino del sentido que esas manos fueron capaces de darle a las cosas que ha tocado, no, uno no se enamora de unos ojos sino de los universos que esos ojos guardaron en su fondo para traerlos como conquista y regalo, no, de una boca uno no se enamora sino de todos los hombres, mujeres, animales y sustancias que han pasado por esa boca, y claro está, me dije, era mi negro el que desplegaba sus mundos en el mío trayendo a mi casa londinense su historia, su genealogía de ausencias y fiestas.

Por eso acaso no me sorprendió el cuadrito que colgaba junto a la ventana de mi cocina y que sólo con mi negro presente podía ver: una foto de Evo Morales sosteniendo entre las manos una foto de Eva Perón.

“Qué linda foto, nunca antes la había visto”, le dije. “Sí, Evo es hermoso. ¿No te conté? Nacimos en el mismo pueblo,

sobre la misma cuadra, a tres casas de distancia. Está firmada la foto, ¿viste?".

Después se puso a hablar de Bolivia y del año en que se había ido a vivir a la Argentina, y mientras yo lo escuchaba pensaba en lo fácil que resultaba —cuando no hay nadie que nos obliga a elegir estar acá o estar allá, ser esto o ser lo otro — estar en dos lugares, dos mundos, muchos universos, a la vez; pensaba que los monstruos son sólo monstruos mentales, artificios psíquicos implantados desde afuera y a los golpes, pero que cuando uno los ubica en el lugar en el que debe terminan desapareciendo por su propia inercia —y entonces qué bien la puede pasar uno siendo un teniente de los ejércitos de la corona gozando de la pija, de las manos, de los ojazos de un mono depilado y latinoamericano mientras cocinamos la pierna de mi mujer descuartizada, qué bien se la puede pasar en un palacete londinense que a la vez es un rancho pobre en medio de vaya uno a saber qué nada sudamericana que aquel negro traía consigo trayendo su mundo.

Quise compartir con Tadeo lo que me estaba pasando, le dije que me sentía raro, que las cosas parecían transmutarse —"¿qué es lo que ves?", me preguntó y yo le conté lo que veía alrededor.

—Es como si estuviéramos en un rancho sudamericano y afuera no existiera la guerra.

—La carne dura de esa yegua te habrá caído mal. Capaz que son los recuerdos de esa bruja. ¿Te sentís bien? Estás pálido.

—Sí, me siento bien. Pero es como si todo me diera vueltas.

XII

Le dije a Tadeo que necesitaba tomar un poco de aire.

Todavía me sorprendía habitar mi casa londinense-tercermundista. Fui hacia el comedor pensando en salir de la casa. Sentado en uno de los sillones se encontraba Aldoux Rich.

La luz entraba por la ventana e iluminaba su cabeza calva.

La Isla me lo traía de nuevo para ponerme a prueba, evaluar hasta dónde podía resistir.

—Usted… Usted no puede estar acá. Yo lo vi pegarse un tiro en la cabeza. Lo vi caer por el acantilado contra las rocas.

—Sí, lo sé.

—Si lo sabe no puede estar así de tranquilo.

—Es la tercera vez que sucede. Si no hace lo que tiene que hacer, volverá a ocurrir.

—Suena todo el tiempo a que me está amenazando.

Dije eso y Tadeo apareció en el comedor. Lo miró a Rich y Rich le devolvió la mirada. Nada se dijeron. Sentí que sus mundos eran dos líneas paralelas que en sus fugas hacia el espacio no debían tocarse —dos fantasmas, dos engendros psicóticos, que pertenecían a mundos tan infinitamente lejanos como imposibles.

Me preguntó si estaba todo bien.

Imaginé que lo preguntaba por Rich.

Le dije que estaba con un camarada y que esperara en la cocina.

—Mire Anderson, no vine a obligarlo a nada —retomó Rich apenas se marchó Tadeo.

—No sé qué hago hablando con usted. Usted tiene que estar pudriéndose bajo el mar.

—¿Cuál es el asombro? A esta altura usted ya debe haber comprendido el funcionamiento de las Islas. Le repito que no vine a obligarlo a nada.

—No suponga lo que no es. No comprendo nada, ni sé si tengo ganas de comprender algo.

—Lo que sucedió conmigo, es lo mismo que sucede con usted. Será mejor que se compre las ganas de comprender. Dígame entonces de dónde surgió ese negro.

—No voy a hablar de eso. Son cosas mías.

—Entonces hablemos de mí. Se asombra de haberme visto disparar contra mi cabeza. Me vio arruinado contra las rocas de los acantilados. Ahora estoy acá frente a usted. ¿Sabe qué? No tengo ningún recuerdo de lo que pasó, ninguna imagen de los bombardeos sobre los destacamentos ni de mi propio suicidio, nada. Sé lo que ocurrió porque aprendí a escuchar, y porque cientos de soldados no pueden engañarme sobre esto. Me dicen que es la tercera vez que ocurre. No tengo nada para decir sobre esto, sólo asumir que mi vida se hace en un lugar donde yo no estoy. ¿No le pasa a usted lo mismo?

—No tengo por qué contarle nada.

—Entonces sigo contándole yo. Los soldados dicen que hace treinta años que estoy aquí, pero yo tengo recuerdos clarísimos de haber llegado hace solo unas semanas. Recuerdo con absoluta precisión que hace solamente un mes estaba en mi casa de Londres con mi mujer y cerca de mis hijos. Recuerdo perfectamente todo lo que viví en Londres durante los últimos treinta años. Tengo allá una vida entera, ¿comprende? Pero esa vida no tiene más valor que el de un sueño tan demoníaco como persistente. Yo siempre estuve acá. Nunca existió mi vida en Londres, ni mi mujer, ni mis hijos, nada. Sólo la Isla y yo, desde el comienzo. ¿Cómo pretende que siga adelante con todo esto? Vivo de una memoria falsa, recuerdos de lo que nunca existió. Mientras tanto la Isla me lleva y me trae. Me llevó a bombardear los destacamentos, a matar a mis propios soldados, me impuso pegarme un tiro en la cabeza, y de eso, justamente, de eso no tengo el menor recuerdo.

—No sé para qué me cuenta todo esto.

—¿Para qué…? ¿Para qué…? ¿Sabe cómo se llama mi mujer? Se llama Mary. ¿Le suena? ¿Sabe cuál es la dirección de mi casa en Londres? Richmond 712, ¿le dice algo esa dirección? En Londres tenemos un perro, un rottweiler gigantesco. Mi mujer le dio el nombre de Jack. Murió,

apareció colgado de una cuerda atada en la ducha del baño. ¿No le dice nada lo que digo?

—¿Cómo sabe todo eso de mí?

—Usted no importa en lo más mínimo. Yo tampoco. Deberá creer que llegó a Malvinas hace unos meses, seguramente recordará a su esposa Mary, su casa londinense en la avenida Richmond 712, no habrá podido olvidar a su perro colgado en la ducha del baño.

—Y entonces… ¿cómo lo sabe?

—Lo sé porque son los mismos recuerdos que tiene Stanton, y el sargento Reynols y el coronel Thompson, y si le pregunta a cualquiera de sus soldados le dirán lo mismo. La Isla nos tiene atrapados en una misma memoria que se repite en el fondo de nuestros cerebros. Ni siquiera necesita darnos recuerdos diferentes. La radicalidad de las imágenes es tan potente que nadie duda de ellos. Treinta años tardamos en comprenderlo. Treinta años estuvo jugando con nosotros. Usted no vino a Malvinas hace un par de meses, desde el comienzo estuvo aquí con nosotros. No hay nada suyo en Londres, ni en ningún lado.

—Supongamos que todo lo que me cuenta es verdadero. ¿Para qué lo hace? ¿De qué me quiere convencer?

—No lo quiero convencer de nada. Usted se tiene que dar cuenta solito de la necesidad de aniquilar las Islas.

—¿Usted también está al tanto?

—Sí, claro que estoy al tanto. Con Stanton y el Doctor Douglas trabajamos junto a usted desde hace años.

—"Trabajamos juntos", pero finalmente el que tiene que apretar el botón para el lanzamiento del misil y matar a nuestros propios soldados soy yo. En todo caso, ¿por qué durante estos treinta años Anderson no apretó el botón e hizo desaparecer las Islas?

—Porque pretendió resistirse al igual que usted. Creyó que la negatividad del hombre tenía alguna fuerza contra el furor de la pura afirmación de la vida. Pero la negatividad, la resistencia, es parte de la afirmación. ¿Ya tiene el control remoto del lanzamiento? —me preguntó Rich, cambiando de tema.

—No, todavía no.

—¿Qué está esperando? Usted no entiende la gravedad de

la situación. Es un misil atómico. Entérese. Tiene que hacerse cargo del control. ¿No habló con el doctor Douglas?

—Le estoy diciendo que no.

—Entienda la urgencia. No sabe lo que es para Douglas vivir ahí en el Monte, junto al misil. El responsable es usted. Ya mismo debería ir al laboratorio del doctor.

—¿Por qué cree que voy a hacer lo que me pide?

—No voy a decírselo. Usted tiene que verlo por su propia cuenta.

—¿Qué es lo que tengo que ver?

—Anderson está vivo.

—No sé si me importa algo de Anderson.

—Debería importarle. Usted sabe quién es Anderson. Es una estupidez de su parte continuar haciéndose el desentendido.

—¿Qué puedo decir delante del que vi matarse hace unos días y ahora está acá delante mío?

—Ya le expliqué.

—Lo que tiene que explicar es por qué me escondieron que Anderson estaba vivo.

—No era fácil decírselo. Además usted debería saberlo por su propia cuenta: ¿cómo cree que hizo Anderson para escribirse a sí mismo desde su propio futuro?

—Fue Stanton el que me lo dijo.

—Stanton no le quería decir que Anderson estaba vivo, por eso le decía eso.

—No se haga el misterioso, dígame qué pasó con Anderson, ¿por qué lo ocultan?

—No puedo hablar de la cuestión. Sólo necesito que usted vea lo que la Isla le hizo y con ello que entienda lo que tiene preparado para usted. Sólo apretando el botón de lanzamiento del misil, sólo aniquilando el Cerebro-Isla, usted podrá darse otro destino, dárselo a usted mismo y a todos nosotros.

—¿Qué otro destino podemos tener?

—El de la posibilidad de morir, que las Islas nos dejen morir. Usted tiene que verlo y entonces comprenderá. ¿Quiere verlo o no?

—Sí, claro que quiero ver a Anderson.

—Entonces mañana mismo encuentre a Douglas en el

Monte Rivadavia y hágase cargo del control del lanzamiento. Cuando vuelva le mostraré a Anderson.

—¿Por qué no lo puedo ver ahora?

—Tengo que convencer a Stanton. Es él el que se encarga de cuidarlo. No va a ser fácil. Ya hablamos de la cuestión y se niega a que usted vea lo que las Islas le hicieron. Pero traiga el control y al regresar le prometo que lo verá.

XIII

Al otro día me levanté temprano.

Debía estar concentrado en la tarea: alcanzar la punta del Monte Rivadavia, encontrar el laboratorio del doctor Douglas y conocer el misil. Más allá de las presiones de Rich y de Stanton, en el fondo tenían razón: la misión que el gobierno inglés me había encargado era la custodia y el lanzamiento del misil.

Armé un grupo para que me acompañe.

Nadie quería venir, decían que era imposible.

Pero la distancia entre el campamento y el Monte sólo era de unos veinte kilómetros y su altura no excedía los quinientos metros sobre el nivel del mar —era una travesía simple que debía ser cumplida en cinco o seis horas por lo que no entendía, ¿por qué era imposible?

Tardamos cinco días y medio en llegar.

Cada vez que salíamos en dirección al monte siguiendo una única línea recta hacia el sur, invariablemente terminábamos en los acantilados del pozo de una tosquera que se encontraba justo en el norte, en la dirección opuesta. Avanzábamos diez pasos y diez pasos el monte se alejaba, pero se alejaba en diagonal formando una elipse, de tal manera que en verdad parecía dar la vuelta por nuestro costado y para, al rato, aparecer detrás de nosotros.

Era el paisaje el que giraba, era ir hacia el monte y encontrarse una y otra vez con los acantilados de la tosquera.

Pero no sólo nos pasaba con respecto a las grandes distancias sino también ante el más mínimo movimiento corporal —la izquierda siempre era la derecha y la derecha siempre era la izquierda, de tal modo que la vida cotidiana representaba un obstáculo que nunca podía superarse del todo.

Durante los días que pasamos en el improvisado

campamento, afeitarse representaba una verdadera auto-tortura y el simple acto de rascarse una oreja implicaba una disociación psíquica de alta complejidad que sólo después de días podía ser salvada, comprendiendo que para rascarse el lóbulo derecho había que direccionar la mano hacia la izquierda —aunque para esto antes se debía gobernar la mano derecha como izquierda y la izquierda como derecha.

Era como si el mundo se presentara como un espejo invertido que reflejaba el mundo real a nuestras espaldas, pero sólo era darse vuelta y enfrentar lo real para entender que se trataba de un espejo reflejando otro espejo, con nosotros en el medio sin saber hacia dónde ir.

Después de tres días habituándome a las anomalías comprendí cómo llegar al Monte Rivadavia: simplemente no debía ir hacia el Monte Rivadavia, sino alejarme de él dirigiéndonos justamente hacia la dirección opuesta donde la meseta desbarrancaba en los acantilados.

Así fue que, finalmente, llegamos al Monte.

Cumplida esa mínima meta, nos dispusimos a escalar la ladera buscando la cima. Al llegar descubrimos lo que me gustaría llamar el "Fenómeno del Mundo al Revés": cuando todos estábamos en la punta más alta del monte el paisaje se nos dio vuelta como si un chico hiciera la vertical, y allí, en la cima, descubrimos que estábamos en el fondo del pozo de los acantilados: en vez de haber ascendido sólo habíamos estado descendiendo.

Al otro día me decidí por la única salida que nos quedaba: si queríamos llegar a la cima del monte lo que debíamos hacer era descender hacia el fondo del pozo. Y así fue, la compañía descendió hacia el pozo, y al llegar a su fondo pudimos contemplar el paisaje que se nos abría en la punta más alta del monte.

Por más absurdo que suene, aquello resultaba absolutamente lógico: sentíamos los pies en el lugar de la cabeza y la cabeza en los pies, mirábamos hacia abajo y encontrábamos el cielo, mirábamos hacia arriba y encontrábamos la tierra.

Pero eso que era lógico también era nuestro imposible: la sensación continua de estar cayendo, los mareos, las náuseas, la ganas constantes de vomitarlo todo hacían de lo que debía

ser una pequeña excursión una travesía por los límites de nuestras propias percepciones.

XIV

En el monte Rivadavia no parecía haber rastro alguno del laboratorio de Douglas.

En un momento pensé que nuestra misión con respecto al misil era tan secreta que incluso debía permanecer secreta para nosotros mismos.

Finalmente, después de mucho inspeccionar el Monte, encontramos el laboratorio del otro lado de la ladera. Me llamaron la atención unos gigantescos discos metálicos que, diseminados en la pendiente, estaban enchufados a cables que se ocultaban bajo tierra. Aquel día ordené a los soldados que venían conmigo a desenterrarlos y ver hacia dónde nos conducían. En determinado punto todos los cables se unían en uno solo y éste conducía directamente al laboratorio subterráneo. Ordené que esperaran y me encaminé solito hacia allí.

Una vez dentro encontré a Douglas. Me presenté como el nuevo comandante de los destacamentos.

—No necesita presentación. Yo sé quién es usted, teniente. Nos conocemos desde hace treinta años.

—Si nos conocemos tiene que saber que no lo recuerdo.

—Sí, esperaba que no recuerde. Usted mismo nos lo anticipó. Pero ahora ya está aquí, de vuelta, y todavía estamos a tiempo de cumplir con lo planificado.

—No sé qué es lo que planificaron, sólo me importa el control remoto. No seguiremos hablando hasta no tenerlo entre mis manos.

—Entiendo, no habrá problemas con ello. No debería preocuparse. El único que puede hacerlo funcionar es usted.

—Entonces démelo ahora.

El doctor me miró de arriba abajo dejando en claro su desprecio, pero obedeció a mi orden. El control estaba dentro de una caja esférica de metal que tenía guardada en un

armario. Quitó los seguros y me la cedió. Pensé en la unidad que nos convocaba: el dispositivo diagramado sólo para entrar en contacto con mis huellas digitales; mi existencia estaba cada vez más reducida a apretar el botón de lanzamiento y encontrar un destino genocida.

—Sé que cambiaron las coordenadas del misil. ¿Entiende que no puede seguir adelante con esto? Le doy un día para volver las coordenadas hacia Buenos Aires.

—Es imposible. Tardamos años en redirigirlas a Malvinas.

—En Londres tienen que enterarse del cambio.

—Londres no puede enterarse porque el primer responsable es usted. Mire, nosotros dejamos nuestras vidas en este proyecto. Usted mismo lo ha planificado. Piense un poco, ¿por qué el teniente Anderson cambió las coordenadas? ¿No lo sabe? Porque contra la Isla no se puede. Hace treinta años que buscamos una salida. No la hay. Quizás ni siquiera haya existido un comienzo. Anderson decía que las proyecciones psíquicas de la Isla cumplían series circulares, que en determinado punto del caos todo volvía a empezar en una nueva serie que era repetición y a la vez diferencia. Usted mismo, el hecho de que usted se presente ahora ante mí, es una comprobación de lo que Anderson decía. No se deje llevar por lo que la Isla le impone.

—No estoy dispuesto a convertirme en el genocida de mis tropas. Ni siquiera hay prueba de algo. Sólo alucinaciones compartidas, no más que eso. Acaso las alteraciones se deban a las sustancias psicofarmacológicas. Quizás todo esto no sea más que un delirio colectivo.

—No psicologice la cuestión. No hay ninguna prueba de sustancias psicofarmacológicas en el aire, ni ningún documento que avale la idea de que se utilizaron bombas químicas de efectos alucinógenos. No se trata del hombre, sino de un intelecto que nos excede. Ni la psicología, ni la psiquiatría tienen que ver con esto. Es una cuestión ontológica, una cuestión neuro-geográfica: una geografía psíquica. Usted preguntaba por las pruebas. Las pruebas son contundentes y el gobierno inglés lo sabe. Yo trabajé aquí durante veinte años para ellos. Sé de lo que le hablo. Este mismo laboratorio fue construido en 1983 justamente para analizar los componentes del Cerebro-Isla. Bajo la primera

capa de arenisca se hallaron las mismas sustancias químicas que conforman los neurotransmisores del cerebro humano: la acetilcolina, la serotonina, la dopamina, la epinefrina, el gaba y las endorfinas. Esos componentes hacen posible la memoria, el sueño, el deseo sexual, las emociones, el control de movimiento, el bloqueo del dolor y, finalmente, el pensamiento. Y son los mismos por los que la Isla siente, se emociona, desea, recuerda, se mueve, y piensa.

—Aceptar que la Isla piensa es un exceso. Lo único que veo son los engendros mentales de un idiota, pero no de alguien capaz del pensamiento.

—La Isla piensa, la Isla habla. Estudiar ese fenómeno fue la tarea de mi vida. Para eso me contrató el gobierno inglés allá por el ´84. Ya existían entonces algunos registros. Hace unos diez años decidieron abandonar toda investigación, obligaron a los otros científicos a marcharse de la Isla y cerrar el laboratorio. Pero aquí estaba toda mi vida. Anderson, usted mismo, aunque no lo recuerde, fue quien ayudó a esconderme y a sostener las investigaciones que tenía en marcha. Lo que habíamos descubierto debía transformar la historia del conocimiento. En 1985 habíamos hecho el primer electro-geo-encéfalo-grama para detectar las causas de las anomalías relacionadas con la actividad eléctrica del Cerebro-Isla. Nos proponíamos seguir las ondas cerebrales de las Islas y su posterior registro. El procedimiento duró siete meses

—¿Electro-encéfalo-grama?, ¿a una isla?

—Sí, un electro-geo-encéfalo-grama. Si la superficie de la Isla estaba compuesta de las mismas sustancias que el cerebro humano, entonces ¿por qué no hacerle un electro-geo-encéfalo-grama?

—Sí, pero cómo lo hicieron.

—¿Vio los discos metálicos que están allá arriba, en la ladera del monte? Son electrodos, envían señales a una computadora que registra los resultados. Se esperaba que la actividad eléctrica del Cerebro-Isla formara algún patrón reconocible, o en todo caso, al menos permitiera tener idea acerca del génesis de las anomalías y definir con ello si lo históricamente observado respondía a convulsiones epilépticas. La primera parte del proyecto fue exitoso. Por medio de los electrodos se lograron identificar las ondas

eléctricas del terreno malvinense, e incluso en las observaciones preliminares se detectaron patrones regulares. La computadora debía traducir las ondas en códigos matemáticos según una escala de intensidad. Se esperaba que con la decodificación de los registros obtuvieran el mensaje de la Sustancia Pensante, la revelación de aquel dios indiferente. Si podían determinar que en una zona recortada del Cerebro-Isla cierta intensidad eléctrica producía mecanismos psíquicos específicos, entonces la ciencia estaba ante el descubrimiento de los procesos que generaban lo real. Todo marchaba según lo esperado, sin embargo los problemas surgieron al momento de decodificar los registros. Los códigos debían ser traducidos a un lenguaje matemático pero prontamente los científicos encontraron que se trataba de un lenguaje discursivo. Las ondas eléctricas del Cerebro-Isla se inscribían en palabras de un idioma desconocido. Aquello fue una verdadera sorpresa, nadie esperaba que el Cerebro-Isla transmitiera palabras, pero finalmente lo que tantos hombres habían soñado se hacía realidad: allí, en los registros, se encontraba el Gran Libro del universo, su génesis, su finalidad, su sentido. Sólo había que traducir el idioma. Lingüistas de todo el mundo fueron llamados para la tarea. En principio se trataba de identificar en las palabras valores oposicionales que facilitaran armar un sistema. Ni en inglés, chino, alemán, castellano, ni en ninguno de los 124 idiomas propuestos para la traducción, encontraron nada por el estilo. No había ningún término que se repitiera, ninguna regularidad que facilitara la traducción. Pensaron que el Cerebro-Isla estaba jugando con ellos, y que los registros en verdad representaban un endemoniado puzzle, una interminable sopa de letras en la que había que adivinar dónde se encontraban las palabras ocultas. Ninguna hipótesis avanzaba. Sin embargo, sólo era cuestión de tiempo. Después de dos años, los registros computacionales comenzaron a mostrar el mensaje del Cerebro-Isla. Primero emergieron palabras sueltas, a aquellos primeros balbuceos le siguieron oraciones enteras, y luego párrafos y luego discursos completos. No decían nada, no tenían más referentes que el de ordenar palabras sin ningún sentido comunicativo. Finalmente, los lingüistas se encontraron con un orden

fácilmente reconocible: el Cerebro-Isla les estaba dictando un librito llamado *Mi pequeña guerra inútil*. Se trataba sólo de dos párrafos que emergían del caos enunciativo y que luego volvían a hundirse en el mar de palabras enunciadas. Era poco y a la vez era muchísimo. El acontecimiento tuvo lugar al revisar los registros anteriores y así fue que encontraron que la Sustancia Pensante ya les había estado dictando fragmentos de poemas de Néstor Perlongher, César Vallejo, Alberto Girri, Philip Larkin, Ts'ui Pên, Ajmal Repul. Era una Isla-Poeta. Muchas fueron la hipótesis que se plantearon al respecto. Una de ellas profundizaba el paradigma patológico de una máquina cerebral estropeada que no podía organizar un discurso más que en fragmentos balbuceados, incoherentes. Desde otra perspectiva radicalmente diferente se planteó que, si bien el discurso del Cerebro-Isla remitía a una desorganización esquizofrénica, no por ello se debía descartar algún sentido, en todo caso, había que reorganizar el discurso y recomponer los fragmentos rotos. No poco fue lo que se logró desde esta mirada: el primer hito fue la recomposición de *El Congreso de Futurología* de Lem y, enseguida, sus obras completas —salvo Solaris, acaso irrepetible en todos los mundos posibles— en el idioma original, más otra versión en chino y una más en rumano. Luego vendría el *Macbeth* de Shakespeare e incluso una versión del *Quijote* en guaraní. Los fragmentos eran islas en un fango interminable de palabras inconexas, oraciones descontextualizadas, párrafos que remitían a conversaciones abandonadas.

Finalmente, cuando Douglas paró con su explicación, me invitó a conocer los registros que se habían tomado del Cerebro-Isla. Nos encaminamos por los pasillos de aquella construcción subterránea hacia una enorme sala repleta de papeles y carpetas acumulados en los anaqueles de una biblioteca que ocupaba todas las paredes. Había cientos y cientos, escritos en inglés y en castellano, pero también en francés y alemán, incluso libros árabes, rusos y chinos. Todos ellos, o la gran mayoría, trataban la cuestión Malvinas. Me llamó la atención la obsesión maníaca del Cerebro-Isla por el tema —me pareció un claro síntoma de su narcisismo psicótico.

Douglas me invitó a tomar uno al azar. Elegí con los ojos cerrados una carpeta que llevaba por título *Desventuras epistemológicas acerca de las Falkland* de un tal Michel Cummings. Abrí la primera página y encontré un dato que me llamó la atención: el libro se había editado en el año 2869. Entendiendo que se trataba de una errata, o bien un chiste interno que más allá del Cerebro-Isla nadie entendería, no le di mayor importancia, pero acaso cierto ánimo poético me llevó a tomar otro libro, un libro cualquiera del mismo anaquel —*Crítica de la Razón Malvinense* de Karl Campbell. Abrí su primera página y encontré que había sido editado en el año 2922. Así pasé por un libro y otro y otro: todos habían sido editados en un futuro impensable. Salvo alguna excepción, las fechas remitían a un recorte histórico de quinientos años de investigación sobre el tema —del 2700 al 3200.

Hojeé durante un rato algunos capítulos sueltos de los libros coleccionados, riéndome de la idea de que ciertamente vinieran de un futuro distante. Sin embargo, si aquellos libros habían sido escritos en un presente más o menos elástico, los distintos escritores lograban la magia de hacer aparecer ese presente como un pasado remoto. Al menos el tono y los giros retóricos apuntaban al reconocimiento académico, y con el aura de seriedad que esto suponía, analizaban datos del siglo 28 como cualquier historiador lo haría con respecto a la segunda guerra mundial o a la revolución francesa.

—¿Entiende de qué se trata? —preguntó Douglas.

—Sí, creo que sí, son libros sobre Malvinas.

—No son libros sobre Malvinas, son todos los libros habidos y por haber acerca de Malvinas. El Cerebro-Isla escribió el corpus de todos los libros que directa o tangencialmente habían tratado sobre la cuestión Malvinas, pero además escribió todos los que en el futuro se irían a escribir sobre ella. No sólo reescribió el pasado sino que también escribió su futuro. Y no sólo los libros sino también las enciclopedias que compendian todos los libros, como también el catálogo de las enciclopedias y los libros, y el catálogo de los catálogos sobre las enciclopedias y los libros.

—Bueno, entiendo, pero eso es imposible. Tal cantidad de libros no entrarían en el planeta.

—No entrarían ni siquiera en el universo conocido. Lo que nosotros registramos y transcribimos no es más que recortes, fragmentos, pero la actividad electromagnética genera ondas en diferentes profundidades geo-cerebrales que ni siquiera hemos alcanzado a tomar en cuenta. Es posible que el Cerebro-Isla sea una Máquina de una lengua absoluta, una lengua que contenga a todas las lenguas, y que no sólo se dedique a cuestiones literarias o malvinenses, sino que produzca todo acto de habla, en todos los idiomas, tengan sentido o no tengan sentido, sean lenguas muertas, vivas o imposibles. Nunca lo podremos saber, la actividad electromagnética, las ondas cerebrales funcionan de modo simultáneo, producen todos los lenguajes que se manifiestan a la vez en un murmullo infinito que no dice nada y lo dice todo.

—Comprendo. Pero si la Isla es capaz de hacer eso ¿por qué la quiere aniquilar?

—Ya se lo dije.

—No creo que a usted ni a Anderson les importe en absoluto el sufrimiento psíquico de los soldados.

—Es difícil explicárselo. Nuestras ideas jamás son nuestras.

—Bueno, intentemos.

—Eso mismo: porque nuestras ideas jamás son nuestras.

—No entiendo qué me quiere decir.

—Tome, ojéelo un poco y deténgase más o menos en la página 101 —dijo Douglas alcanzándome el librito que ya había mencionado y que tenía en su mano: *Mi pequeña guerra inútil*.

Era un ejemplar finito, de pocas páginas. Había sido publicado por la Editorial Nudista en el imposible año 2034. Al abrirlo encontré la magia sospechada: el contenido eran las memorias de Anderson y aquellas memorias eran las mías. Alguien, en el algún momento del futuro las había escrito por mí. Ya todo estaba allí: el sueño como soldado argentino al pie de página de la narración de mí mismo, mi relación con Mary, mi vida en Londres, el viaje a las Islas, el nombramiento como Comandante del bastión inglés en las Islas, el horror de la guerra, los efectos de las bombas psicofarmacológicas, el hambre, el momento en que la sangre

empezaba a tener el gusto amable del buen vino, incluso, claro está, el momento en que Anderson, o yo mismo me encontraba en la biblioteca de aquel laboratorio subterráneo leyendo las memorias que todavía no había escrito, publicadas sin embargo en el año 2034 bajo el nombre *Mi pequeña guerra inútil*.

Aquello ganaba el valor de una revelación. Aquella magia me resultaba inexplicable. ¿Pero quién más que yo era capaz de escribir mis propias Memorias? Todo estaba allí, cada imagen, cada escena, cada recuerdo de lo que sólo había vivido como una alucinación ajena. Ojeaba, leía, contemplaba las letras de aquellas páginas y sentía que mi memoria ya no era mía. Mi memoria era un objeto extraño, externo, indiferente a la existencia. Sólo era un cúmulo de palabras —estas mismas— que cualquiera podía hacer propias —palabras de nadie y de cualquiera, una memoria de todos y de ninguno. Lo sentí como un robo definitivo, pero me costaba imaginar que alguien hubiese escrito aquello, robar mi existencia, jugar con mi nombre, usar lo que sólo yo había vivido. Me parecía, en todo caso, que la escritura misma era el hurto, que la posibilidad de ver mi memoria inscripta en un papel como palabra y oración, ya era en sí misma la evidencia del vacío, la ajenidad absoluta de lo que debería ser lo más íntimo.

Pero justamente eso: todas esas ideas, todo lo que estaba en ese momento pasándome por la cabeza, estaba ya escrito en los últimos dos párrafos que aparecían en la página 102 del libro.

—¿Quién escribió todo esto?

—¿Quién lo va a escribir?

—No sé, se lo estoy preguntando.

—La máquina de la lengua, la Isla.

—Alguien tuvo que escribir esto. Debió ser Anderson.

—Usted es Anderson.

—Digo que tuvo que haberlo escrito Anderson antes de desaparecer. Es imposible que alguien sepa lo que ha pasado por mi cabeza durante los últimos meses.

—No se engañe, Anderson. Usted es un milico, los milicos son analfabetos, difícilmente pueda escribir una receta para hervir salchichas.

—¿Y entonces qué…? ¿Tengo que aceptar que una Isla de mierda, un pedazo de tierra a la deriva escriba mis memorias, me robe el lenguaje, se lleve mis palabras?

—Sí, exactamente eso. Unas islas de mierda, pero también un Cerebro imposible de reducir a cualquier límite antropológico. Es lo que está más allá de nosotros pero a la vez es lo que nos permite ser lo que somos.

—¿Qué somos?

—Engendros mentales de un ente superior e inalcanzable.

—¿Si no es más que un engendro mental de la Isla por qué quiere aniquilarla? Todavía no me contestó.

—No soy yo el que quiere aniquilar nada, son las Islas las que buscan su propia aniquilación. No es una idea mía ni suya. Es una idea de la Isla. Es la Isla la que desespera por ser aniquilada. Habla a través nuestro, nos impone la idea de aniquilar las Islas, porque es ella la que prepara su propia aniquilación. ¿Usted cree que nosotros teníamos el conocimiento suficiente para redirigir el misil? Fue ella la que nos estuvo guiando. No hicimos absolutamente nada, fue ella la que cambió las coordenadas del misil, la que cambió todos los códigos informáticos del servicio de inteligencia inglés para que el gobierno no se entere. Es ella la que todo el tiempo está hablando por nosotros en nosotros mismos acerca de la aniquilación de lo que nos rodea.

XV

Afuera mis soldados esperaban sin hacer nada. Prontamente decidimos el regreso a los destacamentos. No tardamos más que una media hora pero cuando llegamos ya era de noche. Por ello dormí junto a los soldados en el mismo pabellón, en un catre roñoso.

Nada pude dormir.

Me levanté y caminé por el lugar. En el hall encontré un mapa de las Malvinas que colgaba en la pared. El territorio estaba pintado de negro y el océano de azul, por lo que en verdad sólo observaba la silueta de las Islas.

Era hipnótico, no podía dejar de ver en el dibujo sino la fotografía de un cerebro. Conté más de doscientas islas formando el archipiélago. Ciertamente, viendo aquello u observando las imágenes satelitales, las Malvinas conformaban la placa radiográfica de un cerebro con un poco más de doce mil kilómetros cuadrados.

Quizás, cebado por todo lo que había vivido, y con el entusiasmo por ver aquello que quería ver, me empujaba a saltar por encima de la metáfora y afirmar que no era una cuestión de imaginación sino lisa, y concretamente, se trataba de un cerebro real: las Malvinas estaban divididas en dos grandes hemisferios cerebrales que en su interrelación daban lugar a una producción psíquica.

Quizás el doctor Douglas tenía razón, estábamos condenados a la voluntad de un monstruo psíquico, un cerebro estropeado. Su inteligencia no representaba ninguna superación con respecto al cerebro humano, no había allí nada que no se pudiera encontrar entre los enfermos mentales de cualquier hospicio abandonado a la supervivencia en el tercer mundo.

Los mapas, las fotos satelitales, aquel dibujo de la silueta negra de las Islas, eran la mayor prueba: su morfología

cerebral era la huella de una devastación. Nunca lo había pensado, pero entonces me resultaba absolutamente claro: los dos hemisferios estaban separados, no existía ninguna cisura inter-hemisférica que funcionara como las cisuras de Rolando o de Silvio en el cerebro humano. Las más de doscientas islas e islotes que se diseminaban alrededor de los dos grandes hemisferios no daban lugar a la menor duda: en algún momento de su historia psíquica, aquel Cerebro-Isla había estallado dejando restitos de masa encefálica flotando a la deriva.

Y sobre todo, si el Estrecho de San Carlos no funcionaba como conector entre las dos islas, sino que era la evidencia de la disociación, la huida de la Isla Soledad era absolutamente lógica y esperable. La disociación entre los dos hemisferios cerebrales debió agravarse hasta alcanzar la separación final, por tanto, no había sido testigo de un fenómeno geográfico sino de un evento psíquico: la disociación terminal de un escape esquizofrénico.

Como dije: no pude dormir en toda la noche.

Ya habían cambiado la dirección del misil atómico.

Me presionaban para hacerlo explotar en la cabeza misma de la Isla-Cerebro. ¿Eso era lo que me esperaba?

Douglas y antes Stanton lo habían dicho: "Usted es Anderson, usted se escribía a sí mismo mensajes desde el futuro".

Una única pregunta me daba vueltas: ¿por qué Anderson no hizo entonces lo que ahora me encomendaba a mí mismo hacer? ¿Qué lo había detenido para terminar con toda esa locura?

Si la Isla era realmente una Substancia Pensante, pero que había perdido todo equilibrio para entrar en una fuga esquizofrénica que se estaba llevando lo que de humanidad restaba en el alma de los soldados, si había decidido un devenir alocado que me arrastraba a mí mismo hacia una vorágine que no reconocía nombres, tiempos ni lugares, ¿por qué Anderson no había apurado el final y no lanzó el misil? ¿Por qué me obligaba a mí a hacer estallar las Islas hasta no quedar nada?

Lo intenté y no pude dormir, me la pasé debatiendo conmigo mismo las posibilidades.

Quizás era el temor de saberme capaz de aniquilarlo todo y quise creer que todo aquello era una estupidez. De fondo, ver en las fotos de las Malvinas a un cerebro estropeado no era más que la metáfora. Pero aun suponiendo que Anderson, Douglas y Stanton tuvieran razón, hacer estallar las Islas con un misil atómico era un absurdo.

Si las Islas eran un Cerebro que hablaba, pensaba, imaginaba, sufría y gozab,a por y a través del hombre, si lo que percibíamos en el espacio-tiempo como geografías, relieves, climas, hombres, animales y vegetación, no eran más que producciones psíquicas del Cerebro-Isla, entonces aniquilar las Islas no era aniquilar las Islas verdaderas sino solamente el simulacro, la representación psíquica de sí misma.

Si tuviésemos la posibilidad de tener un contacto material con las verdaderas Islas, ¿cómo saber si esas Islas no son las representaciones psíquicas de otro Cerebro-Isla que todo lo trasciende, que se nos vuelve intocable, y también impensable?

Eso mismo debía implicar la posibilidad de un infinito inalcanzable: detrás de las proyecciones del Cerebro-Isla podría que existir otro Cerebro-Isla que acaso no fuera más que la proyección de otro Cerebro-Isla que tal vez no fuera más que una proyección psíquica de otro Cerebro-Isla.

"¿Cuál es el Cerebro que produce las imágenes psíquicas que llamamos Islas Malvinas? Pueden ser ciertamente unas Islas idénticas a las Islas Malvinas, detrás o por encima de las Islas Malvinas, pero acaso…" —me preguntaba a mí mismo —, "… ¿por qué no pensar que el Cerebro que engendra las imágenes psíquicas de las Islas es el océano —un cerebro líquido, insondable y salado? O bien, ¿por qué no pensar que ese Cerebro trascendental es la Tierra, el planeta entero que, girando sobre sí mismo, produce de una vez océanos, continentes e islas, en su eterno retorno psíquico? ¿Es el sol alucinando planetas girando alrededor de sí mismos en un viaje narcisista que sólo puede terminar en la implosión fría que nos deje el agujero negro del universo? ¿O acaso es el mismo universo en el que no hay más realidad que su vida psíquica? Y en cualquiera de esos casos, ¿de qué serviría un misil contra las Islas, aún cuando tuviera el poder mortífero

de dos bombas atómicas?”.

XVI

A media mañana, Rich vino a buscarme.

Me preguntó si tenía el control de lanzamiento para el misil.

Me preguntó si estaba preparado para ver a Anderson, si todavía quería verlo.

Insistió con que a Stanton no le gustaba la idea.

Siempre con Rich caminando unos pasos por delante llegamos a la oficina. Stanton nos estaba esperando.

—¿Por qué no me lo dijo antes? —lo inquirí apenas entramos.

—No creo que haga falta que usted lo vea. Le sugiero que lo piense —dijo Stanton casi amenazante.

—Ya lo hablamos coronel. Anderson tiene que ver a Anderson. Es el único modo de que comprenda de lo que la Isla es capaz —interpuso Rich dirigiéndose al otro.

—Nadie está preparado para verse a sí mismo, y menos aún en la situación en la que Anderson se encuentra —se justificó Stanton.

—No demos más vueltas. Estamos acá para verlo. Usted, Anderson, ¿quiere verlo o no quiere? —dijo Rich mirándome a los ojos.

—Necesito hacerlo, Stanton. Quiero saber quién soy, qué pasó conmigo.

—Sepa que Anderson está consciente. Antes lo visitaba todo el tiempo, después ya no pude soportarlo. Me exigía cosas para hacerlo desaparecer. Nunca me atreví a hacer lo que pedía. Con usted hará lo mismo. Le exigirá que lo ayude a aniquilarse.

Stanton nos llevó al pabellón que estaba detrás de su oficina.

El lugar parecía abandonado. Avanzamos por una serie de pasillos y finalmente llegamos al final de la construcción.

Stanton abrió con llave la puerta que daba hacia unas escaleras. Descendimos al subsuelo. Se trataba de un cuarto amplísimo, lleno de máquinas en desuso. Todo era oscuridad. Al rato de buscar, Stanton encendió una luz tenue, tímida. Pensé que era para no incomodar a Anderson.

En medio del lugar, una mesa.

Sobre la mesa había un cajón lleno de tierra de un metro de largo y cuarenta centímetros de ancho.

Me acerqué y en principio no encontré nada, sólo la tierra negra cepillada al ras de su propia superficie.

Puse la mano sobre ella y la sentí caliente.

Fue entonces que en la misma planicie se abrieron los ojos de Anderson, grandotes, inyectados de sangre, blanquísimos en derredor de unas pupilas que guardaban la noche.

Al verme se movió un poco, lo suficiente como para que su boca se llene de aire.

—Él mismo me pidió que lo enterrara. Prefiere vivir debajo de la tierra para no sentir las llamas sobre la carne. Pero igual se incendia por dentro —explicó Stanton.

Anderson pareció escuchar y reconocer la voz de Stanton, entonces se movió como elevando su cabeza para ver quiénes lo rodeaban.

Enseguida su frente, su cráneo, sus orejas, en contacto con el aire, se encendieron y unas llamas de tonos azules y verdosos rodearon aquella cabeza.

—Tranquilo, teniente, soy yo, soy Stanton. Vuelva a recostarse, no hace falta el esfuerzo, quédese tranquilo —dijo dirigiéndose a Anderson mientras posaba su mano sobre el pecho semienterrado y lo presionaba hacia abajo.

—¿Quién es el otro? —llegó a decir Anderson con la voz tremenda del que sobrevive en el fondo de la cueva del horror.

—Finalmente llegó. Usted tenía razón —le respondió Stanton—. La Isla funciona en series circulares. Es usted mismo; el que esperaba encontrar. Ya hablamos del misil. La carta que usted se escribió así mismo al final tenía sentido. Anderson la leyó, está enterado de todo. Sólo estamos a un paso de acabar con todo esto.

—No va a resultar. La Isla no puede morir —respondió Anderson haciendo lo que de seguro representaba un esfuerzo

inhumano.

—No hable más, teniente. Con el misil encontraremos el final. Ahora cierre los ojos, descanse lo que pueda. Son buenas noticias las que nos esperan.

Stanton apretó su mano contra el pecho de Anderson y lo obligó a echarse contra el fondo del cajón.

La tierra lo cubrió del todo, dejando solamente sus fosas nasales y sus ojos todavía abiertos por encima de la superficie. Así y todo parecía como si Anderson tuviese ganas de hablar, de decir algo más. Una suerte de chirrido metálico salía de la boca atragantada con tierra que se le metía cuando trataba de articular alguna palabra.

—Hace cinco meses que vive así —dijo Rich mirándome de frente—. ¿Comprende por qué hay que lanzar el misil contra las Islas? No se trata sólo del destino de Anderson. Nadie puede salir de la condena. Por más que busquemos nuestra aniquilación, por más que lo intentemos de una forma u otra, la Isla nos trae de regreso. La muerte se nos ha vuelto absurda. El único modo de salir del infierno no es matándonos sino aniquilando la Isla.

—Anderson tenía las mismas dudas que usted —agregó Stanton—. No quería que la responsabilidad de la muerte de todos nosotros cayera en sus manos. No se atrevió a aniquilar a las Islas, entonces buscó su propia aniquilación. Intentó matarse de un balazo. No lo consiguió ni una ni cien veces. Se prendió fuego, se bañó con un bidón de nafta y se incendió por completo. Nunca terminó de arder. Eso ocurrió hace cinco meses. Las piernas, los brazos y parte del tronco se convirtieron en cenizas, pero su pecho y su cabeza siguen quemándose.

—Tiene que haber alguna forma de hacerlo morir. Nadie puede soportar semejante infierno —dije yo, aterrado con la visión de mí mismo allí enterrado.

—Lo intenté de todas las formas posibles. Él mismo me rogaba una y otra vez. Pensaba que ahogándolo lo lograría pero fue peor. Le até el cuello a una soga y lo metí dentro de un tanque de agua. Lo dejé allí durante cinco días. No había otra posibilidad que morir ahogado. Pero no murió, fue peor, era una bola de fuego que parecía crecer y crecer. El agua hervía a borbotones. Ni siquiera me atrevía sacarlo. Sólo

terminamos con aquello cuando el agua se evaporó y lo que quedaba de Anderson seguía quemándose en el fondo del tanque. La última vez que lo intenté, me pidió que lo despedazara con el hacha. Lo hice. Lo hice contra mí mismo, por piedad, compasión o lo que fuere. Una hora entera estuve dándole con el hacha sobre el cráneo. No logré nada. El acero del hacha comenzó a ponerse rojo y luego, ante cada golpe fue deshaciéndose en chispas y pedazos candentes, hasta que el fuego tomó el palo y tuve que arrojarlo.

Eso dijo Stanton e hicimos silencio. La oscuridad del lugar parecía ganarle cada vez más terreno a la ya de por sí pobre lucecita que había encendido. Fue entonces que escuchamos de nuevo la voz de Anderson, el ruego, la exigencia:

—COMEME.

Lo miré a Rich. Parecía nervioso.

—¿Dijo lo que creo haber escuchado? ¿Dijo que lo coma?

—Sí, dijo eso.

—¿No es la primera vez que lo escucha, no?

—No, no es la primera vez. A mí también me lo pidió. Piensa que ni siquiera el misil atómico es capaz de terminar con las Islas. Habla desde la desesperación. No hay que darle importancia —dijo Rich con un tono de voz cada vez más tenso.

—Anderson le pidió que lo comiera y usted comió de Anderson, ¿no es cierto?

—Sí, lo intenté. Usted no sabe lo que es vivir con esto todo el tiempo. Me da asco sólo recordarlo. No quiero hablar. Si ocurrió fue porque él me lo pidió.

—Sí, entiendo, ¿pero por qué no terminó lo que había empezado?

—No pude. Y ni siquiera tuvo que ver con el asco. Me exigió que le comiera el cerebro. No sé de donde saqué fuerzas para hacerlo. Fue un sólo bocado que tragué de prisa. Iba a continuar, claro. Si había dado ese paso tenía que llegar hasta el final. Pero enseguida apenas ese pedacito del cerebro de Anderson estuvo en mi estómago, entré en un estado de trance que nunca en mi vida había imaginado. El vértigo de las alucinaciones me llevó hacia todas partes y hacia ninguna.

—Está esquivando el punto, ¿qué vio? ¿Qué alucinó?

—COMEME —volvió a decir Anderson.

—Comí ese pedacito de su cerebro y de repente yo mismo era Anderson. Duró un instante imposible, inabarcable. Imágenes de su vida pasaron por mi mente a una velocidad demencial, como si en verdad esas imágenes siempre hubiesen sido parte de mi vida psíquica. Pero aquellas visiones no armaban una biografía sino que eran el museo de su propio inconsciente. Viví el deseo y el odio, el goce y el terror frente a la negritud, me vi chupando pijas de negro, me vi retorciéndome ante la pija negra que me sodomizaba. Vi cientos de perros colgados, sentí el placer de torturarlos. Supe lo que se siente al descuartizar a una persona, sentí lo que puede el odio frente a una mujer, descuarticé una y otra vez a la misma mujer, comí de los pedazos descuartizados una y otra vez.

—Por eso sabía de mis recuerdos —lo interrumpí.

—COMEME —escuchamos otra vez.

—¿Entiende por qué no pude seguir? Ni siquiera Anderson hubiese soportado vivir en la repetición infinita de su propio inconsciente —respondió Rich haciendo caso omiso de lo que yo había dicho.

—El que tiene que entender es usted —interpuse.

—¿Qué cosa tengo que entender?

—Que no puedo lanzar el misil, no puedo hacerme cargo de la muerte de nuestros soldados. Si de lo que se trata es de salvar a Anderson entonces no hace falta lanzar el misil, sólo tengo que comérmelo.

—Es una locura lo que dice.

—Ya pasé por todo lo que usted cuenta, el tiempo me ha convertido en un turista más del museo de mi propio horror. Yo soy Anderson, ¿comprende? Soy el mismo que este otro que arde y nunca puede alcanzar la muerte. Vivo constantemente el deseo negro, me odio y me repugno de mi propio deseo negro. He colgado cientos de perros que no terminan de morir. Maté mil veces a Mary, mil veces la descuarticé y nunca la terminé de comer. Eso que para usted es horror, para mí no es más que el paisaje cotidiano de mi propia cabeza.

—Haga lo que a usted le parezca. Si cree que con eso Anderson va encontrar su final, hágalo. Yo encontraré el mío. Pero ni usted ni los soldados se salvarán de las Islas. Usted

decide. Ya tiene el control remoto de lanzamiento en sus manos, ya vio lo que las Islas le hicieron y lo que le harán si no las aniquila. Ahora es cuestión suya —dijo Rich.

—No hará falta.

—Allá usted con su decisión. Lo único que le pido es que no me obligue a verlo. No quiero estar acá —rogó, se disculpó Stanton y se marchó.

—¿Usted no se va? —le pregunté a Rich.

—No, quiero saber de lo que usted es capaz —respondió y retrocedió contra la pared, hundiéndose en la oscuridad.

—Haga lo que quiera. Sólo tardaré un rato.

XVII

Sólo tardé un rato. No dijo nada, ni una queja, ni un murmullo salió de la boca de Anderson mientras yo hacía lo mío con sus sesos.

Cuando todo terminó, esperaba lo peor de mí mismo.

Nada de lo que esperaba sucedió.

Simplemente me comí el cerebro de Anderson y mientras me lo comía la osamenta de su cráneo se descomponía en cenizas oscuras que se confundían con la tierra.

Al reincorporarme, Rich ya no estaba. Seguramente no soportó ver lo que yo estaba haciendo.

No me importó en absoluto.

Ascendí por la escalera, atravesé los pasillos laberínticos y salí del pabellón.

La luz despreciaba el mundo.

El mundo vivía de su propia oscuridad.

La niebla espesa era el grito mudo de los cuerpos y las cosas.

Los soldados iban y venían sin sentido, hacia ningún lugar.

De Rich y de Stanton no había señal.

Lo que recién me había pasado obligaba a una atención constante sobre mí mismo, sobre cada idea, cada percepción, cada palabra que apareciera en mi cabeza.

Me había comido a mí mismo, me había comido al que yo sería en un futuro inminente, me había comido el cerebro de una persona: algo debía surgir de aquello, algo debía revelar sobre quiénes habíamos sido.

Sin darme cuenta mis pasos fueron perdiéndose en la niebla, adivinando yo el paisaje de los yuyos y los pedregales. Unos metros por delante me di vuelta y no encontré nada detrás. Los destacamentos habían desaparecido bajo la cortina gomosa de esa niebla que parecía hecha de moco. Sentí en ese

momento cruzar cierto umbral que las Islas comenzaban a revelar. A la distancia el desierto parecía inventar sólo para mí formas insólitas que se levantaban cinco o seis metros por encima de los pastizales —enormes construcciones hechas con el barro que la lluvia alguna vez había dejado sobre el desierto—: vi una mano, una mano de seis metros apuntando con el dedo índice hacia el cielo, y después un ojo de diez metros de alto que miraba la nada —su pupila era un agujero negro donde podrían terminar sepultadas las estrellas de la noche—, y también vi el dedo meñique de un pie —no vi el pie, sólo el dedo meñique, tenía dos metros de alto y unos tres metros de circunferencia—, también encontré una teta que al principio me había parecido un monte coronado por una gran roca, pero no, al acercarme comprobé que se trataba de una teta izquierda sin saber muy bien por qué pensaba que era la izquierda y no la derecha. La derecha la encontré a unos cientos de metros alejada de su hermana gemela, coronada también por un hermoso pezón y chorreando leche como un manantial. Fue entonces que me di cuenta que mis pies se habían enredado no entre los pastizales sino en una cabellera rubia que se tendía sobre los pastizales por un par de kilómetros.

Aquello era una mujer rota.

Pensaba que acaso la memoria de las Islas estaría recordando fragmentos de la mujer y que mi tarea era componer las partes del caos, devolverles unidad. Pensaba que del mismo modo funcionaba todo lo que había visto desde el arribo a Malvinas: fragmentos de imágenes perdidas, partecitas del recuerdo de un mundo fracturado.

Cuando finalmente traspasé la cabellera me topé con una selva o unos cañaverales hechos de pelo duro y ennegrecido. Me adentré en la selva y después de algunos metros descubrí una rajadura de carne rosada abierta en medio de la tierra. Resbalé y caí dentro, sentí la succión de aquella carne humedecida y luché y luché para poder salir.

Aquello era una vagina.

Supe, o me gustó pensar que aquella era la vagina de las Islas.

Hasta muchos días después seguí teniendo el gusto en la boca.

Pensaba que la vagina de las Malvinas necesariamente debía tener ese gusto a tierra que me empastaba la boca, pero desde entonces las cosas en mi boca, incluso el aire, incluso la tierra, tendrían gusto a vagina.

Sentía que estaba volviéndome loco, estaba seguro que las Islas no podían estar compuestas de tierra, porque la tierra, sus hondonadas y sus montes, estaban hechas de recuerdo, y el recuerdo sólo tenía el gusto de la vagina en la que podía morir ahogado.

La memoria es mujer —me decía a mí mismo—, tiene gusto a concha.

La Isla también es mujer, por eso el gusto a concha por todos lados.

O es un hombre —me decía otras veces—, es un hombre que busca rememorar la vida entera de una mujer que ya no está o nunca fue, y con ello rememora el universo entero de esa mujer, por eso el olor a concha en el aire, el gusto a vagina que sentía en todas partes.

Al rato de andar por ahí, perdido en la neblina, las imágenes sueltas se fueron armando en mi cabeza. Todo lo que había visto antes era, en conjunto, una mujer completa. ¿Era Mary aquella mujer? ¿O las Islas se representaban a sí mismas como aquella mujer que habían inventado para mí?

No fue lo único que vi ese día. Recuerdo también haber visto otras cosas, por ejemplo lo vi todo al revés. Ya no se trataba de ojos que midieran diez metros de alto, sino de cordones montañosos de cientos de kilómetros de altura reducidos a un montoncito de tierra de no más de cincuenta centímetros. Vi las montañas de los Andes y las montañas de los Andes no me llegaban ni a la cintura, pero vi también cóndores del tamaño de cualquier mosca, y pumas que podía tomar entre mis dedos como si fueran hormigas. Y vi también ciudades llenas de torres y edificios que no me llegaban ni a los tobillos, que con sólo dos o tres pasos podía rodearlas por completo, como si fueran maquetas cuyo fin principal no era la reproducción de la ciudad original sino sólo la búsqueda del límite de su miniaturización. Y era como si esas ciudades fueran el recuerdo de haberlas visto de lejos.

Todo eso vi aquel día, después de comer el cerebro de Anderson, eso y muchas otras cosas más, muy difíciles, no de

comunicar —eso sería lo más sencillo del mundo—, sino de transmitir.

Así fue hasta que en determinado momento, sin ningún tipo de anuncio ni proceso, la neblina desapareció bajo la luz macha de un sol que de pronto surgía para devolverme, ahí cerquita, los destacamentos, los soldados yendo y viniendo, en el primer ataque de los argentinos contra nuestro bastión malvinense.

XVIII

Simplemente las cortinas moquientas de la niebla se abrieron y el sol dejó ver a los soldados argentinos desembarcando de nuestro lado.

Así, luego de meses enteros de haber recomenzado el simulacro de lo que había sido la guerra de Malvinas, sufríamos el primer ataque real.

Hasta ese momento sólo se había tratado de compartir el espacio con el fantasma del pasado, viviendo dos tiempos paralelos, sin contacto ni comunicación posible.

Esa vez, un poco después de haberme comido a Anderson, una sección de la infantería argentina cruzó el Estrecho de San Carlos y se internó en lo que hasta ese momento había sido nuestro territorio.

Actuamos con la calma del que sabe diferenciar un recuerdo de una percepción y los dejamos hacer sabiendo que sus vidas ocurrían en un tiempo que no era el nuestro.

Al menos así me gustó pensarlo y no hice nada para movilizar mis tropas. Tampoco hubo ningún subordinado que esperara que hiciéramos algo. No hubiese tenido sentido: ya habíamos realizado expediciones a la Isla Soledad y no habíamos encontrado más que pastos y mierda de oveja, ya habíamos bombardeado sus buques sin que nuestras bombas tengan otro destino que ese océano feo; incluso ellos, con sus aviones Pucará, habían patrullado nuestra zona aérea y 1iberado una buena tonelada de misiles sobre nuestras cabezas y ni siquiera nos despeinaron. La guerra, esa guerra, no estaba ocurriendo, sólo era un espectáculo visual, una película-documental que se proyectaba en la pantalla demencial entre el cielo abierto y el horizonte de montes y pastos.

Pero aquel día, apenas había terminado de comerme mi propio cerebro, apenas, en todo caso, había terminado de

comerme el cerebro del otro Anderson —sin poder determinar entonces la relación causal entre un evento y otro—, las tropas argentinas cruzaron el estrecho, subieron por los acantilados, se internaron en nuestro territorio y nos tomaron por sorpresa boludeando en los cuarteles. No por sorpresa —los habíamos visto, claro que los habíamos visto, todo el tiempo los veíamos, pero nadie iba a esperar que aquellos fantasmas ocuparan de pronto nuestro presente. Simplemente entraron a los cuarteles y arrasaron con lo que tenían para arrasar, mientras nuestros soldados se dejaban hacer pensando que aquello no estaba sucediendo.

Arrasaron con nuestra humanidad del modo que sabían hacerlo: a lo argentino, toro y pampa, meta guacha, meta un degüello colectivo que reducía a nuestra tropa a meras vaquillonas contemplando vacunamente el universo budista de las vacas en los corrales del matadero.

En fin, un desastre.

Pero lo sorprendente para mí, fue ver entre aquellos asesinos impúdicos a un soldadito raso que, llevando en mano su cuchilla, ganaba el podio al más grande de los carniceros. Simplemente un psicótico de mierda de esos que se han pasado la vida viendo las películas de terror barato de la trasnoche del sábado y paseado por todo el gore que las website porno pueden ofrecer para encontrar finalmente —oculto bajo la gorra de policía, con el disfraz de gendarme al costado de una ruta o de soldadito raso en una guerra que no es suya—, la oportunidad de dar rienda suelta a toda la noche acumulada en su cerebro.

Hablo de John Anderson, hablo de mí mismo y del que yo había sido.

Digo que vi, como se ve el cielo, una pared y las propias manos, a John Anderson con unos dieciocho añitos encima, haciéndose el Rambo a unos veinte metros de distancia. Quedé conmovido: aquel era el que yo había sido hace unos años atrás, cuando la soledad era una épica personal y el odio una conquista que disfrazaba la tristeza inmensa de saber que ya era tarde para todo.

Después de dar y dar cuchilla a todo muñequito que anduviera cerca, en un momento se quedó solo, sin más adversarios que los cadáveres que se había regalado

tendiéndolos como una alfombra roja que lo llevaba directamente hacia donde yo estaba.

Fue un segundo de relámpagos y silencio, su mirada de pronto se clavó en la mía, y no sé si es que él vio lo que yo vi.

Aunque en verdad yo tampoco sé lo que entonces vi: vi a un pendejo idiota con demasiada patria en la cabeza y un exceso de Hollywood en las retinas, no mucho más que eso.

Por lo que en verdad lo que él haya visto en mí tampoco tenía importancia, ni me importó en ese momento, porque:

1) ¿qué otra cosa podía pensar ese héroe de la soledad trágica más que en su propia mitología de oscuridades?;

2) porque además, en ese mismo momento en que las Islas nos juntaba en un embrollo de tiempos y eternidades, al soldado Anderson se le hizo agua la boca al ver al comandante de los destacamentos ingleses a menos de veinte metros de distancia dándole la oportunidad de ganarse una linda medallita de honor para colgar en su traje de héroe;

3) porque se puso a correr hacia mi humanidad con su cuchilla matancera y no me dejó otra opción que sacar mi revolver y pegarle un tiro en la cabeza.

Igualmente me quedé pensando, ¿no? ¿Por qué la Isla había puesto delante de mí al que yo había sido cuando tenía dieciocho años? ¿Era aquello consecuencia de haber comido los sesos de Anderson? ¿Con aquello comenzaban las alucinaciones andersonianas que yo mismo esperaba y de algún modo me tenía prometidas? ¿Por qué, en todo caso, si las Islas me presentaban al que yo había sido, lo traían vestido con el uniforme argentino gritando “viva la patria”? ¿Por qué las alucinaciones se mostraban tan cínicas e irónicas para conmigo?

Eso es lo que pensé, aunque en verdad, fue todo un poco enquilombado, y ni tiempo tuve de pensar seriamente en lo que no fue más que una intuición, ya que las tropas argentinas habían tomado el destacamento y sólo nos quedaba sobrevivir.

En medio de las ráfagas de ametralladora, la pólvora inundando el paisaje, el griterío, el desmán de nuestra tropa, me costaba darle certeza a lo que se presentaba como gloria y terror: simplemente me ví a mí mismo en el rostro de cada soldado argentino que nos atacaba.

Doscientos John Anderson, puñal en mano, con el Martín Fierro en la puta cabeza y una épica gauchesca que los arrastraba hacia la masacre.

La visión me paralizó. No es fácil verse a sí mismo como si fuera otro venido desde el espacio exterior, no es fácil vernos fuera de nosotros mismos como otro ajeno y desconocido, multiplicado por doscientos rostros exactamente iguales entre sí, iguales a nuestro propio rostro.

Supe entonces que comerme el cerebro había sido un error, comerle los sesos a Anderson había sido un exceso compasivo de mi parte.

Absorto, inmovilizado, no atiné a nada cuando uno de aquellos soldados argentinos pasó a mi lado e incrustó su puñal en mi panza y yo caí en el barro desangrándome.

Al ras del piso sólo veía piernas que pasaban a mi lado chapoteando en el lodo.

Las balas cercaban mis movimientos, mínimos.

Las alucinaciones andersonianas se superponían y me llevaban de la guerra a mi casa en Londres, de la visión de los doscientos soldados argentinos con el rostro de Anderson al perro Jack colgado de la lámpara del comedor, la cabeza de Mary en el ropero de mi dormitorio, un negro vendiéndome a sus amigotes en una partida de póker en el Roxy Jazz Bar.

Iba y venía, iba y venía.

Mientras tanto me desangraba en el barro.

Mientras tanto un soldado argentino, en la vorágine de su cacería, registró que yo todavía respiraba.

Se detuvo junto a mis botas. Observó si valía la pena gastar alguna bala en mi fusilamiento.

Las cuentas le cerraron en superávit y levantó la ametralladora contra mi pecho.

Cuando el dedo ya apretaba el gatillo, un soldado de mi tropa le disparó en la cabeza al argentino, y yo volví a respirar sin saber si en verdad no era mejor dejar las cosas como estaban y recibir finalmente aquel tiro.

Mi soldado quiso levantarme, pero a esa altura yo no era más que un muñeco fláccido hecho de moco y saliva.

El soldado me cargó sobre su hombro y empezó a correr en medio de aquella bataola. “Aguante, teniente, ya salimos de todo esto”, me dijo como diciéndoselo a sí mismo.

Corrió unos cien metros, se escondió y tomó aire detrás de los pabellones. Me recostó contra la pared, vio que moría. “No se me pierda, teniente, no se nos vaya todavía”, gritó su voz y yo, hundiéndome en el caos mental que el cerebro de Anderson me había deparado, lo escuchaba y sentía el incordio de verme desde fuera y saber que aquella voz era la mía.

Cuando se agachó para volver a cargarme sobre sus hombros pude notar la perfecta repetición de todos mis rasgos, incluso su voz gritándome eso de “Teniente Anderson, por lo que más quiera, resista un poco más”.

Volvió a correr, ahora por el campo, rumbo al Monte Rivadavia. Los enormes pastizales nos ocultaban del enemigo que yo mismo adivinaba a lo lejos entre los pabellones haciéndose cada vez más chiquititos. Ya a salvo, el soldado dejó de correr y avanzó caminando. Al llegar a la ladera ya no podía con mis fuerzas y el mundo comenzó a irse en un espiral de imágenes hundiéndose en un agujero negro por el que yo mismo era chupado.

Desperté un par de horas después.

El sargento Reynols estaba junto a mí.

También algunos soldados de las tropas inglesas.

Rápidamente los identifiqué, pero esta vez todos, el sargento Reynols y cada uno de mis soldados, tenían el mismo rostro: el mío, el del Teniente Anderson.

Conmocionado por encontrarme a mí mismo en cada uno de aquellos rostros que me rodeaban, no comprendí del todo las palabras de Reynols que hablaban acerca del asalto argentino al destacamento.

Ayudaron a levantarme.

Yo no podía dejar de mirarlos a los ojos encontrando en ellos mis propios ojos.

Cada réplica de mí mismo era absolutamente perfecta.

Un mundo de espejos que me reflejaba en el infinito.

Me costaba caminar, orientarme en el espacio.

Hacia donde mirara me encontraba alejándome de mí.

Escondidos entre las rocas del Monte rodeamos su ladera.

Después de unas horas de caminata nos encontramos con una camioneta del ejército inglés haciendo patrullaje por la zona.

Dos soldados estaban en ella.

Tenían mi rostro.

Hablaban mi voz.

Eran hablados por mí.

En el camino me vi pasar marchando.

Eran cinco soldados, todos idénticos al rostro que había sido el mío y ya era el de cualquiera.

Me vi muerto de frío, abandonado al costado de la ruta.

Me vi llevándome a mí mismo como prisionero.

Media hora después la camioneta nos dejaba en el campamento inglés que los sobrevivientes habían armado.

La tropa estaba conformada por unos cincuenta soldados.

La tropa era yo mismo repetido unas cincuenta veces.

Esa noche no pude dormir.

Pensaba que no había peor infierno que el que me había sido deparado.

La Isla me había llevado hacia el límite de lo que podía soportar.

Me había arrastrado hacia el núcleo de mi propio cerebro.

No se trataba de mí, ni de ninguno de los que me rodeaban, no era una cuestión humana, nada importaba reducir la cuestión a un mero fenómeno alucinatorio.

Me preguntaba si había una voluntad demoníaca en lo que la Isla producía, una sabiduría cruel que le facilitaba jugar conmigo y con el mundo como muñequitos de plastilina con los que armar y desarmar hombres, identidades, destinos.

O acaso se trataba de una inocencia creadora que no reparaba en aquello que mezclaba, superponía y desintegraba, para dejarse llevar únicamente por la lógica de su propia producción y con ello, entonces, irse siempre más allá de sí misma.

La Isla no era más que esa lógica creadora, ninguna otra cosa más que su puro funcionamiento esquizofrénico: ella misma, su propia totalidad creándose todo el tiempo en cada una de sus partes.

Pensaba aquello y la noche se me hacía interminable.

Interminable se hizo la noche.

Todavía de noche, las tropas argentinas rodearon nuestro campamento.

Apostados en el monte, comenzaron a disparar.

Enseguida las carpas se prendieron fuego y el incendio se propagó hacia uno y otro lado.

Salí hacia el descampado junto a mis otros compañeros buscando escapar.

Los soldados argentinos descendieron la cuesta y rápidamente nos rodearon.

Me vi entonces del otro lado.

Yo mismo, mi rostro, el rostro de John Anderson, era el rostro de uno y cada uno de los soldados que nos apuntaban.

Nos obligaron a formarnos en fila.

Pensé que entonces vendría el fusilamiento.

No vino ningún fusilamiento.

Pretendían llevarnos como prisioneros para negociarnos después por supuestos prisioneros argentinos.

Apenas comenzamos a caminar, salí de la fila, corrí hacia los soldados.

Les pedí que me mataran.

Tomé a uno por los hombros con las dos manos.

Lo miré a los ojos y encontré mis ojos en los suyos.

Estaba seguro de lo que hacía.

El único modo de terminar con la guerra, con los desplazamientos, con la mezcla y el caos era aniquilándome a mí mismo.

Era yo el que estaba en todas partes, en cada soldado argentino, en cada compañero de mi tropa inglesa, en uno y cada uno de todos los que me rodeaban, todos eran John Anderson —entonces sólo bastaba con eliminar a John Anderson para acabar con todo aquello multiplicado.

Ya no había ningún afuera.

Todo era mi cerebro, en mi cerebro, y a la vez mi cerebro era el paisaje mortuorio de la guerra, la proyección de mí mismo en el espacio plano de la muerte.

Pensé si acaso no era exactamente eso mismo lo que cada uno que me rodeaba estaba viviendo: ¿se veían ellos mismos en derredor? ¿Veían su propio rostro en el rostro de todos los que los rodeaban? ¿Escuchaban sus voces hablando en la voz de los otros? ¿Me veían a mí mismo con el rostro de ellos mismos? ¿O la locura de la Isla había escogido mi mundo, mi universo, mi cerebro como refugio, féretro y agujero negro de sí misma?

No lo sé, no me importaba en ese momento más que el descubrimiento de una salida de la Isla, allí mismo donde no había ningún afuera hacia donde salir.

Le dije al soldado argentino que tenía sujetado por los hombros que ya no había ningún afuera, que me disparara ahí mismo en la cabeza.

El soldado, yo mismo en el soldado, su voz, mi voz hablando en la voz del soldado, se negó a matarme.

Rápido le quité su arma de las manos.

Me la llevé a la sien y disparé. Los ojos del soldado quedaron absortos.

Yo también: no sentí nada, la bala atravesó mi cráneo y fue como si una mosca se posara en mi frente.

Toqué mi cráneo, mi dedo profundizó el agujero, la sangre me chorreaba por los pómulos. Comprendí.

O terminé de asumir lo que ya había comprendido.

La Isla no dejaría que me fuera sino era llevándomela conmigo, no me permitiría morir sino era aniquilándola primero.

El Hamlet desbocado encontraba su límite.

Fue entonces que me digné a hacer aquello que se presentaba como destino.

Metí la mano en mi bolsillo, tomé el control remoto, me di vuelta en dirección a la base del Monte Rivadavia calculando el lugar donde se encontrarían el laboratorio de Douglas y la base del lanzamiento del misil.

Ante la mirada vacuna del soldado que seguía a mi lado, extendí el brazo y apreté el botón.

Vimos entonces en la ladera del monte abrirse las rocas y ascender la plataforma con el misil apuntándole a los dioses.

Su cabeza llena de material fisible con ganas de despedazarse buscando hacer una terrible explosión atómica brillaba bajo el sol.

Cuando quedó completamente ante nuestra vista, terminó su ascenso y se mantuvo inmóvil.

Apreté otra vez el botón del control remoto y enseguida unas llamas salieron por debajo.

Un humo blanco formaba aureola en su base.

Segundos después despegó, buscó altura y se perdió entre las nubes.

Por un instante dudé si la redirección del misil había sido efectiva.

Acaso ya estaba viajando hacia Buenos Aires buscando el destino que el gobierno inglés le había fijado.

Pero no, enseguida vimos al misil volver hacia nosotros, apuntando hacia el suelo malvinense, y luego, tres o cuatro segundos después, explotar contra la Isla llevándoselo todo en el hongo atómico que ascendía hacia los cielos.

XIX

Alrededor no veía nada.

El humo negro, espeso, se metía por la nariz y la boca, y se atoraba en mi garganta.

Mis ojos lloraban las cenizas de la tierra.

En mi cabeza la foto del hongo atómico —mientras me preguntaba si en verdad esa imagen era la que acababa de ver o en verdad no era más que la repetición de lo que tantas veces había visto en la pantalla de algún monitor o televisor.

¿Qué experiencia real del apocalipsis podía ser descripta sino la repetición barata de una virtualidad mil veces anunciada?

Sólo aquel humo alrededor, y en mi cuerpo la sensación única de estar experimentando no el final de todo lo que me rodeaba, sino la imposibilidad de tener alguna experiencia de ello.

Quería sentir el cuerpo arder, deshacerse en la fuerza atómica que todo debía habérselo llevado, pero yo estaba allí, envuelto en aquel humo, sintiendo, esperando el fin, y por ello mismo, justamente, sabía que aquel no era el fin.

Un misil con el poder de dos bombas atómicas había caído a unos cientos de metros de donde yo estaba, su poder mortífero se hizo hongo y humo que llenaba mis pulmones y yo todavía estaba pensando si aquello era la muerte, si existe alguna posibilidad de hacer experiencia de la muerte, de hacer alguna experiencia de algo, y todo ello en conjunto sólo podía significar una sola cosa: la Isla me había ganado.

Ni siquiera con aquel misil podía darme el lujo de una muerte que sea silencio mental.

¿Pero la Isla me había ganado? ¿No era esa voz mental que sonaba en mi cerebro el documento de que la Isla no había podido conmigo?

Dos días anduve como un ciego puede andar en el espesor

de aquel humo negro.

No sé por dónde anduve, no sé dónde dormí.

Hacia cualquier dirección a la que me dirigiera, esos paredones oscuros construidos con las cenizas de los muertos sólo me podían llevar al centro de su propio laberinto.

El amanecer del tercer día trajo una luz que era revelación.

Sólo entonces vi el teatro de la muerte: el estallido del misil no había dejado nada.

Nada quedaba de los destacamentos, ni del campo de prisioneros, ni del Monte Rivadavia.

Sólo el desierto de lado a lado, un desierto hecho de tierra negra removida bajo mis pies, hormigueros por todos lados, hormigas subiéndose a mis zapatos y metiéndose entre mis piernas, como si en verdad el suelo de Malvinas hubiese estado compuesto de hormigueros y el misil atómico fuese la lluvia que los había llevado a la superficie.

No había quedado un solo hombre, ni siquiera sus cadáveres.

Era el desierto absoluto, pero era un bellísimo desierto: los hormigueros parecían instalaciones artísticas, pequeñas estatuas que decoraban el vacío.

Al verlos pensé que, seguramente, a aquellas hormigas les había llevado un esfuerzo digno de los más empeñosos obreros y los más geniales arquitectos: no sabía cómo lo habían logrado pero sus hormigueros tenían la forma de hormigas más o menos gigantes.

Era una arquitectura ciertamente narcisista y auto-referente: ¿cuántos siglos de evolución existieron para que esas hormigas cobraran conciencia de sí mismas y construyeran en sólo dos noches hormigueros con forma de hormiga? —ninguna montañita de tierra al tún tún, sino perfectos hormigueros-hormiga con seis patas, ojos, algunas alas y mandíbulas en forma de tenazas.

Creía entonces que la pasión artística de esas hormigas había sido tan grande que ni siquiera vivían dentro de sus hormigueros —lo que acaso significaba que en materia estética también habían alcanzado ese período raro por el que el arte se define por su inoperancia e inutilidad.

Eran obras arquitectónicas hechas al pedo, meras

expresiones de un arte que las condenaba a no tener hormiguero y vivir en la intemperie.

Por eso tantas hormigas dando vueltas por todas lados, nómades, sin hogar, perdidas en el desierto. Yo mismo estaba lleno de hormigas. Me caminaban por todo el cuerpo, hacían cosquillas, mordían los pelitos como si quisieran arrancármelos. Acaso pretendían usarme de hormiguero —hubiese sido lógico: en nombre del arte se habían quedado sin hogar, por lo que debían inventarse un hogar donde fuere.

En un momento, viendo aquel panorama, tomé una hormiga que había llegado hasta mi mano. La apreté entre los dedos y la levanté contra el sol. Era una hermosa hormiga: "¿hermosa hormiga qué buscás en mi mano?", le pregunté sin darme cuenta que con mis dedos la apretaban tanto que la hormiguita había quedado aplastada. Apoyé el cadáver sobre la palma de la mano y noté que todavía se movía, aunque en verdad parecía deshacerse en pedacitos. Sí, se deshacía pero no en pedacitos sino en pequeñísimas hormigas que caminaban rápido hacia mi brazo y se perdían bajo la manga de la camisa.

Tomé otra hormiga, la aplasté y sucedió lo mismo.

Tomé muchas más y cada vez, cada hormiga, se deshacía en una multitud de hormiguitas y yo me daba cuenta que no sólo sus hormigueros eran obras de arte sino incluso ellas mismas (cada hormiga), eran una expresión artística.

Me levanté la camisa despedazada y vi en mi panza cómo las hormiguitas más diminutas se encontraban y volvían a formar una unidad superior que tenía la forma de una hormiga de tamaño natural.

Parecían acróbatas chinos que, subiéndose unos arriba de los otros, lograban formar la figura de un acróbata chino gigantesco.

Eso era lo que hacían las hormigas sobre mi panza, pero mientras ellas realizaban su obra de arte, yo mismo me iba transformando en un hormiguero viviente. Sí, definitivamente habían decidido que yo fuese su hogar.

Allí, con ellas, me hubiera gustado vivir con ellas, ofrecerles el cuerpo como refugio, pero la buena convivencia no nos iba a durar mucho. Enseguida descubrí que aquellas hormigas se entregaban fervorosamente a la construcción de

un único hormiguero. Era tan gigantesco que en pleno mediodía tapaba con su sombra las ruinas de los pabellones por completo. Era un hormiguero terrorífico porque, más allá de darme una noche constante, tenía la forma de una hormiga.

Y la hormiga gigante que habían construido no me miraba con cara amistosa.

Una hora más tarde el hormiguero comenzó a moverse. O eso al menos es lo que me había parecido. En apariencia se movía y unas cientos de hormigas del doble del tamaño de cualquier hombre invadieron las ruinas de los destacamentos.

Vistas desde cerca se les notaba el artificio: aquellas hormiguitas habían alcanzado la unidad superadora, el espíritu absoluto que vuelto carne se les había revelado —cada hormiga gigante estaba constituida por millones y millones de pequeñas hormigas que, montadas unas sobre otras, hacían equilibrio para no perder la forma general ni la comunión metafísica que las convocaba.

Así unidas, tomaban entre sus tenazas los cadáveres que yo no había visto y se los llevaban hacia el hormiguero como si de una hojita, un palito más o menos grande, se tratara. Entonces comprendí: el hormiguero gigante con forma de hormiga estaba hecho de los cadáveres de mis soldados y de los soldados enemigos.

¿Por qué me había dejado sólo a mí? ¿Por qué La Isla seguía jugando conmigo? ¿Se trataba de una voluntad demoníaca, de un idiota babeante pero todopoderoso? ¿O solamente estaba en juego la imposibilidad de un afuera incluso para ella, la imposibilidad de estar fuera de ella misma?

Tuve miedo, supe que aquello era la respuesta de la Isla al lanzamiento del misil.

Su cerebro había sido un hormiguero y yo los quise destruir. Aquellas hormigas eran bichos psíquicos. Desesperadas por la destrucción de su hormiguero, se movían como las neuronas ansiosas de éxtasis del cerebro de un discapacitado mental. La Isla —el conjunto de hormigas psíquicas que habían conformado su cerebro— se estaba vengando de mí, y recién comenzaba…

Frente al ataque tuve que escapar, y así fue que me

encontré corriendo por el desierto.

No muy lejos de los destacamentos me topé con un cartel que indicaba el camino hacia el Museo Inglés, y en aquella dirección continué. Quizás el Museo era lo único que quedaba en pie de lo que había sido el control inglés sobre las Islas. Pensé que allí dentro podía esconderme del ataque de las hormigas, pero al llegar apenas quise forzar una de sus ventanas noté que el lugar ya había sido tomado por las hormigas para hacerlo su hogar. Entonces di la vuelta por detrás del edificio y me dirigí hacia los jardines.

A cien metros de donde estaba vi que habían construido una maqueta de yeso, de no más de un metro, un metro y medio de altura, en la que se representaba una ciudad. A la distancia me pareció que se trataba de Londres. Al menos, entre los edificios que allí se levantaban (o se adivinaba) una réplica bastante rústica del Palacio de Buckingham, del Palacio de Westminster, el Rascacielos Gherkin y la torre del Big Ben.

Puesto a correr hacia allí comenzó a suceder algo raro: mientras corría la maqueta de yeso se alejaba, no se trataba más que de unos cien metros que seguramente en menos de un minuto habría atravesado, pero a cada paso que daba mil pasos más se alejaba la maqueta.

Entonces yo ponía más empeño y más me esforzaba en correr rápido, pero todo era inútil, no sólo la maqueta de la ciudad se alejaba sino que en vez de ir disminuyendo en su tamaño por la distancia, no: cada vez se agrandaba más.

Más lejos, más grande: desde el descampado en el que me encontraba ya podía ver que sus rascacielos eran verdaderos rascacielos, sus edificios se amontonaban haciendo la vertical tapando toda visión del horizonte, y el ancho de la ciudad se extendía de un punto al otro del escenario que la mirada podía abarcar.

Finalmente, cuando llegué a las primeras construcciones, ya estaba dentro de una verdadera ciudad. Ahora cambiaban las perspectivas: la maqueta había adoptado el tamaño de su modelo original y yo, de pronto, no era más que un punto moviéndose en ella.

Así anduve por sus calles sin detenerme, sabiendo que si había logrado darme el prodigio de estar dentro de la

maqueta, entonces las hormigas podían hacer lo mismo. Por los carteles comprendí que había ingresado a la ciudad por el sur, por el lado de Sutton, después atravesé Merton y Lamberth, para llegar a Chelsea y Kensington, y de ahí por Westminster hasta la arteria del Picadilly para pasar por todo Piccadilly Circus, de un lado al otro, y toparme con Hyde Park Corner al oeste y andar por las manzanas de Mayfair, Green Park, Regent Street y Bond Street.

No conocía, o no recordaba, nada de Londres y me pareció —dentro del apuro que llevaba— una hermosa ciudad, sin embargo, prontamente, al doblar en cierta esquina de Bond Street, percibí que ya no estaba en Londres porque entonces reconocí de inmediato que estaba corriendo por la avenida 9 de Julio, desde el norte hacia el sur, que había dejado atrás la avenida Santa Fe, la avenida Córdoba, y que eso que se levantaba a mi derecha era el Teatro Colón, y aquello otro que se alzaba más adelante era el obelisco. Ya no estaba en Londres, o más bien seguía estando en Londres, y Buenos Aires era un barrio más dentro del mapa londinense.

De un modo o de otro —por continuidad o discontinuidad entre una ciudad y otra—, ahí en la 9 de Julio entendí que mi marcha apurada no había sido al pedo ya que a un costado del obelisco, avanzando desde la avenida Corrientes, se encontraba mi hormiga gigante —de la misma altura que el obelisco— metiendo sus patas entre los edificios, tomando autos y transeúntes entre sus tenazas para arrojarlos lo más lejos posible y tener camino libre hacia su finalidad: yo.

Me identificó enseguida moviendo sus antenas que, vibrando de un lado a otro, de inmediato se pusieron tensas para señalar mi posición. Estaba a una cuadra de la hormiga, pero para ella la distancia era mínima —con sólo unos pasos le alcanzaba para atraparme. Pero antes debía girar y aquello no le resultaba tan fácil, ya que apenas contorsionó un poco su cuerpo quedó atrapado entre los edificios laterales y el obelisco. Di la vuelta y corrí de nuevo hacia el norte, pensando en retornar a mi paseo londinense, pero rápidamente la hormiga derrumbó el obelisco y ya estaba soplándome la nuca.

De pronto sentí sus tenazas tomándome del cuello y supe que ya había sido transformado en su bocado. Las tenazas

presionaron más sobre mi cuello y así fui levantado a unos veinte metros del piso. Fue entonces que supe que no eran las tenazas de la hormiga, ya que en mi ascenso hacia las alturas mi cuerpo giró y vi que la hormiga se había detenido mirando atónita por lo que me hacían.

No eran sus tenazas, nada tenía que ver aquella hormiga gigante con mi ascenso. Ya estaba por encima de su cabeza, la única referencia acerca de lo que pasaba conmigo era su mirada y su mirada sólo hablaba de horror y conmiseración.

Nada podía ver, pero imaginaba que por encima de mí se encontraba una hormiga diez veces más grande que la anterior, y que a mi pobre hormiga gigante alguien más grande le había robado el bocado.

Pero ascendí cada vez más y ningún registro tuve de una hormiga mayor, ascendí y todo se volvía chiquitito —los edificios, los restos del obelisco, la hormiga gigante, Buenos Aires, Londres, ya atravesaba el espesor de las nubes y me devolvía la percepción, ahora por encima, de estar frente a una maqueta artificial y diminuta.

En definitiva, todo se hizo tan chiquito ante mis ojos que finalmente desapareció hasta volverse del tamaño de una hormiga en el fondo vacío de una pileta olímpica.

Cuando ya las nubes quedaron por debajo y bien lejos de mis pies tuve una visión real de las cosas: me estaban sacando de una pecera. La distancia debida me facilitó ver el rectángulo que formaban las paredes de vidrio, y dentro de las paredes la tierra amontonada llenando la pecera.

Fue rarísimo ver el mundo a distancia de la pecera. Duró un instante vano, pero lo suficientemente impactante como para que no se borre nunca más de la memoria: el mundo era la pecera, la pecera era un hormiguero con sus cuevas, sus túneles, sus laberintos, y en la superficie del hormiguero estaban las ciudades, diminutas ciudades levantadas por hombres tan diminutos como diminutas hormigas.

Pensé que acaso de eso mismo se trataba, que aquella pecera no era un hormiguero sino un humanidero. Las hormigas con las que había tratado durante el último tiempo habían aprendido los beneficios de un comunismo metafísico por el que agruparse, y en la unidad entre una y cada una de las hormiguitas, formando una sola hormiga gigante

encontraban su objetivo existencial. Pero lo que importaba en la pecera de tierra no eran las hormigas sino los hombres.

Allí los habían puesto a vivir para observar sus hábitos, sus capacidades —un humanidero que servía como fuente de experimentación científica.

Lo supe porque cuando me sacaron de adentro del humanidero vi finalmente que las tenazas que continuaban tomándome del cuello, y suspendiéndome en el aire, eran unas pincitas —igual que las pinzas de depilar—, que alguien vestido con guardapolvo de doctor las manipulaba para depositarme en la base de un microscopio.

Tendido contra la base fría, rápidamente, unos dedos contra los que no podía ofrecer la menor resistencia, me quitaron la ropa con sólo refregar sus yemas sobre el cuerpo. Desnudo intenté ponerme de pie una y otra vez, pero los mismos dedos volvieron a empujarme contra la base. Después de observar a través de la lente del microscopio, volvieron a alzarme sujetándome con las pinzas. Llevándome por el aire me depositaron sobre una plancha de metal —un plato, una cuchara, una balanza, no sé. Entonces acercaron el bisturí a mi panza y la abrieron en dos partes.

Entendí que no se trataba de ningún sadismo cruel sino que sólo estaban investigando, querían saber cómo estaban organizadas mis entrañas, pretendían conocer cómo era un hombre. No, ninguna crueldad pretendían sobre mi existencia, y todo lo hacían despacito y con muchísimo cuidado, pero me abrieron la panza, y de pronto la pinza ya estaba arrancando mi riñón, mi hígado, mis pulmones y los depositaban en distintos microscopios.

Después dirigieron la pinza directamente a mis testículos y mi pene para quitármelos de un tirón.

Y después, otra vez con el bisturí, se ensañaron cortándome las piernas y los brazos, que de pronto se soltaron del cuerpo y quedaron tirados a mi lado, para que yo vea cómo podían moverse solitos y autónomos, ya sin necesidad de mí ni de ninguna voluntad humana.

Esa fue la última visión: mis brazos y mis piernas transformados en animales sueltos dispuestos a vivir su vida ya lejos de mi existencia —pero de mi existencia no quedaba casi nada: sólo un cráneo bamboleándose sobre la superficie

de metal.

Claro que ellos todavía pretendían más —el bisturí se alzó frente a mis ojos, se apoyó sobre mi frente, y como si fuera un corta vidrio sobre una botella, se deslizó por toda la circunferencia del cráneo, para dejar caer la tapa de los sesos y, finalmente, extraer mi cerebro.

XX

Nada, ya no había nada.

Descuartizado, no había continuación posible. Sólo la nada misma: negro sobre negro, blanco sobre blanco. Pero eso mismo era un modo de la continuidad, el artificio de seguir siempre un poco más aunque ese "poco más" no sea otra cosa que seguir cavando agujeros en la nada.

Del límite de la narración, del umbral de la propia existencia, del desierto de la nada cósmica uno vuelve como dormido, pero vuelve y si vuelve es que aquello no era todavía el fin: medio dormidos mis ojos se acomodaron a una oscuridad luminosa plagada de estrellitas fluorescentes y unas voces trajeron mi propia epifanía.

—No señor, el territorio quedó devastado —escuché.

—De los cadáveres sólo cenizas —continuó la misma voz —. Los efectos radiactivos todavía se sienten en el aire. Le aseguro que es peor que Chernobyl. El misil tenía el doble de carga atómica que la del reactor ruso. Es un absurdo que el gobierno inglés hiciera pruebas a semejante escala dentro de las Islas y dirigidas contra el propio territorio. Creemos que estaba dirigido hacia Buenos Aires. Algo tuvo que pasar. Si querían desaparecer las Islas no debieron usar un misil atómico.

—¿Y entonces qué hipótesis maneja?

—Encontramos a este único sobreviviente, señor. En su mano tenía apretado el control del lanzamiento.

—¿Quién es?

—Hicimos las pruebas de identificación. Se trata de un soldado argentino llamado Gerónimo Elbosco. Fue enrolado en el ejército hace treinta años atrás para participar de la guerra del ´82. Se lo había dado por muerto y contado como baja. Al parecer fue un error. El soldado Elbosco continuó todo ese tiempo viviendo en las Islas.

—¿Usted me dice que un soldado argentino lanzó el misil atómico contra las Islas destruyendo los destacamentos ingleses? ¿Puedo hablar con él?

—Es muy difícil la situación, Señor. Es un caso rarísimo. No sabemos bien qué hacer. Es literalmente un muerto vivo. No muestra ningún signo vital. Su sangre está coagulada, su corazón se ha detenido, los pulmones ya no presentan actividad. La temperatura corporal es la de un cadáver y su olor fétido es el de la carne pudriéndose. Pero este estropajo alucina. Está muerto y continúa alucinando. Ahora mismo alucina estar vivo escuchándonos.

—No me venga con cosas raras. ¿Puedo hablar con él o no?

—Hablo en serio, General.

—Del modo que fuere, este hombre debe ser tratado como héroe de guerra. ¿Sabe lo que vale lo que me está diciendo? Cuando se enteren en el gobierno van a brindar hasta morir. Venderán la noticia como un plan de recuperación de la soberanía.

—Hay que ir despacio General. Si esto se hace público no habrá para nosotros, y para todo el ejército, más que vergüenza.

—Teniente, a esta altura, ¿qué mierda puede darnos vergüenza?

—Espere que le explique, señor. Cuando nuestras tropas se retiraron de Malvinas, los ingleses exigieron que veinte soldados argentinos se quedaran en las Islas. No es difícil entender para qué los querían. Los querían como putas de sus soldados. Los oficiales argentinos hicieron un sorteo y el soldado Elbosco fue uno de los elegidos. Rogaron que no los abandonaran. Nuestros oficiales no quisieron escucharlos. Los ingleses los encerraron en un pabellón y lo transformaron en el burdel de las Malvinas. Treinta años haciendo de mujercita, treinta años siendo violadas por energúmenos dementes, señor.

—Uf, sí, es asqueroso lo que les hicieron.

—Usted me preguntó si el soldado Elbosco habló de algo.

—¿Qué dijo?

—Es muy difícil de comprender. Por un lado se la pasa hablando de pijas inglesas. “Tengan piedad de nosotras, basta

de pijas inglesas", me dijo apenas lo vi. Habla de negros que se les aparecen en alucinaciones. Deben de ser soldados ingleses de color. Pero no sabemos. A veces Elbosco parece horrorizado por lo que esos negros pueden hacerle, pero en otras tantas parece enamorado y pregunta cuándo le vamos a devolver a su negro.

—Sí, tiene razón, esto no es fácil de presentar ante nadie.

—Pero eso no es nada. El problema es que está convencido de llamarse John Anderson, haber nacido en Londres, y ser el comandante a cargo de los destacamentos ingleses en las Islas.

—Pero entonces, dígame una cosa, ¿cómo hizo este engendro para tomar el control del misil y lanzarlo contra el ejército inglés?

—No sé General, no tengo la más pálida idea. Se la pasa hablando con las Islas como si estuviera hablando con Dios. Le echa la culpa a las Islas de haberlo sodomizado una y otra vez. Habla de sus infinitos atributos, de la univocidad del Ser. Llama a los soldados ingleses "modalidades de una única Sustancia". Cuando le pregunté sobre el misil, dijo que las Islas lo habían obligado. "Son ellas las que buscan su propia destrucción, es dios mismo el que quiere morir", dijo el soldado.

XXI

Mi traslado se produjo el 26 de Mayo del año 2016. Fui internado en el Hospital Militar, cercano al Regimiento de Patricios.

Allí permanecí en observación durante 3 años y medio.

Mis signos vitales siguieron sin presentar ninguna actividad. El corazón muerto, la sangre helada, mis pulmones desinflados, el olor de mi carne podrida sin terminar nunca su proceso de descomposición. Pero yo podía escuchar, hablar, mirar, en fin, esas cosas.

La ciencia entendía que seguramente aquello se debía a la radiación nuclear a la que mi existencia había sido sometida.

Me había transformado en el hombre nuclear —y por lo tanto no necesitaba estar vivo, tampoco necesitaba seguir siendo un hombre. Sólo un cerebro parlante, con eso me alcanzaba.

Mientras tanto continué con mi tarea. Enviaba misivas secretas al gobierno británico contándoles lo sucedido. Esperaba órdenes para continuar con el plan de aniquilación de Malvinas, incluso de toda Argentina y si querían de Sudamérica entera.

Quizás desde Buenos Aires podía yo ser utilizado como un arma de destrucción masiva, y para ello, me ofrecía.

Nunca recibí respuesta. Tal vez porque los medios que utilizaba no eran seguros. La telepatía siempre encuentra un límite. El ejército argentino lo sabía y había rodeado el hospital de antenas y radares al sólo efecto de impedir que mis mensajes llegaran a Londres.

Los documentos secretos que también envié en servilletas que dejaba en los bolsillos de los enfermeros tampoco dieron resultado.

Con el tiempo acepté que el gobierno inglés me había abandonado y que poco les importaba mi existencia.

Entonces, decidí que mi corazón volviera a latir, mis pulmones a inflarse y que mi sangre circulara caliente por las venas. Olvidando toda dignidad, decidí dar a los médicos y oficiales que allí me tenían encerrado lo que ellos querían. John Anderson debía vivir únicamente en mi cerebro. Aquello era una traición a mí mismo, pero también el costo de mi libertad.

En una de las revisiones médicas le dije al doctor que ya me había curado y que podía recordarlo todo del modo más claro. No había nacido en Inglaterra, no había sido comandante de los destacamentos ingleses en Malvinas, no tenía ninguna casa en Londres, ni una esposa llamada Mary. Mi nombre era Gerónimo Elbosco, soldado del ejército argentino. Había vivido treinta años en Malvinas, encerrado como prisionero de guerra y usado como puta barata de las tropas inglesas.

Punto.

No más palabras.

Funcionó. A la semana, una comitiva oficial liderada por un general del ejército se presentó en mi cuarto. Hablaron de la patria. Dijeron que la nación me recordaría como un nuevo sargento Cabral, acaso un almirante Brown, y quién dice, por qué no, un San Martín, un Belgrano. Los escuchaba en silencio, no tenía idea de lo que me estaban hablando. En todo caso, según aquel general, mi figura seguramente se haría cuadrito y estatua en cada escuela de la patria.

Pusieron en mi pecho una bonita medalla con una cinta de color celeste y blanco.

Me entregaron un papel con una dirección. Dijeron que allí había vivido antes de ser llamado para la guerra. Acaso todavía podía encontrar en aquel lugar mis afectos perdidos.

Me liberaron, me echaron, me pusieron de patitas en la calle. Con los dos mangos con cincuenta que me habían dado y el papelito con la dirección de mi casa —Churchill 2874, Barrio de La Masacre, a las afueras de Los Tuberculosos, provincia del Chaco—, me paré en la esquina de Santa Fe y Juan B. Justo buscando a alguien que me señalara hacia dónde debía dirigirme para llegar. Me explicaron que el lugar quedaba lejísimo. No me importó. Gasté los pocos billetes en el pasaje de un micro. El micro me dejó en medio de la nada,

en cierto pueblo mugriento. En la estación, un nene mono, peludo y desnudo, se tocaba el pito arrancándose los piojos. Un viejo me señaló la dirección hacia donde debía quedar mi casa. Caminé mucho. Caminé tanto que no me acuerdo de haber caminado. Todavía tengo la llanura metida en mis ojos.

Finalmente llegué. Nunca había visto una pobreza tan desesperante. Cerca del rancho, me recibió un perro. Famélico. No le daba ni para gruñirme. Su tiempo estaba destinado a dejarse mecer por un sol que le calentara la sarna.

Entré. Un hombre negro —más o menos negro, en todo caso, negro amarronado— estaba en la cama. Supe que su nombre era Tadeo.

En la cocina, la heladera. Abrí la puerta del freezer. La cabeza cortada de Mary me sonreía como asintiendo a mi destino. Su sonrisa resplandecía.

Lejos de Malvinas, supe que seguía estando en Malvinas.

Acerca del autor

Pablo Farrés nació en 1974. Publicó *El punto idiota* (pánico el pánico, 2011), *Literatura Argentina* (Pánico el pánico, 2012), *El reglamento* (Letra Viva, 2013) y *El Desmadre* (Pánico el pánico, 2013).

Otros títulos publicados:

despiértenme cuando sea de noche - fabio martinez (cuentos)
1027 - eloísa oliva (poesía)
el mundo no es más que eso - martín maigua (poesía)
vida en común - pablo natale (poesía)
casa de viento - antología personal - osvaldo bossi (poesía)
newton y yo - marcelo daniel díaz (poesía)
cielos de córdoba - federico falco (nouvelle)
unos días en córdoba - juan terranova (diario-crítica)
la pared - irene gruss (poesía)
el tiempo en ontario - eloísa oliva (poesía)
el loro que podía adivinar el futuro - luciano lamberti (cuentos)
orquídeas - margarita garcía robayo (relatos)
avenida de mayo - silvio mattoni (poesía)
K I K I 2 - cuqui (diario)
los pibes suicidas - favio martinez (novela)
los centeno - pablo natale (novela)
villa olímpica - carlos surghi (poesía)
romper la vida /antología existencial/ - alejandro schmidt
experimentos con seres humanos - carlos schilling (relatos)
razones personales - franco boczkowski (poesía)
la vertiente - sergio gaiteri (novela)
el asesino de chanchos - luciano lamberti (cuentos)
lima y limón - antonio jiménez morato (novela)
las noticias - hernán arias (novela)
el momento de debilidad - bob chow (novela)
donde empieza a moverse el mundo - carina radilov chirov (cuentos)
yo soy aquel - osvaldo bossi (novela)
la cabeza del monstruo - agustín ducanto (cuentos)
un oso polar - pablo natale (cuentos)
acá había un río - francisco bitar (cuentos)
EL ÁGUILA HA LLEGADO - bob chow (novela)
los niños de renoir - mariana robles (poesía)
el resto de los días - natalia ferreyra (cuentos)
firket misión tropical - marcelo miceli (novela)
disfrazado de novia - carlos schilling (relatos)
anzoología - leopoldo castilla (poesía)
viento caribe - leopoldo castilla (poesía)
ngorongoro - leopoldo castilla (poesía)
los impuros - analía giordanino (relatos)
luces de navidad - francisco bitar (relatos)
historia universal de santiago del estero - andrés navarro (poesía)
mi pequeña guerra inútil - pablo farrés (novela)
las siete maravillosas antologías contemporáneas - pablo natale (poesía)
cometa de la noche negra - diego vigna (novela)
dioses del fuego - fabio martinez (cuentos)
la tarde de los profetas - juan revol (poesía)

lecciones de romanticismo alemán - carlos surghi (poesía)
hikaru - mario flores (novela)
el montaje obsceno - claudio rojo cesca (cuentos)
detrás de las imágenes - daniel medina (novela)
una tristeza decente - salvador marinaro (cuentos)
C6 C7 - fernando callero (novela)
el teru teru xy - jorge brondo
baltasar - leopoldo castilla (poesía)
monte - julio salgado (poesía) el apocalipsis según asmar - lucas asmar moreno (novela)
poeta surfera y otros éxitos - meliza ortiz (poesía)
casa grande - cecilia romero messein (poesía)
el sabor de la sangre - maría belén davil (cuentos)
la última piel del mundo - leopoldo castilla (poesía)
el don del alabado - leopoldo castilla (poesía)
las pasiones alegres - pablo farrés (novela)
literatura argentina - pablo farrés (novela)

farrés, pablo
mi pequeña guerra inútil / pablo farrés. - 1a ed. - río tercero : nudista, 2018.
libro digital, EPUB
archivo digital: descarga y online / isbn 978-987-1959-66-2
1. narrativa argentina. 2. novelas de suspenso I. título.
CDD A863

ficha técnica
fotografía de tapa - ever román
diseño y edición - martín maigua

contactos
contacto@editorialnudista.com.ar
facebook: @edinudi
twitter: @edinudi
lee este título también en nuestra biblioteca digital nudista
visita nuestra tienda online: tiendanudista.com.ar
nudista.com.ar

queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin permiso previo del editor y/o autor.